

# MARTÍN LUTERO

## Emancipador de la Conciencia

Federico Fliedner

Su vida y su Obra

El Justo por su fe vivirá --Rom. 1:17

### DATOS BIOGRÁFICOS DE MARTÍN LUTERO

1483	Nace Martín Lutero el 10 de Noviembre en Eisleben.
1501/05	Estudios en Erfurt.
1505	Ingreso en el convento de agustinos en Erfurt.
1507	Ordenación sacerdotal
1510/11	Viaje a Roma.
1512	Doctorado en Teología; profesor en Witenberg.
1516	Editado por Erasmo, aparece en Basilea el primer Nuevo Testamento griego impreso.
1517	Las Noventa y cinco tesis (31 de Octubre); comienzo de la discusión sobre las indulgencias.
1518	Lutero ante el Cardenal Cayetano en Augsburgo.

1519	Gran discusión en Leipzig con el profesor Eck-Ingolstadt.
1520	Bula con la amenaza de excomunión “Exsurge Domine”, Lutero quema la bula públicamente el 10 de diciembre.
1521	Dieta de Worms, orden de destierro a Lutero; Lutero en Wartburg hasta 1522.
1522	Desórdenes en Wittenberg (iconoclastas), aparece en septiembre el Nuevo Testamento traducido al alemán por Lutero.
1524	La Dieta de Nuremberg acuerda celebrar un concilio nacional, que el emperador Carlos V prohíbe.
1525	Guerra de los campesinos. Muere el príncipe Federico el Sabio, protector de Lutero. Matrimonio de Lutero con Katherin von Bora.
1529	Conversación religiosa de Lutero con Zwinglio en Marbur/Lahn.
1530	Dieta de Augsburgo; “Confesio Augusta” (Confesión de Augsburgo) Lutero en la fortaleza de Caburgo.
1531	Unión de los príncipes protestantes en la Liga de Esmalcalda, que duró hasta 1546.
1534	Lutero termina su traducción de la Biblia.
1540	Aprobación por el Papa Pablo III de la Orden de los Jesuitas; la orden se dedicó especialmente a perseguir a los herejes.
1541	Fundación del Estado Eclesiástico de Ginebra por el Reformador Juan Calvino (1509-1564)
1545	Convocatoria del Concilio de Trento, que duró hasta 1563 y formuló la contratesis a la Reforma.
1546	Muere Martín Lutero en Eisleben el 18 de Febrero.

## NACIMIENTO, INFANCIA Y JUVENTUD DE LUTERO

El 10 de Noviembre de 1483, a las once de la noche, en Eisleben dio a luz Margarita Ziegler, esposa de Juan Lutero, minero de Moehra, un niño que fue bautizado al día siguiente en la iglesia de San Pedro del mismo pueblo, y recibió el nombre de Martín. Nació el pequeño Martín en circunstancias especiales porque habían ido sus padres a Eisleben poco tiempo antes de que viniera al mundo tal hijo. La humilde casa en que nació, se ve aún hoy en Eisleben. Sobre la puerta hay un busto del Reformador, alrededor del cual se lee la inscripción siguiente:

La palabra de Dios es la enseñanza de Lutero: por eso no perecerá jamás

Hoy se emplea dicha casa como escuela para los niños pobres de Eisleben; en ninguna parte mejor podía y debía establecerse un centro de enseñanza, que allí donde nació el que más tarde, con su reforma, había de dar tanto impulso a la ciencia, y especialmente a la pedagogía.

Cuando en este edificio tan sencillo, y en la hora silenciosa de la media noche, la pobre madre dió a luz aquella criatura, ¿quién hubiera pensado entonces que este niño, hijo de padres tan pobres, habría de libertar un día a más de la mitad del mundo, de las tinieblas en que estaba sumergido, y con el poder de la Palabra de Dios haría vacilar el trono de los papas? Pero éste es el camino ordinario de la Providencia: los principios y los instrumentos son muy humildes, pero el fin es glorioso. Dios, para hacer grandes cosas, se sirve generalmente de hombres humildes y de poca nombradía. El reformador de Suiza, Zuinglio, nació en la choza de un pastor de los Alpes; Melancton, el teólogo de la Reforma, en la tienda de un armero, y Lutero en la choza de un minero pobre.

Su padre, que era natural de Moehra, pequeño pueblo de Turingia, trasladó, medio año después del nacimiento de Martín, su domicilio a Mansfeld, tres horas distante de Eisleben. Allí, en un hermoso valle donde serpentea el río Wipper, se deslizó también suavemente la infancia de Lutero; allí recibió la primera instrucción. Al principio, sus padres se encontraron en tal estado de pobreza que la madre recogía leña y la llevaba a las espaldas para venderla y poder ayudar al sostén de sus hijos. El pequeño Martín la acompañaba muchas veces, y ayudaba en esta humilde faena. Pero poco a poco mejoraron las circunstancias. Dios bendijo el trabajo del padre de manera que más tarde llegó a tomar en arriendo dos hornos de fundición en Mansfeld; y ya en 1491 le eligieron sus conciudadanos concejal del Ayuntamiento.

Hallándose Juan Lutero en esta posición más desahogada, tuvo ocasión de cultivar la amistad de los que entonces eran tenidos por sabios, los eclesiásticos y maestros, a quienes con frecuencia convidaba a su mesa, y con quienes conversaba sobre las cosas del saber humano. Tal vez estas conversaciones, oídas por Martín desde sus más tiernos años, excitaron en su corazón la ambición gloriosa de llegar algún día a ser un hombre docto.

Como personas piadosas, educaron los padres a Martín desde la niñez en el santo temor de Dios; usaban con él, al estilo de aquellos tiempos, de bastante severidad, en términos que le tenían muy amedrentado. El mismo dice: Mi padre me castigó un día de un modo tan violento, que huí de él, y no quise volver hasta que me trató con más benignidad. Y mi madre me pegó una vez por causa tan leve como una nuez, hasta hacer correr la sangre.

A pesar de esta severidad de sus padres, Lutero los tuvo siempre en la mayor estima porque sabía que habían procurado sólo su bien. Melancton dice de la madre de Lutero que era una, mujer a la cual todas las otras podían y debían tomar como ejemplo y dechado de virtud. Martín dedicó más tarde a su padre un libro sobre la 'disciplina de los conventos', y quiso perpetuar la

memoria de sus padres poniendo sus nombres en el formulario de matrimonio bajo la fórmula: «Juan, ¿quieres tomar a Margarita por tu esposa legítima?», dando así un testimonio público de su amor filial. El padre murió el 29 de Mayo de 1530, y Lutero se entristeció mucho de su muerte. Estaba a la sazón ausente de Wittemberg en el Castillo de Coburgo, donde permaneció mientras se celebraba la dieta de Augsburgo; y su esposa Catalina le envió entonces, para consolarle, el retrato de su pequeña hijita, Magdalena, la cual murió pocos años después. Margarita no pudo sobrevivir mucho tiempo a la pérdida de su esposo. Un año después pasó ella también a la patria mejor. Su gran hijo estaba a la hora de su muerte también lejos de ella; trabajos importantes le impedían hacer un viaje largo para acudir al lado de su querida madre; pero no por eso olvidó sus deberes de hijo. Cuando tuvo noticia de la enfermedad de su madre y comprendió que sería la última, quiso consolarla por una carta, ya que no le era posible hacerlo de palabra.

Hemos querido insertar íntegra esta carta, que se ha conservado providencialmente entre sus obras, porque en ella se revelan los sentimientos de aquel hombre a quien sus adversarios pintan con los rasgos y colores de un monstruo.

Mi querida madre:

He recibido la carta de mi hermano Jacobo sobre vuestra enfermedad, y en verdad siento mucho no poder estar con vos personalmente, como son mis deseos. Dios, Padre de todo consuelo, os dé por su santa palabra y su Espíritu una fe firme, gozosa y agradecida, para que podáis vencer esta necesidad, como todas, con bendición, y gustar y experimentar que es mucha verdad lo que él mismo dice: “Confiad, porque yo he vencido al mundo.” Yo recomiendo vuestro cuerpo y alma a su misericordia. Amén. Piden por vos todos vuestros nietos y mi Catalina. Unos lloran, otros cuando están comiendo dicen: la abuela está muy enferma. La gracia de Dios sea con vos y con nosotros. Amén. El sábado después de la Ascensión, 1531. Vuestro querido hijo,

Doctor Martín Lutero.

Confiando firmemente en esta misericordia divina a cuyas manos el hijo lejano la había encomendado, partió de este mundo. El mismo pastor de Eisleben, que había oído de los desfallecidos labios de los padres de Lutero la confesión de su fe; que había dado la última bendición, tanto a Margarita como a su esposo difunto, escuchó también, quince años después como el Reformador moribundo “el querido hombre de Dios” invocaba por última vez el nombre del Señor.

Pero volvamos a la niñez de Lutero.

Cuando llegó a la edad en que debía empezar su instrucción, sus padres invocaron sobre él la bendición de Dios y le enviaron a la escuela. Tampoco allí encontró una disciplina suave ni atractiva. En más de una ocasión su maestro le castigó varias veces en un día, y cuando Lutero lo refiere añade: “Bueno es castigar a los niños, pero es lo principal amarlos”. Sin embargo, sus adelantos en la escuela eran grandes, y pronto aprendió los diez mandamientos, el credo, el padrenuestro, himnos, salmos, oraciones y lo demás que en aquellos tiempos se enseñaba en las escuelas.

El padre de Lutero quería hacer de él un hombre docto, de lo cual el talento singular y la aplicación extraordinaria del muchacho le permitían abrigar esperanzas muy fundadas. Así que cuando Martín cumplió once años su padre le envió a Magdeburgo, donde existía un famoso colegio. Allí empezó el Señor a preparar el espíritu de Lutero para la obra grande a que le tenía destinado. Joven, alegre y vivo, era al mismo tiempo dado a la piedad y a las prácticas religiosas, y frecuentaba con mucho interés, el año irgue permaneció en Magdeburgo, los sermones enérgicos que allí predicaba Andrés Proles, provincial de los agustinos, sobre la necesidad de reformar la religión y la Iglesia. Estos discursos fueron quizá los que sembraron en el ánimo de Lutero las primeras semillas de la idea de la Reforma. Después de haber estudiado allí un año, se trasladó, con el consentimiento de sus padres, a Eisenach, esperando que los parientes de su madre que allí moraban le ayudarían a su sostenimiento.

Los parientes en nada se cuidaron del adolescente; y como su padre era entonces todavía muy pobre, el joven Martín se vio obligado, según las costumbres de aquellos tiempos, a ganar su pan, en unión de otros pobres escolares cantando de puerta en puerta. Y más de una vez los pobres muchachos recibían, en lugar de dinero o pan, malas palabras y reproches. Pero una mujer piadosa y bastante rica, la esposa del ciudadano de Eisenach, Conrado Cotta, había fijado su atención, ya hacia tiempo en Martín, y le recibió en su casa generosamente, prendada de la piedad que el joven mostraba en sus cantos y oraciones. Las crónicas de Eisenach la llaman la piadosa Sunamita, en recuerdo de la que en antiguos tiempos recogió en su casa al profeta Eliseo. Así pudo Martín dedicarse de lleno al estudio, sin que le distrajeran los cuidados de la vida, y lo hizo con tanta aplicación y celo, que realizó grandes progresos en todas las ciencias. Como la señora de Cotta amaba mucho la música, Martín aprendió a tocar la flauta y el laúd, y la acompañaba cantando con su bella voz de contralto.

Andando los tiempos, cuando un hijo de Conrado Cotta fué a estudiar a la Universidad de Wittemberg, siendo ya Lutero un doctor renombrado, éste le sentó a su mesa, acordándose y agradeciendo de esta manera lo que los padres del estudiante habían hecho con él en su juventud. Recordando muchas veces la caridad de aquella mujer, decía: “Nada hay más dulce en la tierra que el corazón de una mujer en que habita la piedad”. Y hablando sobre los jóvenes, que más tarde, en Alemania, buscaban su sostén de aquella manera, decía: “No despreciéis a los muchachos que piden cantando por las puertas panem propter Deum (pan por amor de Dios); yo también he hecho lo mismo: es verdad que más tarde me ha sostenido mi padre con mucho amor en la Universidad de Erfurt, manteniéndome con el sudor de su rostro; pero como quiera, yo he sido mendigo, y ahora, por medio de mi pluma, he llegado a tal situación, que no quisiera cambiar de fortuna con el mismo gran turco. Hay más: aun cuando amontonasen todos los bienes, no los tomaría a cambio de lo que tengo; pero no hubiera llegado al punto en que me hallo, si no hubiera ido a la escuela y hubiera aprendido a escribir.

En el año 1501, los padres de Martín le enviaron a la Universidad de Erfurt y costearon su carrera con el producto de su trabajo en Mansfeld. Aquí también se aplicó mucho a sus estudios; sus maestros le tenían en mucha estima, y pronto sobrepujó a la mayor parte de sus discípulos. Contaba entonces dieciocho años, y no solamente pensaba en el desarrollo de sus facultades, sino que tenía también muy presente a Aquel de quien viene la fuerza y la bendición para toda obra. Aunque era un joven alegre y jovial, siempre empezaba por las mañanas su trabajo con oraciones fervientes y asistiendo a la iglesia. Toda su vida llevó este refrán como lema: «Haber orado bien, adelanta en más de la mitad el trabajo de estudiar.

Pero Dios tenía reservada una misión especial para aquel joven diligente y piadoso, y pronto empezó a prepararle para ella. El debía abrir al mundo el libro de los libros, la Sagrada Escritura,

y el Señor le ayudó para que la conociera pronto. Debe tenerse en cuenta que en aquel tiempo la Biblia era un libro desconocido para el vulgo. Millones y millones de cristianos morían sin haber visto un ejemplar. Las causas eran varias. Apenas se había inventado la imprenta, y en su consecuencia, casi todos los libros eran todavía manuscritos, y el precio de ellos exorbitante. Una Biblia en aquella época costaba una suma casi equivalente a mil pesetas. Otra de las causas era que había muy pocas Biblias escritas en lengua vulgar; la mayor parte lo eran en hebreo, griego y latín. Y aun cuando algunas veces este libro se encontrase escrito en el idioma del país, los fieles, sin embargo, no podían leerlo, porque la Iglesia lo tenía prohibido. No querían los papas que el pobre pueblo, leyendo la Biblia se apercibiese de las enseñanzas erróneas con que se había desfigurado y obscurecido el Evangelio puro y sencillo de Cristo.

Así se comprenderá la alegría que inundó el corazón del joven estudiante, cuando un día revolviendo libros en la biblioteca de la Universidad de Erfurt, se encontró con una Biblia latina. Hasta entonces había creído que los Evangelios y las Epístolas que se leían todos los domingos y días festivos en la iglesia, constituían por sí solos toda la Sagrada Escritura. Ahora abre la Biblia y, ¡oh maravilla!, encuentra tantas páginas, tantos capítulos y libros enteros, de cuya existencia no tenía la más remota idea. Su espíritu se estremeció de placer; estrechó el libro contra su corazón, y con sentimientos que no se pueden imaginar, presa de una excitación indescriptible, lo leyó página por página.

Una de las primeras cosas que llamaron su atención fue la historia de Ana y del joven Samuel (1º Samuel). Su alma se inundó de placer cuando leyó que aquel niño fue dedicado al Señor por toda su vida; cuando saboreó todas las bellezas del cántico de Ana y vio cómo el joven Samuel creció y se educó en el templo ante los ojos de Dios. Toda esta historia inunda su alma de sentimientos hasta entonces desconocidos, cual un descubrimiento nuevo. Su deseo y oración continua era ésta: ¡Ojalá que Dios me deparase un día un libro tan precioso! Desde entonces frecuentó mucho más la biblioteca, para recrear su corazón con el tesoro que allí había encontrado.

¡Altos e inescrutables planes del Señor! Aquel libro, así escondido entre los demás de la biblioteca, fue el que más tarde, vertido por Lutero al alemán, había de formar la lectura cotidiana de todas clases de la sociedad alemana, y esparcir en aquel país y en todo el mundo la luz divina, encendida por Dios mediante los Sagrados escritores, y sacrílegamente ocultada por los llamados vicarios de Jesucristo y sucesores del apóstol Pedro.

Poco después contrajo una enfermedad grave y peligrosa, consecuencia de su asiduo trabajo. Ya había hecho testamento y encomendado su alma al Señor, cuando le visitó un viejo sacerdote, que le consoló con las siguientes palabras: Mi querido bachiller, cobra ánimo, porque no morirás de esta enfermedad. Nuestro Dios hará de ti todavía un hombre grande, que dará consuelo a muchísimas almas. Porque Dios pone de vez en cuando su santa cruz sobre los hombros de los que él ama y quiere preparar para su salvación; y si la llevan con paciencia, aprenderán mucho en esta escuela de la cruz. En efecto, Lutero recobró la salud; siguió sus estudios y se graduó en 1505 de doctor en filosofía. Según la voluntad de su padre, debía estudiar también la jurisprudencia.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo. La Biblia, el peligro en que la enfermedad le había puesto, y las palabras del viejo sacerdote habían hecho profunda mella en su corazón, y siempre tenía en la mente aquella antigua pregunta: “¿Qué es lo que debo hacer para ser salvo?” En aquellos tiempos la contestación a tal pregunta, era por lo general, la siguiente: El convento con sus oraciones, ayunos, vigiliias y otras obras meritorias es el camino más seguro para el cielo.

Así, Lutero abrigó por mucho tiempo el deseo de entrar en un convento, para satisfacer de esta manera la voz de su conciencia despierta.

Un día, volviendo de la casa paterna en ‘Mansfeld’ y en el camino, cerca del pueblo de Stotternheim, le sorprendió una tempestad, y un rayo cayó cerca de él, causándole tal impresión que fue aquel uno de los momentos más críticos y decisivos de su vida. Se volvió a Erfurt, agitada su imaginación con pensamientos y dudas acerca de la salvación de su alma.

Sólo un convento podía proporcionarle, según creía, la paz que anhelaba tanto. Su resolución era inquebrantable. Sin embargo, le costaba mucho romper los vínculos que le eran tan caros. A nadie había comunicado su propósito. Una noche convidó a sus amigos de la Universidad a una alegre y frugal cena, en la cual también la música contribuía al solaz de la reunión; era la despedida que Lutero hacía al mundo. Desde hoy en adelante ocuparían los frailes el lugar de aquellos amables compañeros de placer y trabajo; el silencio del claustro substituiría a aquellos entretenimientos alegres y espirituales; los graves tonos de la tranquila Iglesia reemplazarían a aquellos cantos festivos. Dios lo exige, y es preciso sacrificarlo todo por El.

Al fin de la reunión, Lutero, no pudiendo contener los pensamientos graves que ocupaban su alma, descubrió a los amigos atónitos su firme propósito. Estos procuraron disuadirle, pero inútilmente. En la misma noche, tal vez temiendo que otros intentasen detenerle, si supieran su propósito, sale de su cuarto, deja en él toda su ropa, todos sus libros queridos, y se guarda sólo a Virgilio y Plauto, porque no tenía todavía la Biblia; y sin consultar con su padre, en la noche del 17 de Julio de 1505, llama a la puerta del convento de los agustinos en Erfurt. (Su padre no le hubiera permitido ciertamente tal paso; y cuando fue sabedor, estuvo por algún tiempo muy disgustado con su hijo.) La puerta se abre y se cierra tras él, separándole de sus padres, de sus amigos, de todo el mundo; y la tétrica comunidad de los monjes le saluda como hermano. Lutero tenía entonces veintiún años y nueve meses.

Rubianus, uno de los amigos de Lutero en la Universidad de Erfurt, le escribía algún tiempo después “La Providencia divina pensaba en lo que debías ser algún día, cuando a tu regreso de ña casa paterna, el fuego del cielo te derribó, como a otro Pablo cerca de la ciudad de Erfurt, te separó de nuestra sociedad y te condujo a la secta de Agustín”.

Lutero debía conocer por propia experiencia lo que había de reformar más tarde; debía aprender además que las buenas obras no pueden dar al hombre la paz de su alma, sino que el hombre es justificado por la fe en el Señor Jesucristo sin las obras de la ley. (Rom. 3,28)

\*\*\*

## **LUTERO FRAILE Y CATEDRÁTICO**

No había entonces en Lutero lo que le debía hacer más tarde el Reformador de la Iglesia; su entrada en el convento lo demuestra claramente. Al obrar así seguía la tendencia del siglo, pero Lutero había de contribuir pronto a purificar la Iglesia de aquella superstición como de las demás tradiciones humanas. Lutero buscaba aún salvación en sí mismo y en las prácticas y observancias religiosas, porque ignoraba que la salvación viene solamente de Dios. Quería su propia justicia y gloria, desconociendo la justicia y la gloria del Señor. Pero lo que ignoraba todavía lo aprendió poco después. Este inmenso cambio se efectuó en el convento de Erfurt; allí fué donde la luz de

Dios iluminó su alma, preparándole para la poderosa revolución, de la cual iba a ser el más eficaz instrumento.

Martín Lutero, al entrar en el convento, cambió de nombre, y se hizo llamar Agustín. ¡Qué insensatez e impiedad! – decía más tarde hablando de esta circunstancia – desechar el nombre de su bautismo por el del convento! Así los papas se avergüenzan del nombre que han recibido en el bautismo manifestándose desertores de Jesucristo.

Los frailes le acogieron con gozo; no era pequeña satisfacción para su amor propio el ver a uno de los doctores más estimados abandonar la Universidad por el convento. Sin embargo, le trataron con dureza y le destinaron a los trabajos más viles. Querían humillarle, y demostrarle que toda su ciencia y su saber no le daban preponderancia ni preeminencia alguna sobre sus hermanos. El que antes era doctor en filosofía, debía ahora ser portero, arreglar el reloj, limpiar la iglesia y barrer las celdas. Y cuando este pobre fraile, portero, sacristán y criado del convento, había acabado sus tareas, le decían: Ahora marcha con la alforja por la ciudad. Debía entonces ir por las calles de Erfurt con el saco, y mendigar pan de casa en casa. Lutero todo lo sobrellevó con humildad y paciencia. Quería acabar la buena obra de su propia santificación por sus propias fuerzas, porque no conocía otro camino. Y si algunas veces tenía media hora libre para poder ocuparse de sus queridos libros, entonces venían los monjes, le injuriaban, le quitaban los libros y le decían con enojo: Mendigando, y no estudiando, se hace bien a nuestro convento. En esta escuela tan dura adquirió aquella firmeza y constancia que más adelante demostró en todas sus resoluciones. Su impasibilidad ante las aflicciones y ásperos tratamientos fortaleció su voluntad. Dios le ejercitaba en la constancia en cosas pequeñas, a fin de que después fuese apto para perseverar en cosas grandes.

Pero esta severa disciplina no debía durar por mucho tiempo. Como Martín era miembro de la Universidad de Erfurt, ésta se interesó por él, y logró del prior del convento que se le dispensara de las ocupaciones propias de sirvientes. Así el fraile Martín pudo atender otra vez con nuevo celo a sus libros. Estudiaba las obras de los Padres de la Iglesia; pero especialmente se dedicó más que nunca a su querida Biblia. Porque había encontrado en el convento una copia de ella, la cual, por su gran valor en aquellos tiempos, se hallaba sujeta con una cadena. Allí se le veía muchísimas veces sacando agua de la limpia fuente de la Palabra de Dios, y fortaleciendo con ella su espíritu. Cosa era ésta que no agradaba mucho a los frailes. Una vez le dijo su maestro en el convento, el Dr. Usinger: ¡Ay hermano Martín! ¿Qué es la Biblia? Es preciso no leer más que los antiguos doctores; ellos han sacado ya de la Sagrada Escritura el jugo de la verdad; pero la Biblia es la causa de todas las revoluciones.

Por este tiempo empezó, a lo que parece, a estudiar las escrituras en las lenguas originales, y a echar los cimientos de la más perfecta y útil de sus obras: la traducción de la Biblia, para la cual se servía de un diccionario hebreo de Reuchlin, que acababa de aparecer. Un hermano del convento, versado en las lenguas griega y hebrea, y con quien tuvo siempre íntima amistad, Juan Lange, le dió probablemente las primeras direcciones. Se valió mucho también de los sabios comentarios de Nicolás Lyra, muerto en 1340. Esto hacía decir a Pflug, que fue después obispo de Naunburgo: Si Lyra, no hubiese tocado ala lira Lutero no hubiera saltado, Si Lyra non lyrasset, Lutherus non saltaste.

El joven fraile estudiaba con tanta aplicación y celo, que muchas veces pasaba sin rezar las horas en dos o tres semanas; pero después se asustaba, pensando que había quebrantado las leyes de su Orden. Entonces se encerraba para reparar s descuido, y repetía escrupulosamente todas las horas que había dejado de rezar, sin pensar ni en comer ni en beber.



En el año 1507 fue ordenado sacerdote, y el 2 de Mayo celebró su primera misa. El Obispo que me consagró —dice Lutero— cuando me hizo sacerdote me puso el cáliz en la mano, dijo: *Accipe potestatem sacrificandi pro vivis et mortuis* (recibe la potestad de sacrificar por los vivos y los muertos). Cuando entonces la tierra no nos tragó, bien puede decirse que fue por la gran paciencia y longanimidad de Dios. A esta ceremonia asistieron también su padre y veinte parientes y amigos, y le fueron regalados por el primero veinte florines. Durante la comida, Lutero habló con su padre amigablemente acerca de su entrada en el convento; pero el padre, que no podía conformarse con este paso, le dijo: Quiera Dios que esto no sea un engaño y fraude del diablo. Y cuando los frailes le ponderaban la importancia del ministerio sacerdotal contestó: ¿No habéis, leído nunca, vosotros los sabios, aquello de honrarás a tu padre y a tu madre?.

Ordenado ya sacerdote, los frailes volvieron a quitarle la Biblia, dándole en su lugar las obras de los escolásticos y de los doctores letrados de la Edad Media, que habían obscurecido con sus sutilezas de escuela el camino de la salvación. Hubo tiempo en que estuvo cinco semanas sin poder conciliar el sueño. En el convento buscaba la santidad tan deseada, y para lograrla se había dedicado con toda sinceridad y con los propósitos más firmes a las observancias monásticas, en la plena persuasión de que para su propia santificación y para la gloria de Dios era preciso, además de sus estudios, mortificar su carne con vigiliias, ayunos y castigos corporales. Jamás la Iglesia romana tuvo fraile más piadoso; jamás convento alguno había presenciado obras más severas y continuadas para ganar la salvación eterna. Todo lo que Lutero emprendía, lo hacía con toda la energía de su alma; y se había hecho fraile con tanta, sinceridad, que más tarde pudo decir de sí; Verdad es que he sido un fraile piadoso, y he observado tan rigurosamente las reglas de mi Orden, que puedo afirmar: si hubiera podido entrar un fraile en el cielo como recompensa de sus rígidas observancias, seguramente ese fraile sería yo. Testimonio de esto darán todos mis compañeros de convento que me han conocido; si aquello hubiera durado más tiempo, ciertamente habría sucumbido con tantos tormentos de vigiliias, ayunos, oraciones, pasmos, meditaciones y otras obras.

Así vemos que Lutero se hacía cada día más rico en lo que se llamaba santidad de convento; pero al mismo tiempo era cada día más pobre en lo concerniente a la paz de su alma. Buscaba la seguridad de la salvación, pero no la encontró. Las paredes de la habitación en que se atormentaba y maltrataba permanecían mudas; no daban contestación a la pregunta ansiosa de su corazón. Las angustias sobre la salvación de su alma, que le llevaron al convento, se aumentaban de día en día. En aquellos oscuros claustros, cada suspiro de su corazón tornaba a él como un eco terrible. Dios le guiaba de esta manera para que se conociese a sí mismo y empezase a desesperar de sus propias fuerzas. Su conciencia iluminada por la Palabra de Dios, le decía claramente lo que era la santidad; pero al mirarse a sí mismo, ni en su vida, ni en su corazón encontraba ese dechado de la santidad que la Palabra de Dios le presentaba. Una cosa sin embargo, llegó a comprender: que por las obras que la Iglesia romana mandaba ejecutar, ninguno podía ganar el cielo, ni siquiera ascender hacia él un solo escalón. ¿Qué debía hacer entonces? ¿Todas aquellas reglas y ceremonias, eran nada más vanas tradiciones de hombres? Tal suposición le parecía algunas veces sugestión diabólica; otras, una verdad incontestable. Así luchaba sin descanso ni tregua, vacilando entre la santa voz que le hablaba en el corazón, y las antiguas reglas y tradiciones establecidas en la Iglesia por siglos y siglos. El joven fraile andaba apesadumbrado y con aspecto de esqueleto por los largos corredores del convento, mientras sus compañeros le miraban con asombro, y algunos se burlaban de él. Sus fuerzas físicas decayeron, su naturaleza se abatió hasta llegar a padecer desmayos.

En esta cruel y desesperada incertidumbre se franqueó, por fin, con un viejo fraile del mismo convento, el maestro de novicios; éste oyó tranquilamente sus pesares, y le dió después un consuelo maravilloso; con sencillez, pero con la convicción de la propia experiencia, le repitió las palabras del credo apostólico “Creo en la remisión de los pecados”, y le probó que esta remisión de los pecados era artículo de nuestra fe, que debía ser creído. Estas palabras, que Lutero recordó toda su vida con gratitud, alumbraron su alma con una luz benéfica y salvadora; fueron como el germen fructífero de toda su convicción cristiana y el fundamento de su obra posterior.

Mucho le ayudó también para la tranquilidad de su alma, el vicario general de los agustinos en Alemania, Dr. Staupitz. En una visita que éste hizo al convento de Erfurt, llamó su atención el joven fraile, cuya clara y penetrante inteligencia notó bien pronto aunque entonces estaba abatido y apesadumbrado. Le trató con mucha afabilidad; y cuando más tarde le descubrió Lutero en la confesión el estado de su alma y todas sus angustias, le aconsejó que leyese atentamente la Biblia y buscase su salvación solamente en Cristo, donde él había encontrado la suya. Su mirada perspicaz vio claramente los tesoros de imaginación y talento que poseía el joven fraile, y consolándole le dijo: Todavía no sabes, querido Martín, cuán útil y necesaria es para ti esta tribulación, porque Dios nunca la envía en vano. Ya verás cómo El te ha menester para cosas grandes.

Los corazones de Staupitz y de Lutero se entendieron. El vicario general comprendió a Lutero, y éste sintió hacia él una confianza que nadie le había inspirado hasta entonces. Le reveló la causa de su tristeza, le comunicó sus horribles pensamientos, y entonces se entablaron en el claustro de Erfurt conversaciones llenas de sabiduría.

—En vano es – decía con tristeza Lutero a Staupitz – que yo haga promesas a Dios; el pecado es siempre el más fuerte.

— ¡Oh amigo mío! – le respondía el vicario general – ; yo he jurado más de mil veces a nuestro santo Dios vivir devotamente, y no lo he cumplido jamás; pero ya no quiero jurar, porque sería falso. Si Dios no quiere concederme su gracia por el amor de Cristo, y permitirme salir con felicidad de este mundo, cuando llegó la hora, no podré, con todas mis promesas y buenas obras, subsistir en su presencia; necesariamente habré de perecer.

— ¿Por qué te atormentas - - le decía – con todas estas especulaciones y con todos estos altos pensamientos? Mira las llagas de Jesucristo y la sangre que ha derramado por ti; ahí es donde la gracia de Dios te aparecerá. En lugar de martirizarte por tus faltas, échate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. No retrocedas; Dios no está irritado contra ti, tú eres quien estás irritado contra Dios; escucha a su Hijo; él se ha hecho hombre por darte la seguridad de su divino favor, te dice: «Tú eres mi oveja, tú oyes mi voz, y nadie te arrancará de mi mano.

Sin embargo, Lutero no halla en sí el arrepentimiento, que cree ser necesario para su salvación, y da al vicario general la respuesta ordinaria de las almas angustiadas y tímidas: – ¿Cómo atreverme a creer en el favor de Dios, mientras no estoy verdaderamente convertido? Es menester que yo cambie para que me acepte.

Su venerable guía le hace ver que no puede haber verdadera conversión, mientras tema el hombre a Dios como a un juez severo. — ¿Qué diréis entonces — exclama Lutero — de tantas conciencias a quienes se prescriben mil mandamientos impracticables para ganar el cielo?

Entonces oye esta respuesta del vicario general, que le parece no venir de un hombre, sino que es una voz que baja del cielo: – No hay – dice Staupitz – más arrepentimiento verdadero que el que empieza por el amor de Dios y la justicia. Lo que muchos creen ser el fin y el

complemento del arrepentimiento no es, al contrario, sino su principio. Para que abundes en amor al bien, es preciso que antes abundes en amor a Dios. Si quieres convertirte, en lugar de entregarte a todas esas maceraciones y a todos esos martirios, ¡ama a quien primero te amó!

Lutero escucha y no se cansa de escuchar. Aquellas consolaciones le llenan de un gozo desconocido y le dan una nueva luz. – Jesucristo es – pensaba en sí mismo –; sí, el mismo Jesucristo es el que me consuela tan admirablemente con estas dulces y saludables palabras.

En efecto, ellas penetraron hasta el fondo del corazón del joven fraile, como la Hecha aguda arrojada por un fuerte brazo. ¡Para arrepentirse es menester amar a Dios! Iluminado con esta nueva luz, se pone a cotejar las Escrituras, buscando todos los pasajes en que se habla de arrepentimiento y de conversión. Estas palabras tan temidas hasta entonces, para emplear sus propias expresiones, son ya para él un juego agradable, y la más dulce recreación. Todos los pasajes de la Escritura que le asustaban, le parece que acuden ya de todas partes, que sonríen, saltan a su alrededor y juegan con él. – Antes – exclama –, aunque yo disimulase con cuidado delante de Dios el estado de mi corazón, y me esforzase a mostrarle un amor forzado y fingido, no había para mí en la Escritura ninguna palabra más amarga que la de arrepentimiento; pero ahora no hay ninguna que me sea más dulce y agradable. ¡Oh, cuán dulces son los preceptos de Dios, cuando se leen en los libros y en las preciosas llagas del Salvador!

Lutero siguió el consejo del Dr. Staupitz; leyó diariamente la Biblia (que los frailes le habían devuelto), especialmente las epístolas del apóstol Pablo y poco a poco vino a conocer que el Evangelio de Cristo (el cual fué entregado y muerto por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación) es potencia de Dios para salud a todo el que cree (Rom. I. t6), y que somos justificados por la fe en él, y no por las obras de la ley. (Gál. 2.16.) Además, los escritos de San Agustín, padre de la Iglesia, que leía con mucho celo, le confirmaron en esta doctrina de la fe y en el consuelo que ella le proporcionaba.

Poco tiempo después de su consagración, hizo Lutero, por consejo de Staupitz, pequeñas excursiones a pie por los curatos y conventos circunvecinos, ya por distraerse y procurar a su cuerpo el ejercicio necesario, ya para acostumbrarse a la predicación.

La fiesta del Corpus debía celebrarse con gran pompa en Eisleben; el vicario general debía concurrir; Lutero asistió también. Tenía necesidad de Staupitz, y buscaba todas las ocasiones de encontrarse con aquel director instruido, que guiaba su alma por el camino de la vida.

La procesión fue muy concurrida y brillante; el mismo Staupitz llevaba el santo sacramento, y Lutero seguía revestido de capa. La idea de que era el mismo Jesucristo el que llevaba en sus manos el vicario general, y que el Señor estaba allí en persona delante de él hirió de repente la imaginación de Lutero y le llenó de tal asombro, que apenas podía andar; corríale el sudor gota a gota, y creyó que iba a morir de angustia y espanto. En fin, se acabó la procesión: aquel sacramento que había despertado todos los temores del fraile, fue colocado solemnemente en el sagrario; y Lutero, hallándose solo con Staupitz, se echó en sus brazos y le manifestó el espanto que se había apoderado de su alma. Entonces el vicario general, que hacía mucho tiempo conocía al buen Salvador, que no quiebra la caña cascada, le dijo con dulzura: – No era Jesucristo, hermano mío; Jesús no espanta, sino que consuela.

El insigne Staupitz había observado, sin duda, que el espíritu de Lutero no se avenía con la tranquilidad de un convento, y que las paredes del claustro eran muy estrechas para sus poderosos vuelos. Por lo tanto, trató de trasladarlo a otra esfera de acción más en armonía con su naturaleza. El año de 1502, el príncipe elector de Sajonia, Federico III, llamado con razón el Sabio, fundó la Universidad de Wittenberg, siguiendo los consejos del doctor Staupitz y de Martín Mellerstadt. Lejos estaba entonces de adivinar que esta Universidad había de ser la cuna

de una reforma religiosa de tanta trascendencia. Staupitz, uno de los catedráticos de teología de dicha Universidad, hizo todo lo posible para elevar en ella los estudios teológicos al más alto grado de perfección. En el fraile Martín había notado gran talento y una piedad severa; y así influyó para que Lutero, el año 1509 y vigésimosexto de su edad, fuese nombrado catedrático de Wittemberg.

Allí empezó Lutero a enseñar las ciencias filosóficas; pero su ánimo y sus inclinaciones eran más propensos al estudio de la teología. El mismo año 1509 se graduó de bachiller en teología, y fué destinado a enseñar la teología bíblica. Entonces se encontró en su verdadero elemento, y conoció que el Señor le había llamado para este trabajo. Empezó a enseñar con tanta profundidad y desembarazo, que todos se maravillaban. En el otoño de 1509 fué destinado a la Universidad de Erfurt, de donde volvió a Wittemberg, año y medio después. Desde entonces acudían los estudiantes en número creciente a recibir sus lecciones, y hasta los mismos catedráticos concurrían a oírle. Cuando el doctor Mellerstadt le hubo oído una vez, dijo: Este fraile confundirá a todos los doctores: nos enseñará una doctrina nueva y reformará la Iglesia romana, porque se apoya en los escritos de los profetas y apóstoles, y se funda en la palabra de Jesucristo; y con este sistema ninguno podrá luchar en contra y vencer.

Staupitz, que era la mano de la providencia para desarrollar los dones y tesoros escondidos en Lutero, le invitó a predicar en la Iglesia de los Agustinos. El joven profesor no quería aceptar esta proposición, porque deseaba ceñirse a las funciones académicas, y temblaba al solo pensamiento de añadir a ellas el cargo de predicador. En vano le solicitaba Staupitz. – No, no – respondía, – no es cosa de poco más o menos hablar a los hombres en lugar de Dios. ¡Tierna humildad de este gran reformador de la Iglesia! Staupitz insistía; pero el ingenioso Lutero hallaba, dice uno de sus historiadores, quince argumentos, pretextos y efigios para defenderse de aquella vocación; y por último, continuando firme en su empeño el jefe de los Agustinos, le dijo Lutero: – ¡Ah, señor doctor, si hago eso me quitáis la vida; no podría sostenerme tres meses!

¡Sea enhorabuena! – Respondió el vicario general –; ¡que sea así en el nombre de Dios!, porque Dios nuestro Señor tiene también necesidad allá arriba de hombres hábiles y entregados a él de todo corazón. Lutero hubo de consentir, y predicó primeramente en el convento, y después públicamente en la iglesia. La consecuencia fue que el Ayuntamiento de la ciudad le nombró predicador de la iglesia principal de Wittemberg. Más tarde veremos la importancia de esta elección, porque por ella quedó obligado Lutero a ser confesor de su congregación y a consolar sus conciencias.

Pero Dios había elegido a Lutero, no solamente para maestro de una ciudad o de un país, sino para Reformador de su Iglesia; y, por lo tanto, le proporcionó también por camino extraordinario la ocasión de conocer a fondo la gangrena que la corroía. El año 1511, la orden a que pertenecía Lutero le envió a Roma para solicitar la decisión del Papa en una cuestión importante de dicha orden. Emprendió este viaje con tanto más gozo, cuanto que esperaba hallar consuelo y paz para su conciencia en la visita a una ciudad que se consideraba como sagrada. Mas no fue así; algunos años después dijo, sin embargo, que si le ofreciesen cien mil florines a cambio de su visita a Roma, no los aceptaría. Y no porque allí hubiese encontrado muchas cosas buenas y dignas de alabanza, sino por haber conocido allí mejor la perdición de la Iglesia. Este hombre sencillo, educado en todo temor, respeto y reverencia al Papa, vio entonces cosas que jamás hubiera podido sospechar. En lugar de la santidad que esperaba, ¿qué fue lo que encontró? El Papa de aquella época, Julio II, era un hombre de mundo, y un gran soldado, que tenía mucho más placer en derramar sangre conquistar tierras, que en las tareas propias de su ministerio espiritual, Entre los cardenales, obispos y sacerdotes, no solamente reinaba la más crasa

ignorancia, sino que se burlaban de la manera más cínica de las cosas más sagradas, y estaban encenagados en la más degradante disolución. Lutero mismo dice: Yo he visto en Roma celebrar muchas misas, y me horrorizo cuando lo recuerdo. Yo sentía grande disgusto al ver despachar la misa en un trist-tras, como si fuesen prestidigitadores. Cuando yo celebraba al mismo tiempo que ellos, antes que llegase a la lectura del Evangelio, ya habían concluido sus misas, y me decían: Despacha, despacha, (¡Passa, passa!), hazlo brevemente. Envía pronto el hijo de nuestra Señora a casa. Y cuando tenían (según la doctrina de la Iglesia romana) el cuerpo del Señor en su mano, murmuraban: « Tú eres pan, y permanecerás pan.» En la mesa se burlaban de la Santa Cena. Cuanto más cerca de Roma, peores cristianos, y la moralidad de los sacerdotes se hallaba de tal manera pervertida, que un escritor católico (Nicolás Clémanges, muerto en 1440), dice que en muchos pueblos no admitían en sus iglesias a ningún sacerdote, si no traía consigo una concubina; pues solamente de este modo consideraban a sus propias mujeres protegidas contra las asechanzas de los clérigos. Así pudo Lutero conocer en este viaje la depravación reinante en la corte papal y el clero de aquella ciudad, y pudo también más adelante, como testigo ocular, dar testimonio contra ellos.

Pero este viaje le proporcionó una ventaja mayor y más preciosa. Sucede, algunas veces, que Dios bendice de una manera especial una palabra o una frase en el corazón de un hombre, haciendo que esta palabra o esta frase no le abandone hasta haber logrado su objeto en él. Lutero había sido grandemente conmovido antes de su viaje para Roma por la expresión: «El justo por su fe vivirá». (Habacuc, 2,4, y Rom. 1,7.) Esta expresión le acompañó en todo su viaje, aunque todavía no había conocido su verdadero sentido; porque siempre esperaba encontrar en Roma la luz que su corazón deseaba tanto. Allí hizo cuanto pudo para reconciliarse con Dios y hacer penitencia por sus pecados; subió de rodillas los peldaños de la escalera de Pilato, que dicen fué llevada de Jerusalén a Roma, esperando con esto ganar la indulgencia plenaria que el Papa había prometido a todos los que hacían tal obra. Pero mientras así se atormentaba, una voz como de trueno le gritaba sin cesar en su interior: «El justo por su fe vivirá.» Probó, pues, por su propia experiencia que tampoco en Roma podía ganar su propia justificación con obras exteriores.

Al regresar de su viaje, cayó enfermo en la ciudad de Bolonia; y tristes pensamientos le dominaban en el lecho del dolor. Entonces volvieron a iluminar su alma las palabras: «El justo por su fe vivirá», pero en aquel momento con toda la claridad de la verdad. Cayó ya la venda de sus ojos", conoció por vez primera en toda su plenitud que la justificación que él buscaba no es dada por Dios a causa de las obras, sino que nos es atribuida solamente por la fe, de gracia y por causa de Cristo. Aquí sentí yo —escribe él— que había nacido de nuevo, habiendo encontrado una puerta ancha y abierta para entrar en el Paraíso; y desde entonces comencé a mirar la Sagrada Escritura con otros ojos y de un modo enteramente diverso a las épocas anteriores. Así, en mi imaginación recorrí en un momento toda la Biblia, según me podía acordar de ella, recordando especialmente e interpretando los textos que se referían a la salvación por la fe. Y así como antes había llegado a aborrecer estas palabras, la justicia de Dios, con toda mi alma, ahora me parecían las más hermosas y consoladoras de toda la Biblia; y ese texto de la epístola de San Pablo fue, en verdad, la verdadera puerta del Paraíso para mí.

Habiendo regresado a Wittenberg, Lutero, en concurso público, se graduó de doctor en la Sagrada Escritura, según los consejos de su paternal amigo Staupitz, y también según el deseo del príncipe elector, el cual costeó los gastos de aquella solemnidad. Porque el príncipe, no sólo estaba pronto a hacer todo aquello que podía contribuir al esplendor de su querida Universidad, sino que también sentía una verdadera inclinación personal hacia aquel predicador celoso y elocuente, que sacaba tantas cosas nuevas de las fuentes de las Sagradas Escrituras. Era el 19 de

Octubre de 1512, cuando fue nombrado doctor bíblico y no de sentencias; debiendo por eso consagrarse más y más al estudio Bíblico, y no al de las tradiciones humanas. Como él mismo refiere, prestó el siguiente juramento a su bien amada y Santa Escritura: “juro defender la verdad evangélica con todas mis fuerzas”. Prometió predicarla fielmente, enseñarla con pureza, estudiarla toda su vida y defenderla de palabra y por escrito contra los falsos doctores, mientras Dios le ayudara (1). Muchas veces le sirvió de verdadero consuelo en su vida posterior recordar esta sacrosanta promesa, cuando la defensa de las verdades de la Escritura le llevó a grandes luchas con los papistas.

Desde entonces se Dedicó a estudiar con más celo que nunca el Libro santo; ya hacía tiempo que pronunciaba discursos y daba lecciones sobre los Salmos; después continuó sobre la Epístola a los Romanos; y presentaba las verdades bíblicas con tal claridad, precisión e interés a la numerosa concurrencia que le escuchaba, que producía gran impresión en sus almas, y llegó a perderse de día en día el gusto por las antiguas formas escolásticas, que no habían servido para dar vitalidad a la Iglesia; sí sólo para fomentar las tradiciones de los hombres en contra de la verdad divina.

El año 1516, y por encargo del Dr. Staupitz, tuvo Lutero que hacer una visita de inspección a todos los conventos de la orden de Agustinos, en Turingia y Meissen. ¡Cuánta ignorancia espiritual, cuán poca disciplina, y qué conducta tan poco evangélica encontró en la mayor parte de ellos! En vista de ello, hizo todo lo posible por fundar escuelas, recomendó en todas las partes la lectura asidua y diligente de la Sagrada Escritura, y que atemperasen todos su conducta a los ejemplos del Salvador.

De esta manera fué Dios preparando el instrumento para la Reforma. El Señor había puesto ya el sembrador en el campo, y en sus manos la buena semilla. El campo había estado por mucho tiempo sin cultivar, por eso la semilla encontró un suelo preparado. Iba a llegar pronto el día en que el hombre de Dios había de salir al campo. La Reforma iba a dar principio.

\*\*\*

## **LAS NOVENTA Y CINCO TESIS**

El Papa León X, amante del esplendor y las artes, y necesitando mucho dinero para la magnificencia de su corte, había hecho predicar indulgencias en los años 1514 y 1516, es decir, indulgencia plenaria o indulto de las penas que la Iglesia impone a los hombres por sus pecados, a cambio de una cantidad de dinero previamente determinada. La primera vez tomó por pretexto la guerra con los turcos; la segunda, la terminación de la basílica de San Pedro en Roma. El comisario general de las indulgencias en Alemania era el príncipe elector de Maguncia, Alberto, muy semejante al Papa en muchas cosas, y principalmente en eso de necesitar siempre dinero, al paso que se cuidaba muy poco de la salvación de las almas. Este príncipe se encargó, mediante el estipendio de la mitad del dinero recogido en aquel negocio, de enviar lo restante a Roma. Calcúlese, pues, cuántos esfuerzos no haría para que esta venta fuese grandemente provechosa. Envió frailes por todas partes de Alemania para ofrecer las indulgencias, obligándolos bajo juramento, a no cometer con él fraude alguno; y dejándolos, en cambio en entera libertad para engañar a las pobres almas, con tal que le trajesen dinero. Como instrumento principal de este

tráfico de indulgencias, eligió a un hombre que en verdad realizó toda clase de esfuerzos para hacer el negocio tan productivo como pudiera desearse.

Este hombre fue el nunca bastante censurado Juan Tetzel, nacido en Leipzig, y fraile de la Orden de los Dominicos en el convento de Pirna; hombre atrevido y dado a torpes concupiscencias; el cual ya anteriormente, por adulterio y por su conducta licenciosa, había sido condenado a morir ahogado en un saco; y sólo por la intercepción de una ilustre dama había salvado la vida. Este hombre degradó hasta lo sumo la práctica de las indulgencias (que ya de suyo constituía una irrisión de la religión cristiana), y no hizo de ellas sino un robo sacrílego y una impostura insigne. En sus discursos de alabanza y recomendación de las indulgencias, omitía deliberadamente la cláusula que siempre se añade a las bulas que las conceden, es decir, que la eficacia de las referidas indulgencias dependen principalmente del arrepentimiento y de la enmienda. Su cinismo e insolencia sobrepujó a todo lo que hasta entonces se había visto. El adulterio, según su tarifa, costaba seis ducados; el robo de las iglesias, el sacrilegio y el perjurio, unos nueve ducados; un asesinato, ocho ducados. Hasta dio cartas de indulgencias para pecados que se pudiesen cometer en el porvenir.

Cuando Tetzel subía al púlpito, mostrando la cruz de la que colgaban las armas del Papa, ponderaba con tono firme el valor de las indulgencias a la multitud fanática, atraída por la ceremonia al santo lugar; el pueblo le escuchaba con asombro al oír las admirables virtudes que anunciaba.

Oigamos una de las arengas que pronunció después de la elevación de la cruz.

Las indulgencias - dijo - son la dádiva más preciosa y más sublime de Dios. Esta cruz (mostrando la cruz roja) tiene tanta eficacia como la misma cruz de Jesucristo. Venid, oyentes, y yo os daré bulas, por las cuales se os perdonarán hasta los mismos pecados que tuvieseis intención de cometer en lo futuro. Yo no cambiaria, por cierto, mis privilegios por los que tiene San Pedro en el cielo; porque yo he salvado más almas con mis indulgencias que el apóstol con sus discursos. No hay pecado, por grande que sea, que la indulgencia no pueda perdonar; y aun si alguno (lo que es imposible, sin duda) hubiese violado a la Santísima Virgen María, madre de Dios, que pague, que pague bien nada más, y se le perdonará la violación. Ni aún el arrepentimiento es necesario. Pero hay más; las indulgencias no solo salvan a los vivos, sino también a los muertos. Sacerdote, noble, mercader, mujer, muchacha, mozo, escuchad a vuestros parientes y amigos difuntos, que os gritan del fondo del abismo: ¡Estamos sufriendo un horrible martirio! Una limosnita nos libraría de él; vosotros podéis y no queréis darla.

¡Calcúlese la impresión que tales palabras, pronunciadas con la voz estentórea de aquel fraile, producirían en la multitud! En el mismo instante continuaba Tetzel en que la pieza de moneda resuena en el fondo de la caja, el alma sale del purgatorio. ¡Oh gentes torpes y parecidas casi a las bestias; que no comprendéis la gracia que se os concede tan abundantemente!... Ahora que el cielo está abierto de par en par, ¿no queréis entrar en él? ¿Pues cuándo entraréis? ¡Ahora podéis rescatar tantas almas! ¡Hombre duro e indiferente, con un real puedes sacar a tu padre del purgatorio, y eres tan ingrato que no quieres salvarle! Yo seré justificado en el día del juicio, pero vosotros seréis castigados con tanta más severidad cuanto que habéis descuidado tan importante salvación. Yo os digo que aun cuando no tengáis más que un solo vestido, estáis

obligados a venderlo, a fin de obtener esta gracia! Dios nuestro Señor no es ya Dios, pues ha abdicado su poder en el Papa.

Después, procurando también hacer uso de otras armas, añadía: ¿Sabéis por qué nuestro señor, el Papa, distribuye una gracia tan preciosa? Es porque se trata de reedificar la iglesia destruida de San Pedro y San Pablo, de tal modo que no tenga igual en el mundo. Esta iglesia encierra los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo y los de una multitud de mártires. Estos santos cuerpos, en el estado actual del edificio, son, ¡ay!, Continuamente mojados, ensuciados, profanados y corrompidos por la lluvia, por el granizo. ¡Ah!, estos restos sagrados, ¿quedarán por más tiempo en el lodo y en el oprobio?

Esta pintura no dejaba de hacer impresión en muchos. Ardían en deseos de socorrer al pobre León X, que no tenía con qué poner al abrigo de la lluvia los cuerpos de San Pedro y de San Pablo!

Enseguida, dirigiéndose a las almas dóciles, y haciendo un uso impío de las Escrituras decía: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os aseguro que muchos profetas y reyes han deseado ver las cosas que veis y no las han visto, y también oír las cosas que vosotros oís y no las han oído! Y, por último, mostrando la caja en que recibía el dinero, concluía regularmente su patético discurso, dirigiendo tres veces al pueblo estas palabras: ‘¡Traed, traed, traed!’ Luego que terminaba su discurso, bajaba del púlpito, corría hacia la caja, y, en presencia de todo el pueblo, echaba en ella una moneda, de modo que sonara mucho.

Rara vez encontraba Tetzal hombres bastante ilustrados, y aun menos, hombres bastante animosos para resistirle; por lo común, hacía lo que quería de la multitud supersticiosa. Había plantado en Zwickau la cruz roja de las indulgencias, y los buenos devotos se apresuraban a ir y a llenar la caja con el dinero que debía libertarios. Cuando Tetzal tenía que partir, los capellanes y sus acólitos le pedían la víspera una comida de despedida; la petición era justa; pero ¿cómo acceder a ella, si el dinero estaba contado y sellado? A la mañana siguiente hacía tocar la campana mayor, la muchedumbre se precipitaba al templo, creyendo que había sucedido algo de extraordinario, porque la fiesta era ya concluida; y luego que estaban todos reunidos, les decía:

Yo había resuelto partir esta mañana, pero en la noche me he despertado oyendo gemidos; he aplicado el oído y... era del cementerio de donde salían... ¡Oh Dios! ¡Era una pobre alma, que me llamaba y me suplicaba encarecidamente que la librase del tormento que la consume! Por esto me he quedado un día más, a fin de mover a lástima los corazones cristianos en favor de dicha alma desgraciada; yo mismo quiero ser el primero en dar una limosna, y el que no siga mi ejemplo, merecerá ser condenado.

¿Qué corazón no hubiera respondido a tal llamamiento? ¿Quién sabe, por otra parte, qué alma es aquella que grita en el cementerio? Dan, pues, con abundancia, y Tetzal ofrece a los capellanes y a sus acólitos una buena comida.

Los mercaderes de indulgencias se habían establecido en Haguenau en 1517. La mujer de un zapatero, usando de la facultad que concedía la instrucción del comisario general, había adquirido, contra la voluntad de su marido, una bula de indulgencia, a precio de un florín de oro,



y murió, poco después; no habiendo el marido hecho decir misas por el descanso del alma de su mujer, el cura le acusó de impío, y el juez de Hagenau le intimó a que compareciese a su presencia; el zapatero se fue a la Audiencia con la bula de su mujer en el bolsillo, y el juez le preguntó:

-¿Ha muerto tu mujer?

-Si respondió el zapatero.

-¿Y qué has hecho por ella?

-He enterrado su cuerpo y he encomendado su alma a Dios.

-Pero has hecho decir una misa por el descanso de su alma?

-No, por cierto, porque sería inútil, pues ella entró en el cielo en el instante que murió.

-¿Cómo sabes eso?

-He aquí la prueba; y al decir esto sacó la bula del bolsillo; y el juez, en presencia del cura, leyó en ella: “La mujer que la ha comprado, no irá al purgatorio cuando muera, sino que entrará derechamente en el cielo.”

-Si el señor cura pretende todavía que es necesaria una misa -añadió-, mi mujer ha sido engañada por nuestro santísimo padre, el Papa; y si no, el señor cura me engaña a mí.

Nada podía responderse a esto, y el acusado fue absuelto.

Así el buen sentido del pueblo hacia justicia a estos sacrílegos fraudes. Un gentilhomme sajón que había oído predicar a Tetzl en Leipzig, quedó indignado de sus mentiras; acercóse al fraile y le preguntó si tenía facultad de perdonar los pecados que se pensaba cometer.

Seguramente -respondió Tetzl-, he recibido para ello pleno poder del Papa.

-Pues bien -replicó el caballero-, yo quisiera vengarme de uno de mis enemigos, pero sin atentar a su vida, y os doy diez escudos si me entregáis una bula de indulgencia que me justifique plenamente.

Tetzl puso algunas dificultades; sin embargo, quedaron conformes en treinta escudos. Poco después salió el fraile de Leipzig; el gentilhomme acompañado de sus criados, le esperó en un bosque entre Iueterbock y Treblin; cayó sobre él, hizo darle algunos palos, y le arrancó la rica caja de las indulgencias que el estafador llevaba consigo; éste se quejó ante los tribunales, pero el gentilhomme presentó la bula firmada por el mismo Tetzl, la que le eximía con anticipación de toda pena. El duque Jorge, a quien esta acción irritó mucho al principio, mandó a la vista de la bula, que fuese absuelto el acusado.

Pero para que se vea que esto no era obra de un solo hombre malvado, citaremos algunos datos de la instrucción del obispo de Maguncia.

Los plenipotenciarios, después de haber ponderado a cada uno en particular la grandeza de la indulgencia, hacían a los penitentes esta pregunta: “¿De cuánto dinero podéis privaros, en conciencia, para obtener tan perfecta remisión?” “Esta pregunta -dice la instrucción del arzobispo de Maguncia a los comisarios- debe ser hecha en este momento para que los penitentes estén mejor dispuestos a contribuir.”

Estas eran todas las disposiciones que se requerían. La instrucción arzobispal prohibía aun el hablar de conversión o contrición. “Solamente -decían los comisarios-, os anunciamos el completo perdón de todos los pecados; y no se puede concebir nada más grande que una gracia tal, puesto que el hombre que vive en el pecado está privado del favor divino, y que por este perdón total obtiene de nuevo la gracia de Dios. Por tanto, os declaramos que para conseguir estas gracias excelentes no es menester más que comprar una indulgencia. Y en cuanto a los que desean librar las almas del purgatorio y lograr para ellas el perdón de todas sus ofensas, que echen dinero en la caja, y no es necesario que tengan contrición de corazón ni hagan confesión de boca. Procuren solamente traer pronto su dinero; porque así harán una obra muy útil a las almas de los difuntos y a la construcción de la iglesia de San Pedro.” No se podían prometer mayores bienes a menos precio.

Como Tetzel tenía también su obra y sus abominables predicaciones en Iueterbock [1], Lutero, en su confesionario, sentía las consecuencias de estas diabólicas artes de seducción. Los confesionarios quedaban casi vacíos, porque el pueblo gustaba más de aquella manera fácil y cómoda de remisión de los pecados; y los que todavía se confesaban, siguiendo las antiguas costumbres eclesiásticas, apelaban siempre al perdón de los pecados que ya habían comprado de Tetzel, y no querían seguir ninguno de los preceptos paternales que el fiel sacerdote les quería imponer. Entonces Lutero se sintió obligado, en conciencia, a amonestar al pueblo y apartarle de abuso tan pernicioso; empezó, como él dice, predicando con dulzura. En estos primeros “discursos sobre las indulgencias” no trató más que de corregir los errores más graves y manifiestos sobre la materia, demostrando que las indulgencias no tienen ninguna fuerza en cuanto a los castigos divinos contra los pecados, sino que sólo se refieren a las penitencias y buenas obras.

-Y éstas- decía-es mejor tomarlas sobre si y hacerlas para enmendarse que no evadir su cumplimiento con el dinero; una buena obra hecha en favor de un pobre, vale más que todas las indulgencias. Que las almas salgan del purgatorio mediante las indulgencias, no lo sé y no lo creo; tampoco la Iglesia lo ha resuelto; y es mucho mejor que ores por ellas y hagas buenas obras, porque esto es más seguro y más probado.

Natural era que esta opinión modesta y fundada no hiciese impresión alguna en el ánimo de Tetzel, cuya endurecida alma había llegado al más alto grado de cinismo. Empezó, pues, a dirigir sus apóstrofes y amenazas contra Lutero, mandó hacer una hoguera, y amenazó con quemar en ella a todos los que hablasen con desprecio de sus indulgencias. Entonces Lutero se resolvió por fin “a hacer un agujero en aquel tambor”.

El elector Federico de Sajonia estaba en su palacio de Schweinitz, a seis leguas de Wittemberg, dicen las crónicas del tiempo. El 31 de Octubre, a la madrugada, hallándose Federico con su hermano el duque Juan, que entonces era corregente y reinó solo después de su muerte, y con su canciller, el elector dijo al duque: -Es menester, hermano mío, que te cuente un sueño que he tenido esta noche, y cuyo significado desearía mucho saber; ha quedado tan bien grabado en mi espíritu, que no lo olvidaría aunque viviese mil años; porque he soñado tres veces y siempre con circunstancias diferentes.

-¿Es bueno o malo el sueño?-preguntó el duque Juan.

-Yo lo ignoro; Dios lo sabe le contestó su hermano.

-Pues bien, no te inquietes por eso; ten la bondad de referírmelo. Y refirió el príncipe elector su sueño de esta manera:

-Habiéndome acostado anoche triste y fatigado, quedé dormido inmediatamente que hice mi oración; reposé dulcemente cerca de dos horas y media; habiéndome despertado entonces, estuve hasta media noche entregado a todo género de pensamientos; discurría de qué modo celebrararía la fiesta de Todos los Santos; rogaba por las pobres almas del purgatorio, y pedía a Dios que me condujese a mí, a mis consejeros y a mi pueblo según la verdad. Volví a quedarme dormido, y entonces soñé que el Omnipotente Dios me enviaba un fraile que era el hijo verdadero del apóstol San Pablo; todos los santos le acompañaban según la orden de Dios a fin de acreditarlo cerca de mí, y de declarar que no venía a maquinar ningún fraude, sino que todo lo que hacia era conforme a la voluntad de Dios; me pidieron que me dignase permitir que el fraile escribiese algo a la puerta de la capilla del palacio de Wittemberg, lo que concedí por conducto del canciller; en seguida el fraile fue allí y se puso a escribir con letras tan grandes, que yo podía leer lo que escribía desde Schweinitz; la pluma de que se servía era tan larga que su extremidad llegaba hasta Roma, y allí taladraba las orejas de un león que estaba echado (León X), y hacía bambolear la triple corona en la cabeza del Papa; todos los cardenales y príncipes, llegando a toda prisa, procuraban sostenerla; yo mismo y tú, hermano mío, quisimos ayudar también; alargué el brazo... pero en aquel momento me desperté con el brazo en alto, lleno de espanto y de cólera contra aquel fraile, que no sabía manejar mejor su pluma; me sosegué un poco... no era más que un sueño. Yo estaba aún medio dormido; cerré de nuevo los ojos y volví a soñar. El león, siempre incomodado por la pluma, empezó a rugir con todas sus fuerzas, tanto que toda la ciudad de Roma y todos los Estados del Sacro Imperio acudieron a informarse de la causa; el Papa pidió que se opusiesen a aquel fraile, y se dirigió sobre todo a mí, porque se hallaba en mis dominios; de nuevo me desperté y recé el Padrenuestro; pedí a Dios que preservara a Su Santidad y me dormí de nuevo... Entonces soñé que todos los príncipes del Imperio, y nosotros con ellos acudíamos a Roma y tratábamos entre todos de romper aquella pluma, pero cuantos más esfuerzos hacíamos, más firme estaba; rechinaba como si fuese de hierro, y nos cansamos al fin; hice preguntar entonces al fraile (porque yo estaba tan pronto en Roma como en Wittemberg) dónde había adquirido aquella pluma y por qué era tan fuerte: “La pluma -respondió- es de un ganso viejo de Bohemia, de edad de cien años (téngase en cuenta que el nombre del gran reformador de Bohemia, Juan Huss, a quien quemaron los fanáticos en el concilio de Constanza, significa ganso. Y muriendo Huss en la hoguera, había exclamado: “Ahora me asan a mí, pobre ganso; pero dentro de cien años vendrá un cisne, contra el cual no prevalecerán”). Yo la he adquirido de uno de mis antiguos maestros de escuela; en cuanto a su fuerza, es tan grande, porque no se le puede sacar la medula y aun yo mismo estoy admirado... De repente oí un gran grito... De la larga pluma del fraile habían salido otras muchas plumas... Me desperté por tercera vez; era ya de día.”

El duque Juan se volvió entonces al canciller, y le dijo:-Señor canciller, ¿qué os parece? ¡Qué bien nos vendría aquí un José o un Daniel inspirado de Dios!

El canciller contestó: Vuestras altezas saben el proverbio vulgar que dice que los sueños de los jóvenes, de los sabios y de los grandes señores tienen ordinariamente alguna significación oculta;

pero la de este sueño no se sabrá sino de aquí a algún tiempo, cuando lleguen las cosas que tienen relación con él; dejad su cumplimiento a Dios, y encomendadlo todo en su mano.

-Pienso como vos, señor canciller -dijo el Duque-; no es cosa de que nos rompamos la cabeza por descubrir lo que esto pueda significar; Dios sabrá dirigirlo todo para su gloria.

- ¡Hágalo así nuestro fiel Dios! -interpuso Federico el Sabio-. Sin embargo, yo no olvidaré nunca este sueño; ya me ha ocurrido una interpretación... pero la guardo para mí; el tiempo dirá tal vez si acerté.

Así pasó, según el manuscrito de Weimar, la mañana del 31 de Octubre en Schweinitz; veamos ahora cuál fue la tarde en Wíttemberg.

La fiesta de Todos los Santos era un día muy importante para Wíttemberg, y aun más para la capilla que el príncipe elector había hecho construir allí, llenándola de reliquias. Solían en ese día sacar aquellas reliquias adornadas de piedras preciosas y ponerlas de manifiesto a la vista del pueblo, atónito y deslumbrado con tanta magnificencia. Todos los que visitaban aquel día la capilla y se confesaban en ella, ganaban muchas indulgencias; así es que muchedumbre de gente concurría a aquella gran solemnidad de Wíttemberg.

Era la tarde del 31 de Octubre de 1517; Lutero, decidido ya, se encamina valerosamente hacia la capilla, a la que se dirigía la multitud supersticiosa de los peregrinos, y en la puerta de aquel templo fija noventa y cinco tesis o proposiciones contra la doctrina de las indulgencias; ni el elector, ni Staupitz, ni Spalatin, ni ninguno de sus amigos, aun los más íntimos, habían sido prevenidos de ello.

La fama de estas noventa y cinco tesis, fijadas en la puerta de la iglesia del castillo de Wíttemberg, corrió muy pronto, no ya sólo por Alemania, sino por el mundo entero; en ellas declaraba Lutero, en forma de preámbulo, que las había escrito en espíritu de verdadera caridad y con el deseo terminante de exponer la verdad al pueblo cristiano; invitaba a la vez a todos los residentes en las cercanías o en países lejanos, a que presentasen contra ellas sus objeciones de palabra o por escrito. Entre estas tesis, las principales eran las siguientes:

27. Predican vana tradición de los hombres, cuantos dicen que tan pronto como el dinero se echa en la caja, el alma sale del purgatorio.

29. Irán al infierno, junto con sus maestros, todos cuantos afirman que por las bulas de las indulgencias tienen asegurada su salvación.

36. Cualquier cristiano que sienta verdadero arrepentimiento de sus pecados, tiene ya la absolución plenaria de culpas y penas, la cual le pertenece y se le aplica sin cartas de indulgencias.

37. Todo verdadero cristiano, sea vivo o difunto, tiene parte en todos los bienes de Cristo y de la Iglesia, por el don de Dios, sin necesidad de cartas de indulgencias.

38. Sin embargo, no se ha de despreciar la absolución del Papa y su dispensación, porque es la declaración de la remisión divina.

50. Es preciso enseñar a los cristianos, que si el Papa supiese el robo y engaño de los predicadores de las indulgencias, antes preferiría que la Basílica de San Pedro fuese quemada o reducida a escombros, que verla construida con la piel, carne y hueso de sus ovejas.

53. Son enemigos del Papa y de Jesucristo los que prohíben la predicación de la palabra de Dios porque se opone a las indulgencias.

## **62. EL ÚNICO TESORO VERDADERO DE LA IGLESIA ES EL EVANGELIO SANTÍSIMO DE LA GLORIA Y GRACIA DE DIOS.**

Se ve que en estas tesis no se repudia la indulgencia misma, sino se condenan solamente los perniciosos abusos de ellas. Se trata de restituir las indulgencias a su objeto primitivo, según el cual, se aplicaban únicamente a las penitencias eclesiásticas. No se dirigían en modo alguno contra el Papado. Lutero mismo dice:

“Cuando empecé esta obra contra las indulgencias, estaba tan lleno y satisfecho de la doctrina del Papa, que me hallaba dispuesto, o a lo menos habría sentido placer, y hasta habría ayudado a matar a todos los que no quisieran ser obedientes al Papa en la más mínima cosa.” Sin embargo, aunque todavía se movía dentro de ciertos límites, se descubre ya en estas sentencias todo el ánimo de Lutero. La sencillez y rectitud de su alma, el celo sincero por la verdadera doctrina de Cristo, su grande amor a la Biblia, su vista clara y perspicaz para conocer los abusos de la Iglesia de aquella época, la firme convicción de que la remisión de los pecados es efecto solamente de la libre gracia de Dios mediante el arrepentimiento y la fe; todo esto que hizo de Lutero el Reformador, se encuentra ya en estas noventa y cinco sentencias. Aquí, es verdad, empieza todavía como fraile tímido que da un paso atrevido, pero con plena confianza en la bondad de la obra, aunque desconfiando de sí mismo, y no sin algún temor en cuanto a las consecuencias.

Lutero neutralizó en parte la rudeza y atrevimiento de este paso, escribiendo el mismo día 31 de Octubre al elector Alberto de Maguncia, enviándole copia de sus tesis, y rogándole hiciese cesar los abusos de los traficantes en indulgencias. En idéntico sentido escribió a algunos obispos. El digno obispo de Brandeburgo, Sculteto, aprobó el contenido de las tesis; pero rogó al mismo tiempo a Lutero que permaneciese quieto y tranquilo, a fin de no turbar la paz de las conciencias. Igual respuesta dieron otros hombres estimados por Lutero; y su príncipe, el elector Federico el Sabio, opinó casi del mismo modo. No quería éste imponer la verdad violentamente, pues amaba demasiado la tranquilidad pública, y no podía alegrarse en su corazón de la lucha comenzada. Y aunque en este primer paso del Reformador se ven mezclados miedo y atrevimiento, es imposible dejar de conocer la pureza de sus sentimientos y sus propósitos. Estos se revelan tan claramente en cada una de sus palabras, y en toda su conducta, que el atribuir el comienzo de aquella lucha a la ambición y arrogancia de Lutero, sólo prueba una completa ignorancia de los hechos o un deliberado propósito de falsearlos.

“Yo empecé esta obra -dice el mismo Reformador- con gran temor y temblor; ¿quién era yo entonces, pobre, miserable y despreciable fraile, más parecido a un cadáver que a un hombre? ¿Quién era yo para oponerme a la majestad del Papa, a cuya presencia temblaban, no sólo los reyes de la tierra, sino también, si me es lícito expresarme así, el cielo y el infierno? Nadie puede saber lo que sufrió mi corazón en los dos primeros años en qué abatimiento y casi desesperación caí muchas veces. No pueden formarse una idea de ello los espíritus orgullosos” que han atacado después al Papa con grande audacia, bien que no hubieran podido con toda su habilidad hacerle el más pequeño mal, si Jesucristo no le hubiera hecho ya por mí, su débil e indigno instrumento, una herida de la que no sanará jamás... Pero mientras ellos se contentaban con mirar y dejarme

solo en el peligro, no me hallaba tan gozoso, tranquilo y seguro del buen éxito como lo estoy ahora, porque no sabía entonces muchas cosas que ahora sé, gracias a Dios... Yo entonces honraba de todo corazón la iglesia del Papa, como la verdadera iglesia; y lo bacía con más sinceridad y veneración que los infames y vergonzosos corruptores, que por contradecirla, la ensalzan tanto ahora. Si yo hubiera despreciado al Papa, como le desprecian los que le alaban tanto con los labios, hubiera temido que se hubiese abierto la tierra, y me hubiese tragado vivo como a Coré y a todos los que con él estaban.”

¿Qué dicen a esto los que a móviles tan indignos atribuyen el movimiento iniciado por Lutero? ¿Qué sinceridad, qué rectitud de alma revelan sus palabras! El que quiera emprender alguna cosa buena:

-dice en otra parte, aludiendo a sus noventa y cinco proposiciones-, que la empresa confiado en la bondad de ella, y de ninguna manera en el auxilio y consuelo de los hombres. Además, que no tema a los hombres ni al mundo entero, porque no mentirá esta palabra: Es bueno confiar en el Señor” y seguramente ninguno de los que confían en él será confundido, pero el que no quiere ni puede arriesgar ninguna cosa confiándose en Dios, que se guarde muy mucho de emprenderla.”  
¿Es este el lenguaje de uno que emprendiera su obra, como dicen los enemigos de la Reforma, sólo por ambición, por rencor, por envidia y por afán de libertinaje?

Aun creemos que nos han de agradecer nuestros lectores, para formar mejor su juicio, que les traslademos algunos párrafos de una carta que Lutero escribió al arzobispo de Magdeburgo el mismo día que fijó las tesis en las puertas de la capilla de Wittemberg. Dice así:

“Perdonadme, Rmo. P. en Cristo, y muy ilustre príncipe, si yo, que no soy más que la escoria de los hombres, tengo la temeridad de escribir a vuestra sublime grandeza. El Señor me es testigo que, conociendo cuán pequeño y miserable soy, he dudado mucho tiempo de hacerlo. Que vuestra alteza, sin embargo, deje caer una mirada sobre un poco de polvo, y según su benignidad episcopal, reciba bondadosamente esta mi petición...”

¡Gran Dios! las almas confiadas a vuestra dirección, excelentísimo Padre, las instruyen, no para la vida, sino para la muerte. (Ha hablado antes de los predicadores y traficantes con las indulgencias.) La justa y severa cuenta que se os pedirá, se aumenta de día en día. No he podido callar más tiempo. ¡No! El hombre no se salva por la obra o por el ministerio de su obispo. El justo mismo se salva difícilmente, y el camino que conduce a la vida es estrecho. ¿Por qué, pues, los predicadores de indulgencias, con cuentos ridículos, inspiran al pueblo una seguridad carnal? Si se les cree, la indulgencia es la sola que debe ser proclamada y exaltada... ¡Y qué! ¿No es el principal y el único deber de los obispos enseñar al pueblo el Evangelio y el amor de Jesucristo? Jesucristo no ha ordenado en ninguna parte la promulgación de las indulgencias, pero sí ha mandado con todo encarecimiento predicar el Evangelio. ¡Qué horror y qué riesgo para un obispo, si consiente que no se hable del Evangelio, y que sólo el ruido de las indulgencias suene sin cesar a los oídos del pobre pueblo!”

Contestando en otra ocasión a los que le tildaban de orgulloso y soberbio, dice, dirigiéndose a Lange: “Deseo saber cuáles son los errores que vos y vuestros teólogos habéis hallado en mis tesis. ¿Quién no sabe que rara vez se proclama una idea nueva sin que su autor sea acusado de

orgullosos y de buscar disputas? Si la misma humildad emprendiese algo de nuevo, los que son de opinión contraria dirían que aquello era orgullo. ¿Por qué fueron inmolados Jesucristo y todos los mártires? Porque parecieron orgullosos, menospreciadores de la sabiduría mundana, y porque anunciaron otra nueva, sin haber consultado previa y humildemente a los órganos de la opinión contraria.

“Que no esperen, pues, los sabios del día que yo tenga bastante humildad, o más bien hipocresía, para pedirles un consejo antes de publicar lo que es mi deber hacerlo: en este caso no debo consultar a la prudencia humana, sino al consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién la contendrá? Si no lo es, ¿quién la adelantará?... No mi voluntad, ni la suya, ni la de nadie, sino la tuya, Padre Santo que estás en los cielos.”

Conviene ahora seguir a aquellas proposiciones, por todas las partes adonde penetraron, en el gabinete de los sabios, en la celda de los frailes y en el palacio de los príncipes, para formarse una idea de los distintos y prodigiosos efectos que produjeron en Alemania.

Reuchlin las recibió; estaba cansado del rudo combate que tenía que sostener contra los frailes; la fuerza que el nuevo atleta desplegaba en sus tesis reanimó el espíritu abatido del antiguo campeón de las letras e infundió la alegría en su Corazón angustiado. ¡Gracias sean dadas a Dios! - exclamó después de haber leído las tesis-; ya por fin han encontrado un hombre que les dará tanto que hacer, que se verán obligados a dejarme acabar en paz mi vejez.

El astuto Erasmo se hallaba en los Países Bajos cuando recibió las tesis; se alegró interiormente de ver manifestados con tanto valor sus deseos secretos de que se corrigiesen los abusos; aprobó dichas tesis aconsejando únicamente a su autor más moderación y prudencia; sin embargo, habiéndose quejado algunos en su presencia de la violencia de Lutero, dijo: “Dios ha dado a los hombres un médico que corta así las carnes, porque sin él, la enfermedad hubiera sido incurable.” Y más tarde, habiéndole pedido el elector de Sajonia su opinión sobre el asunto de Lutero, respondió sonriéndose: “Nada me extraña que haya causado tanto ruido, porque ha cometido dos faltas imperdonables, que son: haber atacado la tiara del Papa y el vientre de los frailes.”

El doctor Fleck, prior del convento de Steinlausitz, no celebraba misa hacía tiempo, y nadie sabía el por qué; un día halló fijadas en el refectorio de su convento las tesis de Lutero; acercóse a ellas para leerlas y apenas hubo recorrido algunas, cuando sin poder contenerse de alegría, exclamó: “¡Oh!, ¡oh! Al fin ha venido el que esperábamos hace mucho tiempo, y que os hará ver a vosotros, frailes...” Después, como si leyese el porvenir, dice Mathesius, y comentando el sentido de la palabra “Wittemberg”, dijo:

“Todos vendrán a esta montaña a buscar la sabiduría, y la hallarán...” Escribió al doctor que continuara con valor aquel glorioso combate. Lutero le llama un hombre lleno de alegría y de consuelo.

Ocupaba entonces la antigua y célebre silla episcopal de Wurzburg un hombre piadoso, honrado y sabio, según sus contemporáneos; Lorenzo de Bibra. Cuando iba un gentilhomme a decirle que destinaba su hija al claustro, le aconsejaba: “Dadle más bien un marido”; y luego añadía: “¿Necesitáis dinero para ello? Yo os lo prestaré.” El emperador y todos los príncipes le

estimaban mucho: dolíase de los desórdenes de la Iglesia, y más aún de los de los conventos. Las tesis llegaron también a su palacio; las leyó con gran júbilo, y declaró públicamente que aprobaba a Lutero. Más tarde escribió al elector Federico: “No dejéis partir al piadoso doctor Martín Lutero, porque le culpan sin razón.” El elector, satisfecho de este testimonio, escribió de su puño y letra al Reformador comunicándoselo.

El mismo emperador Maximiliano, predecesor de Carlos V, leyó con admiración las tesis del fraile de Wittemberg; previó que aquel oscuro agustino podría llegar a ser un poderoso aliado para la Alemania en su lucha contra Roma; así es que hizo decir al elector de Sajonia, por un enviado: “Conservad con cuidado al fraile Lutero, porque podrá llegar un tiempo en que haya necesidad de él”. Y poco tiempo después, hallándose en la Dieta con Pfeffiger, íntimo consejero del elector, le dijo: Y bien, ¿qué hace vuestro agustino? Verdaderamente no son de despreciar sus proposiciones; ya tendrán que habérselas con él.

Aun en Roma y en el Vaticano, no fueron recibidas las tesis tan mal como podía creerse. León X las juzgó como literato más bien que como Papa; la diversión que le causaron las tesis le hizo olvidar las severas verdades que contenían; y cuando Silvestre Prierías, maestro del Sacro-Palacio, encargado de examinar los libros, le aconsejó que declarase a Lutero hereje, le respondió: “Este hermano, Martín Lutero, tiene un grande ingenio, y todo lo que se dice contra él no es más que envidia de frailes.”

Es casi increíble la rapidez con que, antes de que hubiesen transcurrido quince días, se propagaron estas tesis por casi toda Alemania; y en menos de un mes fueron conocidas en la mayor parte de la cristiandad europea. En todas partes se leyeron con ansiedad e interés sumo, y se hicieron de ellas muchas reimpresiones. Un historiador de aquel tiempo dice que la rapidez fue tan grande, que no parecía sino que los ángeles mismos habían ido como mensajeros para ponerlas ante los ojos de todos los hombres. Muchos que ya en su interior eran poco favorables a la Iglesia de Roma, se llenaron de júbilo al oír ahora en alta voz lo que antes habían pensado en silencio, y saludaron este acto de Lutero como a una señal de fuego en la montaña que llamaba a toda la nación para librarse de las cadenas del papado.

Pero los que admitían tales abusos y sacaban provecho de ellos, se enfurecieron. Mas ninguno de ellos acudió a disputar y discutir con Lutero, respondiendo a su invitación. Tetzl, que desde aquel momento perdió toda la influencia y el buen negocio que hasta entonces había hecho, porque las dichas tesis echaron por tierra su tráfico de indulgencias, quemó las sentencias de Lutero, dio a luz un furibundo escrito, lleno de calumnias contra éste, y trató de revolver el cielo y la tierra con el fin de perderlo. Otros, escribieron también calumniosas acusaciones, y aconsejaron lo que siempre ha sido el remedio más fácil y eficaz de la Iglesia romana, es decir, que fuese quemado por hereje. Los amigos de Lutero empezaron a temer por su vida. Mas él contestaba con firmeza: “Si no se ha comenzado la obra en el nombre de Dios, pronto caerá; pero si ha empezado en su nombre, entonces dejadle a El que obre.”

Verdad es que el mismo Lutero tenía motivos para temer las consecuencias de la obra principada; pero en medio de estas luchas internas y externas, se afirmó su convicción de que no emprendía la causa como suya, sino como de Cristo; y que conservando la dulce paz y alianza con su Salvador, no tenía nada que esperar ni temer del mundo.



Mientras así empezaba la lucha con pequeñas escaramuzas, Lutero, cuya fama corría ya por el mundo, pero que, sin embargo, cumplía todos los deberes de su regla con la conciencia más estricta, hizo un viaje, en Abril de 1518, a Heidelberg, para asistir allí a una reunión de delegados de la orden de Agustinos. Aprovechó, pues, esta ocasión para defender en una Controversia sus convicciones, basándolas en las Santas Escrituras. Esta controversia tuvo una importancia tan grande para la obra de la Reforma en Alemania, que no puede dejar de verse en dicho Viaje el dedo de Dios y su Providencia. Porque tanto Lutero como sus tesis, eran poco conocidos en el Sur de Alemania, y al mismo tiempo, con intenciones nada cristianas se habían hecho correr sobre él muchos rumores, por cierto muy falsos y calumniosos. Ahora se presentó él mismo, y con su sinceridad y con el poder de su espíritu ganó pronto los corazones de casi todos. Allí conquistó y convirtió a los que después fueron sus colegas y colaboradores en la obra de la Reforma, Martín Butzer, Erhard Schnepf, Juan Brenz y otros, que en aquella ocasión admiraron no solamente su talento y personalidad, sino muy especialmente el modo que tenía de explicar y aplicar las Escrituras.

\*\*\*

[1] Cerca de Wittemberg, pero en Brandeburgo En sus territorios, el elector había prohibido las ventas de indulgencias.

## **LA CONTROVERSIA DE LEIPZIG Y SUS CONSECUENCIAS**

Pero sus adversarios no guardaron silencio.— El movimiento había ya avanzado tanto que era imposible detenerlo. El primer motivo para la continuación de la lucha le dolió al enemigo, más furioso de Lutero; El Dr. Eck de Ingolstadt. Ya para cuando principiaron las discusiones, un colega de Lutero, Bodestein, comúnmente llamado por el nombre, Carlostadio, había defendido la causa de Lutero y escribió a favor de él contra el Dr. Eck con mucho entusiasmo. El Dr. Eck, que no podía callarse, había lanzado réplicas violentas, tanto contra Lutero como contra Carlostadio; y este le replicó con la mayor energía. La lucha creció de tal manera, que por fin Eck, según la costumbre de aquellos tiempos, desafió a su adversario a una controversia pública, en la cual daba por segura la victoria, confiando en su probada destreza para esta clase de debates. Todavía antes de la polémica y a principio del año 1519, el Dr. Eck escribió Otro folleto más violento, en el cual atacaba también a Lutero, que, como sabemos, había pactado con Miltitz el guardar silencio si sus adversarios hacían lo mismo. Este escrito, lleno de improperios y calumnias daba ya a Lutero el derecho de entrar otra vez en la lucha, tanto más, cuanto que el Dr. Eck hizo imprimir al mismo tiempo trece tesis o proposiciones, sobre las cuales quería disputar Con el mismo Lutero. Estas tesis se referían principalmente a las indulgencias y al poder papal. Lutero estaba ya en el deber de contestar, e hizo imprimir igual número de tesis, en las cuales, con más energía y firmeza que en sus primeras, rechazaban las indulgencias como innovación, y también la autoridad incondicional del Papa. El Dr. Eck invitó también a Lutero a tomar parte en la controversia pública; y logró al efecto, el permiso del duque Jorge de Sajonia, porque a este ducado pertenecía Leipzig, Ciudad designada para el debate. En el mes de Junio de

1519, los adversarios se encontraron en ella: Lutero y Carlostadio, acompañados por algunos estudiantes y profesores de la Universidad de Wittemberg; el Dr. Eck auxiliado con el favor del duque Jorge y por casi toda la Universidad de Leipzig, que tenía celos de la de Wittemberg.

Sorprendente es que Cayetano y Miltitz, que tenían grandísimo interés en evitar que se levantase de nuevo la tempestad, apenas calmada un poco, no hicieron lo más mínimo para impedir esta lucha: tal vez la ignorasen; tal vez confiaran demasiado en la habilidad del Dr. Eck. Nunca creyeron que de este ensayo pudiese salir una nueva derrota del papado.

Era esto sin duda una maravillosa providencia de Dios, que hace ciegos en su orgullo a los que ven y prende a los sabios en su misma sabiduría. El obispo Adolfo de Merseburg, en cuya diócesis se hallaba Leipzig, calculó el peligro de esta polémica con más acierto. Hizo las más enérgicas advertencias al duque Jorge, pero éste le respondió con mucho juicio: Estoy sorprendido de ver que un obispo tenga tanto horror a la antigua y laudable costumbre de nuestros padres, de examinar las cuestiones dudosas en materia de fe. Si vuestros teólogos se niegan a defender su doctrina más valdría invertir el dinero que se les da en el sostén de mujeres ancianas y de niños que a lo menos saben cantar e hilar... Pero esta carta no convenció al obispo: el día de San Juan de 1519 y por un edicto fijado en la puerta de la iglesia prohibió el acto. Pero el magistrado de la ciudad de Leipzig estaba tan lleno de entusiasmo por el Dr. Eck que hizo caso omiso del mandamiento del obispo, y la controversia comenzó el 27 de Junio en una sala grande del castillo situado junto al río Pleisse.

El duque Jorge vino con su corte y otras personas notables, y asistió durante trece días a las discusiones prestando la más viva atención. Los primeros ocho días disputaron Eck y Carlostadio, sobre el libre albedrío. Eck tenía la ventaja de su palabra agresiva; daba grandes gritos, vociferaba y gesticulaba como un actor, con mucho descaro y altisonantes palabras mientras el doctor Carlostadio, ateniéndose únicamente al fondo y a sus libros, aparecía más tímido y lento en sus argumentaciones. Así que el público se inclinaba en favor del Dr. Eck. Pero el debate entre éste y Lutero fue mucho más provechoso al partido de la Universidad de Wittemberg. En Lutero tenía el Dr. Eck un adversario tan bien preparado en todo y por todo, que sus astucias, sofismas y vociferaciones fracasaron. En uno de los puntos principales, el primado del Papa, Lutero defendía su afirmación de que no el obispo de Roma sino Cristo, era la cabeza y jefe de la iglesia; y que el Papa poseía el primado, no por derecho divino, sino por tradición humana; fue el poder que el Papa había asumido era usurpado y contrario, tanto a las Sagradas Escrituras, como a la historia eclesiástica de los primeros siglos. Esto lo afirmaba con todo el peso y fuerza de la lógica, y salió victorioso.

Eck apelaba a los Santos Padres; con ellos le respondía Lutero; y todos los espectadores admiraban la superioridad que tenía sobre su rival.

-Lo que yo expongo -dijo Lutero- es lo mismo que expone San Jerónimo, y voy a probarlo por su misma epístola a Evagrius: Todo obispo -dice él-, sea de Roma, sea de Eugubium, bien de Alejandría bien de Túnez, tiene el mismo mérito y el mismo sacerdocio. El poder de las riquezas y la humillación de la pobreza es lo que coloca a los obispos en una esfera más alta o más baja.

De los escritos de los padres, Lutero pasó a las decisiones de los concilios, que no ven en el obispo de Roma sino al primero entre sus iguales.

Eck responde con una de aquellas sutiles distinciones que le son tan familiares:

-El obispo de Roma, si queréis, no es obispo universal, sino obispo de la iglesia universal.

-Quiero guardar silencio sobre esa respuesta -dijo Lutero-; que los oyentes la juzguen por sí mismos.

-Cierto-añade enseguida-; he aquí una teoría digna de un teólogo, y muy a propósito para saciar a un disputador hambriento de gloria. No ha sido inútil mi costosa estancia en Leipzig, pues he aprendido aquí que el Papa no es, en verdad, obispo universal, sino que es el obispo de la Iglesia universal.

-Pues bien -dijo Eck-; vuelvo a lo esencial. El venerable doctor me pide le pruebe que la primacía de la iglesia de Roma es de derecho divino; lo que pruebo con estas palabras de Cristo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. San Agustín, en una de sus epístolas ha expuesto así el sentido de este texto: Eres Pedro y sobre esta piedra es decir, sobre Pedro, edificaré mi iglesia. Es verdad que este mismo San Agustín ha manifestado en otra parte que por esta piedra debía entenderse Cristo mismo; pero él no ha retractado su primera exposición.

-Si el reverendo doctor quiere atacarme -dijo Lutero-, que concilie antes estas palabras contradictorias de San Agustín. Porque es cierto que San Agustín ha dicho muchas veces que la piedra era Cristo, y apenas una sola vez que era el mismo Pedro. Mas aun cuando San Agustín y todos los padres dijeran que el apóstol es la piedra de que habla Cristo yo me opondría a todos ellos, apoyado en la autoridad de la Escritura Santa, pues está escrito: Nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto que es Jesucristo. (1ª. Corintios 3,11.) El mismo Pedro llama a Cristo la piedra angular y viva sobre la cual estamos edificados para ser una casa espiritual. (1ª. de San Pedro 2, 4, 5.)

El Dr. Eck no tuvo otra contestación sino decir que Lutero era otro hereje más que seguía las huellas de Juan Huss. Y cuando Lutero le contestó: -Querido doctor, no todas las doctrinas de Juan Huss eran herejías- el doctor Eck se asustó de tal afirmación y quedó como fuera de sí. Y hasta el duque Jorge exclamó con voz tan alta que se pudo oír en toda la sala:-¡Válgame la pestilencia! Disputaron después acerca del purgatorio, sobre las indulgencias, el arrepentimiento y las doctrinas que con éstas tenían relación. Los debates terminaron el 15 de Julio. El Dr. Eck, siguiendo su costumbre, se atribuyó la victoria con grandes alardes de triunfo; mas todos vieron que en los puntos principales había tenido que ceder a la ciencia y a los argumentos de Lutero.

Pero esta controversia dio un gran impulso a la causa de la Reforma. Se había hablado sobre el papado, sus errores y abusos, con una claridad y franqueza inusitadas, y dichos errores se habían hecho más patentes que nunca. Y, por otro lado, las verdades allá proclamadas habían impresionado a muchos de los oyentes. Uno de los resultados más importantes fue que un joven colega de Lutero en la Universidad de Wittemberg, Felipe Melancton, en el curso de estos debates se decidiera completamente en favor de la doctrina de Lutero.

Este catedrático, joven de veintidós años, contribuyó desde entonces a la Reforma con la riqueza de sus conocimientos, y pronto llegó a ser, después de Lutero, el instrumento más importante de

ella. Como en el curso de esta historia hemos de nombrarle más de una vez, conviene que adelantemos sobre él algunas noticias.

Felipe Melanchton, hijo de Jorge Schwarzerd, famoso fabricante de armas, nació el 16 de Febrero de 1497 en Bretten, palatinado del Rhin. El renombrado humanista Juan Reuchlin era hermano de su abuelo paterno. Después que Felipe hubo concluido sus primeros estudios en el Colegio latino de Pforzheim, pasó a la Universidad de Heidelberg, con el fin de seguir su carrera, aunque no contaba más que doce años. Pero su talento y disposición eran tan grandes, que en dos años recibió el grado de bachiller en filosofía, y pronto aspiró también al de doctor; mas por ser de tan corta edad, le fue negado. Poco satisfecho con esto, y como tampoco le agradaba el clima de Heidelberg, pasó a Tübingen, donde se aplicó con toda diligencia, escribió una gramática griega, se hizo doctor el año 1514, y poco después empezó a dar conferencias públicas.

La Santa Escritura le ocupaba principalmente. Los que frecuentaban la iglesia de Tübingen, habían notado que tenía muchas veces entre sus manos un libro, en el que leía durante el culto divino. Aquel desconocido volumen parecía mayor que los manuales de oraciones y corrió el rumor de que Felipe leía en aquel acto obras profanas; mas se vio con sorpresa que el libro que había inspirado tal sospecha era un ejemplar de las Santas Escrituras, impreso hacía poco tiempo en Basilea por Juan Frobenius. Toda su vida continuó aquella lectura con la más asidua aplicación; siempre llevaba consigo aquel precioso volumen a todas las asambleas públicas a las que era llamado. Despreciando los vanos sistemas de los escolásticos, se atenía a la simple palabra del Evangelio. Erasmo escribía entonces a Ecolampadio: Tengo el concepto más alto y las esperanzas más grandes acerca de Melanchton: que Cristo haga solamente que nos sobreviva largo tiempo, y eclipsará totalmente a Erasmo... Sin embargo, Melanchton participa de los errores de su siglo. Me estremezco –dice en una edad avanzada de su vida- al pensar en el Culto que yo daba a las estatuas, cuando pertenecía aún al paganismo.

En 1518 fue nombrado catedrático de la Universidad de Wittemberg por recomendación de Reuchlin. Aquí se le oía con tanto gusto e interés que la concurrencia de sus discípulos aumentaba de día en día, y pronto llegó a ejercer tanta influencia en los ánimos que se le puede llamar el Reformador científico. Al punto le designó la fama como el preceptor germánico, el maestro de Alemania.

Cuatro días después de su llegada, el 22 de Agosto, pronunció el discurso de inauguración; toda la Universidad se hallaba reunida; el muchacho, como le llamaba Lutero, habló en un latín tan elegante y descubrió un entendimiento tan cultivado y un juicio tan sano que todos sus oyentes quedaron sorprendidos.

Terminado el discurso todos se apresuraron a felicitarle; pero nadie se alegró tanto como Lutero, el cual comunicó a sus amigos los sentimientos que llenaban su corazón. Melanchton -escribió a Spalatin el 31 de Agosto- ha pronunciado, cuatro días después de su llegada una arenga tan sabia y bella, que todos le han oído con aprobación y sorpresa: pronto nos hemos desengañado de la idea que habíamos formado de él por su exterior; elogiamos y admiramos sus palabras y damos gracias al príncipe y a vos por el servicio que nos habéis prestado. No pido otro maestro de lengua griega; pero temo que su delicado cuerpo no pueda soportar nuestros alimentos, y que no le conservaremos mucho tiempo, a causa de lo módico de su sueldo. Sé que los habitantes de

Leipzig se jactan ya que van a llevárselo a su seno. ¡Oh mi querido Spalatin! Guardaos de despreciar la edad y la persona de este joven, el cual es digno de todo honor.

Melanchton se dedicó luego con mucho ardor a explicar a Homero, y la epístola de San Pablo a Tito. Haré todos mis esfuerzos -escribía a Spalatin- para merecer en Wittenberg la estimación de todos los que aman las letras y la virtud. Cuatro días después de la toma de posesión de su cátedra, Lutero escribía otra vez a Spalatin: Os recomiendo muy particularmente al muy sabio y muy amable helenista Felipe. Su auditorio es siempre numeroso; todos los teólogos principales vienen a oírle: inspira tal afición a la lengua griega, que todos, grandes y pequeños se dedican a aprenderla.

Melanchton sabía apreciar y corresponder al afecto de Lutero. Pronto descubrió en él una bondad de carácter, una fuerza de espíritu un valor y una sabiduría que no había encontrado hasta entonces en ningún hombre. Le veneró y le amó. Si hay alguno -decía- a quien yo ame desde lo más íntimo de mi corazón es a Martín Lutero.

Muy pronto le unió con Lutero una amistad estrecha. Melanchton reunía en sí tanto la profundidad como la elegancia del estilo, gran pureza de pensamientos y de conducta, la sencillez de un niño en su trato, y una piedad sincera y sin hipocresía; de manera que era estimado de todos. Sin mostrarse débil poseía mansedumbre, dulzura de carácter y deseo de reconciliar a los adversarios, cualidades que hicieron de él el ángel de paz de la Reforma, mientras Lutero era en aquellas grandes luchas el campeón siempre pronto a entrar en batalla. Esta mutua relación entre Lutero y Melanchton, en la cual el uno suplía las faltas del otro, Lutero dando a Melanchton la fuerza de su energía, y Melanchton a Lutero la profundidad y el genio de su sabiduría y ciencia, es una de las cosas más dignas de notarse en aquel gran tiempo de la Reforma. Era una amistad sincera y noble, fundada en el amor común hacia el Altísimo, y en la común defensa de las más preciosas verdades y beneficios espirituales. Nunca la menoscabaron pequeñeces, envidias o suspicacias; aunque no faltaba quien quería sembrar la enemistad entre ellos; antes bien, aquella amistad creció con el tiempo por el reconocimiento mutuo de sus talentos y por el noble entusiasmo que ambos sentían en favor de la misma causa. Por lo demás, la llegada de Melanchton causó una revolución, no sólo en Wittenberg, sino en toda la Alemania y entre todos los sabios. Desapareció la esterilidad que había producido la doctrina escolástica en la enseñanza y empezó un nuevo método de enseñar y estudiar.

Por otra parte, era muy importante que un hombre que conocía a fondo el griego enseñase en aquella Universidad, en la que los nuevos horizontes de la teología llamaban a maestros y discípulos a estudiar en la lengua original los documentos primitivos de la fe cristiana. Desde entonces se dedicó Lutero con celo a este trabajo. El sentido de tal o cual palabra griega que había ignorado hasta entonces, aclaraba al instante sus ideas teológicas. ¡Qué alivio y qué gozo no sintió, por ejemplo, cuando supo que el término griego <arrepentimiento>, que según la Iglesia romana designaba penitencia, expiación humana, significa propiamente una transformación o conversión del corazón!

Los dos sentidos diferentes, dados a dicha palabra, son precisamente los que caracterizan a las dos iglesias. La iglesia del Papa vincula la salvación en las obras de penitencia y mortificación

como si Jesucristo no lo hubiese expiado todo en sí mismo sobre el madero: la iglesia evangélica, siguiendo a Cristo y a los apóstoles la pone en la conversión o cambio del corazón.

Cómo los debates de Leipzig no habían tenido un fin decisivo, continuó la lucha por medio de la pluma. Levantóse contra Lutero un verdadero torbellino de escritos. Pero tampoco faltaron amigos que le ayudasen, publicando multitud de artículos o folletos en que atacaban severamente la ignorancia y los vicios del clero. Hasta los nobles de Alemania le ofrecieron el apoyo de su espada; Silvestre de Schaumburgo, caballero piadoso y Francisco de Sickingen, la flor y nata de la nobleza Alemana, le ofrecieron sus castillos como lugares de refugio, y pusieron a su disposición sus servicios, sus bienes, sus personas, y todo cuanto poseían. Ulrico de Hutten escribía: ¡Despierta, noble libertad! Y si acaso surgiese un impedimento cualquiera en estas cosas que ahora tratáis con tanta seriedad y ánimo tan piadoso, por lo que veo y oigo, por cierto que lo sentiría. En todas ellas os prestaré gustoso mi concurso, cualquiera que sea el éxito os ayudaré fielmente y con todo mi poder; ya podéis revelarme sin miedo alguno todos vuestros propósitos y confiarme toda vuestra alma. Con la ayuda de Dios queremos proteger y conservar nuestra libertad, y salvar confiadamente nuestra patria de todas las vejaciones que hasta ahora la han oprimido y molestado. Ya veréis cómo Dios nos ayuda.

Lutero se gozaba con tales pruebas de afecto; sin embargo, el áncora de su esperanza no descansaba en la espada, sino en la roca eterna del amor de Dios. Yo no quiero -decía- que recurran a las armas ni a la matanza para defender el Evangelio. Por la palabra fue vencido el mundo; por la palabra se ha salvado la iglesia, y por la palabra deberá ser reformada. Yo no desecho tales ofertas; sí embargo, no quiero otro protector sino a Cristo. En una carta que en aquel tiempo escribió a Spalatin dice: Si el Evangelio fuese de tal carácter que hubiera de ser preservado por los poderosos del mundo, entonces Dios no lo hubiera confiado a pescadores. No es cosa que atañe a los príncipes el proteger la Palabra de Dios. Ya habéis visto lo que Hutten desea. Pero yo no quisiera que el Evangelio fuese defendido a viva fuerza y con derramamiento de sangre, y en este sentido le he contestado. ¡Ojalá que así hubieran hablado también los papas, en lugar de derramar a torrentes la sangre de los Waldenses y Albigenses, y de quemar a Juan Huss en la hoguera!

En esta disposición de ánimo escribió Lutero aquella famosa carta, tan enérgica como atrevida, Manifiesto a Su Majestad Imperial y a la nobleza cristiana de Alemania sobre la reforma del cristianismo. En este librito no lucha ya solamente contra los abusos del poder papal, sino contra el mismo papado. Exhorta a la nación a librarse de las cadenas de Roma, a quitar al Papa la influencia que hasta entonces ejerciera sobre la iglesia alemana, privarle de las enormes sumas que sacaba de este país, conceder otra vez a los sacerdotes la libertad de casarse, reformar los conventos y suprimir los de las órdenes mendicantes. Con el dolor de un corazón cristiano, y con el justo enojo de un corazón alemán, emplaza al Papa y le acusa de que con sus indulgencias había enseñado a ser perjura e infiel a una nación fiel y noble.

No es por temeridad -dice- por lo que yo, hombre del pueblo, me determino a hablar a vuestras señorías. La miseria y la opresión que abaten actualmente todos los Estados de la Cristiandad, y en particular a la Alemania, me arrancan un grito de dolor. Es necesario que yo pida socorro. Dios nos ha dado por jefe a un príncipe joven generoso, el emperador Carlos V, y ha llenado así

de grandes esperanzas nuestros corazones. Mas nosotros debemos hacer de nuestra parte todo lo que podamos.

Los romanos se han encerrado dentro de tres murallas para resguardarse de toda reforma. Si el poder temporal los ataca, dicen que ningún derecho tiene sobre ellos, y que el poder espiritual es superior al temporal. Si se les quiere convencer con la Santa Escritura, responden que nadie puede interpretarla sino el Papa. Si se les amenaza con un concilio, contestan que nadie puede convocarlo sino el Soberano Pontífice.

Mas ahora que Dios nos ayude y nos dé una de aquellas trompetas que derribaron los muros de Jericó: derribemos con nuestro soplo las murallas de paja y de papel que los romanos han construido en derredor suyo.

Se dice -continúa Lutero- que el Papa, los obispos, los presbíteros y cuantos habitan en los conventos forman el estado espiritual o eclesiástico, y que los príncipes, nobles, ciudadanos y plebeyos forman el estado seglar o laico. Esta es una bonita invención; sin embargo nadie se asuste por ella. Todos los cristianos forman el estado espiritual, y entre ellos no hay otra diferencia sino la de las funciones que desempeñan. Todos tenemos un mismo bautismo, una sola fe, y esto es lo que constituye al hombre espiritual. La tonsura, la ordenación y la consagración que dan los obispos o el Papa, pueden hacer un hipócrita, pero jamás un hombre espiritual. Todos a la vez somos consagrados sacerdotes por el bautismo, como lo dice San Pedro: Sois sacerdotes y reyes. No está conferido a todos, el poder de ejercer tales cargos pues ninguno puede apropiarse lo que es común a todos sin el beneplácito de la comunidad. Mas si la consagración de Dios no estuviese en nosotros, la unción del Papa no sería válida para ordenar un presbítero.

De ahí se sigue que entre los laicos y sacerdotes príncipes y obispos, o, como dicen, eclesiásticos y seglares, nada hay que los distinga, excepto sus funciones. Todos tienen una misma profesión, pero no todos tienen una misma obra que hacer.

Siendo esto así, ¿por qué el magistrado ha de dejar de corregir al clero? El poder secular ha sido establecido por Dios para castigar a los malos y proteger a los buenos. Es preciso dejarle obrar en toda la cristiandad, sea el que fuere aquel sobre quien caiga: Papa, obispos, presbíteros, frailes, monjas, etc. San Pablo dice a todos los cristianos: Toda alma esté sumisa (por consiguiente, el Papa también) a las potestades superiores; porque no en vano llevan la espada., (Rom. 13,1-4.)

Lutero, después de haber derribado asimismo las otras dos murallas, pasa en revista todos los abusos de Roma.

Principia por el Papa. Es una cosa horrible -dice- contemplar al que se nombra vicario de Jesucristo, con una magnificencia superior a la de los emperadores. ¿Es esto parecerse al pobre Jesús o al humilde San Pedro? ¡El es -dicen- el Señor del mundo!. Mas Cristo, del que se jacta ser vicario, dijo: Mi reino no es de este mundo. El reino de un vicario, ¿se ha de extender más allá que el de su Señor? ¿No es ridículo que el Papa pretenda ser heredero legítimo del imperio? ¿Quién se lo dio? ¿Fue Jesucristo cuando dijo: Los reyes de las naciones se enriquecen, mas no vosotros? (Lucas 22, 25-26.).

Pasa luego a pintar los efectos de la dominación papal. ¿Sabéis de qué sirven los cardenales? Voy a deciroslo: la Italia y la Alemania tienen muchos conventos y curatos ricamente dotados. ¿Cómo trasladar estas riquezas a Roma? ¡Se han creado cardenales, se les han dado estos claustros y estas prelacías; y actualmente la Italia está casi desierta; los conventos están destruidos; los obispados, devastados, las villas decaídas; los habitantes, corrompidos; el Culto está expirando y la predicación abolida! ¿Por qué? Porque es menester que todos los bienes de las iglesias vayan a Roma, ¡Jamás el turco mismo hubiera arruinado así a la Italia! Ahora que han chupado así la sangre de su pueblo, pasan al nuestro; principian poco a poco: pero, ¡cuidado con ellos!, pronto se encontrará Alemania en el mismo estado que Italia. ¿Cómo es posible que nosotros, alemanes, suframos tales latrocinios y exacciones del Papa? ¡Ah, si a lo menos no nos despojases sino de nuestros bienes! Pero devastan las iglesias, trasquilan los corderos de Cristo; están aboliendo el culto y borrando la palabra de Dios.

¿No se podrá decir hoy día otro tanto de nuestra España? Lutero se ocupa a continuación del matrimonio del clero. Es la primera vez que trata este asunto. ¡En qué estado ha caído el clero, y cuántos sacerdotes se ven cargados de mujeres, de hijos, de pesares sin que nadie se compadezca de ellos! Que el Papa y los obispos dejen correr lo que corre, y perderse lo que se pierde, en hora buena; mas yo quiero salvar mi conciencia, quiero abrir libremente la boca, aunque se escandalicen luego Papa, obispos y quienquiera. Yo digo, pues, que conforme a la institución de Jesucristo y de los apóstoles, cada pueblo debe tener un párroco u obispo, y que este ministro pueda tener legítimamente una mujer, como Pablo lo escribe a Timoteo: Que el obispo sea marido de una sola mujer (1ª. Timoteo 3, 2); como se practica aún en la iglesia griega. Mas el diablo ha inducido al Papa, como lo dice San Pablo en 1ª. Tim. 4, 1-3, a prohibir el matrimonio al clero. Y de ahí han dimanado tales y tantas miserias que es imposible enumerarlas.

Ningún orador habló jamás así a la nobleza del imperio, ni al mismo emperador y al Papa. En verdad, esta carta era una exhortación a los más nobles del pueblo, para romper las cadenas que los sujetaban a Roma. Sacó a luz todas las vejaciones e iniquidades que los buenos alemanes habían sufrido ya desde siglos anteriores por aquellas sanguijuelas romanas, y demostró cómo el clero en Roma hacia mofa de su paciencia. Con elocuencia poderosa apelaba al sentimiento nacional, y decidió el desenvolvimiento de la reforma.

Dirigida esta exhortación a la nobleza germánica pronto se esparció por todo el imperio. Los amigos de Lutero temblaban; Staupitz y los que querían seguir las vías de la dulzura encontraron el golpe demasiado fuerte. En nuestros días -respondió Lutero-, todo lo que se trata con lentitud cae en el olvido y nadie le hace caso. Al mismo tiempo mostraba una simplicidad y una humildad admirables en cuanto a su persona. Yo no sé qué decir de mi -escribía-; quizá soy el precursor de Felipe (Melanchton); le preparo, como Elías, el camino en fuerza y espíritu.

No era necesario esperar a otro; el que había de aparecer, ya estaba presente La exhortación a la nobleza germánica salió a luz el 26 de Junio de 1520; en poco tiempo se vendieron 4.000 ejemplares, número extraordinario para aquel siglo. La fuerza, la claridad, y el noble atrevimiento que campeaban en ella, la hicieron un escrito verdaderamente popular.



En los palacios y en los castillos, en las moradas de los ciudadanos y en las cabañas, están ya todos dispuestos y armados contra la sentencia de condenación que Roma va a descargar sobre este profeta del pueblo.

Inmediatamente después, Lutero, con prodigiosa actividad, lanzó un escrito tras otro, como nuevos mensajeros henchidos de entusiasmo. En el libro De la cautividad babilónica demuestra que la institución del papado es obra del diablo para quitar de la vista del pobre cristiano todas las verdades del puro Evangelio. En dicho libro dice primeramente que debía negar la existencia de los siete sacramentos, porque no había más que tres: el bautismo, el arrepentimiento y la santa cena. (Cuando después comprendió mejor la enseñanza de Cristo sobre este punto, reconoció el arrepentimiento como condición de la fe salvadora, pero no como sacramento.)

Estos sacramentos -añade- han sido encerrados por decirlo así, en una prisión miserable por la corte romana, que ha robado a la Iglesia todas sus libertades.

Hablando de la Cena del Señor, enumera tres modificaciones esenciales de este sacramento, es decir: 1°. Que la iglesia romana había privado del cáliz a los legos. 2°. Que enseña la doctrina de la transubstanciación (Conversión del pan y vino en carne y sangre de Cristo). 3°. Que obliga a todos a creer que la misa es una buena obra y un sacrificio. Para llegar al sacramento puro y verdadero, debían ante todo quitarse las fórmulas que los hombres habían añadido a la primitiva y sencilla institución de este sacramento.

En el del bautismo está conforme con la forma en que lo administra la Iglesia romana; pero lamenta, con razón, que el poder y la gloria de este sacramento fuesen por ella tan poco respetados.

Del arrepentimiento dice que la avaricia de los pastores había abusado de él de una manera terrible contra las ovejas de Cristo. En lugar de la promesa y la fe, habían puesto tres cosas: el arrepentimiento, la confesión y la satisfacción. Se había hecho un mérito del arrepentimiento, en vez de considerarlo como una conversión del alma, y los más atrevidos hasta habían inventado un medio arrepentimiento o atrición. La confesión que era útil y necesaria, se había convertido en una tiranía y una fuente de provecho para los papas; y la satisfacción era explicada y enseñada de tal manera, que no podía el pueblo entender lo que constituía la verdadera satisfacción, que no es otra cosa que la renovación de la vida por la fe.

Sobre la confirmación expone que no puede probarse que Cristo la haya instituido, aunque puso las manos sobre muchos: es una invención de la Iglesia que nunca puede ser considerada como sacramento.

El matrimonio -continúa diciendo- se considera también como sacramento, pero sin apoyo alguno en la Sagrada Escritura; y no se recibe gracia de Dios por él. Tampoco Dios lo ha instituido con el objeto de que tuviese mérito ante sus ojos como obra buena. Ni puede llamarse sacramento del Nuevo Testamento, porque existía ya desde el principio del mundo, y también entre los infieles. Demuestra que el pasaje en Efesios 5, 32: Este misterio es grande; mas yo digo esto con respecto a Cristo y a la Iglesia, se había aducido solamente por los que ignoraban el griego; porque en él se habla del matrimonio como una figura o parábola de Cristo y de la Iglesia, y no como un sacramento.

Sobre la consagración de los sacerdotes expone asimismo que no es sacramento, sino una institución eclesiástica; la Iglesia, empero, no tiene poder de ordenar nuevas promesas de la gracia divina. De aquí ha provenido la abominable tiranía de los individuos del clero, que se han considerado mejores que sus hermanos por causa de la unción papal. Los pastores se han convertido en lobos; los siervos, en esclavos, y los clérigos, en hombres mundanos.

Contra el sacramento de la extremaunción, que se pretende probar por la epístola de Santiago, capítulo 5, versículos 14 y 15, dice con razón que no es facultad de los apóstoles instituir un sacramento; este es privilegio de Cristo, y en los Evangelios no se lee nada de tal sacramento. Pero aun este texto que habían aducido no se refería en modo alguno a una última unción de los moribundos, sino todo lo contrario, a la curación de enfermos por medio de la oración.

Como suplemento de este libro de polémica sirve el discurso Sobre las buenas obras, donde el Reformador expone con vigor la doctrina de la justificación por la fe. La primera, la más noble, la más sublime de todas las obras -dice- es la fe en Jesucristo. De esta obra deben proceder todas las obras: todas ellas son súbditas de la fe, y de ella sola reciben su eficacia.

Si un hombre tiene en su corazón la certidumbre de que lo que hace es grato a Dios, la obra es buena, aunque no consistiere sino en levantar una paja del suelo; mas si no tiene esa certidumbre, su obra no es buena, aunque resucitase a los muertos. Un pagano, un judío, un turco, un pecador puede hacer todas las demás obras; pero confiarse firmemente en Dios y tener la certidumbre de que uno le es agradable, es lo que sólo el verdadero cristiano puede hacer.

En consecuencia, yo he ensalzado siempre la fe; pero en el mundo sucede de otra manera. Predicar la fe -dicen- es impedir las buenas obras. Mas si yo digo a un enfermo: Posee la salud y gozarás de tus miembros, ¿se dirá que le privo del uso de sus miembros? ¿No debe preceder la salud al trabajo? Esto es lo mismo que cuando predicamos la fe: ella debe preceder a las obras, a fin de que las mismas obras puedan subsistir.

¿Dónde hallaremos esta fe -diréis- y cómo podremos recibirla? En efecto; esto es lo que más importa conocer. La fe viene únicamente de Jesucristo, es prometida y dada gratuitamente.

¡Oh hombre! Representate a Cristo y considera cómo Dios te muestra en Él su misericordia sin ningún mérito de tu parte. Saca de esta imagen de su gracia la fe y la certidumbre de que todos tus pecados te están perdonados: esto no lo pueden producir las obras. De la sangre, de las llagas, de la misma muerte de Cristo es de donde mana esa fe que brota en el corazón.

Melanchton, al enviar este discurso a uno de sus amigos, lo acompañaba con estas palabras: No hay ningún escritor griego ni latino que se haya aproximado más al espíritu de San Pablo que Lutero.

Una vez más fue Lutero impulsado y persuadido por Miltitz a tender la mano para una reconciliación. Como base para ella escribió su Sermón de la libertad del hombre cristiano, y lo envió al Papa León X. Este excelente librito daba en breves palabras una explicación de la doctrina cristiana, según la Sagrada Escritura. En su carta al Papa le exhortaba con

mansedumbre, pero también con firmeza a que evitase las últimas consecuencias de aquellas controversias, reformando la atmósfera pestilente que en su corte le rodeaba. El Papa no se enojó por esto; se regocijó de los brillantes talentos de Martín, y creía que todo ello no era más que disputas de frailes.

\*\*\*

## LA BULA DEL PAPA Y LA SEÑAL DEL FUEGO

El Dr. Eck, marchó a Roma lleno de enojo contra Lutero, y no descansó hasta que el 15 de Junio de 1520 logró que fuese expedida la bula de excomunión papal. Esta bula condenaba 41 setencias o conclusiones de Lutero, así como sus libros, y le lanzaba de la comunión de la Iglesia, si no se retractaba en el término de sesenta días. Todo el que aceptase la doctrina de Lutero, quedaba conminado por la pérdida de todos sus oficios y dignidades, y privado de derramamiento en lugar sagrado, etc. Lleno de gozo por tal triunfo, volvió el Dr. Eck con esta bula a Alemania, pero no logró muy buena suerte con ella. El hecho de llevarla él mismo, daba al hecho tales apariencias de venganza personal, que la impresión causada por la bula fue poco eficaz y casi contraproducente. Hasta en Leipzig, le enviaron cartas llenas de amenazas, y se burlaron de él de todas maneras. En Erfurt la bula fue hecha pedazos por multitud de estudiantes y echada después al agua; y en otras muchas partes ni siquiera fue publicada. Más ¿qué significaban todas estas resistencias de estudiantes, rectores y del clero? Si la poderosa mano de Carlos V se une a la del Papa, ¿no aplastarán juntos a estos escolares?

Al Reformador no se le oculta el enorme peligro en que se halla, pero eleva sus ojos al cielo y su alma se acoge al trono de Dios. ¿Qué va a suceder? Lo ignoro -dice-; sin embargo, no tengo empeño en saberlo. Sólo sé, y me basta, que ni una hoja del árbol cae sin el beneplácito de nuestro Padre celestial. Es poca cosa morir por el Verbo, pues que este Verbo se hizo carne y murió por nosotros; con El resucitaremos si con El morimos.

Todo el mundo se preguntaba qué iba a hacer Lutero entonces. En primer lugar, reiteró en 17 de Noviembre la apelación al juicio de un concilio general de toda la Iglesia, que había hecho ya dos años antes.

El acto revistió la siguiente solemnidad; a las diez de la mañana se reunieron Lutero, un notario público y cinco testigos en una sala del convento de Agustinos, y Lutero declaró en voz alta: En atención a que el poder general de la iglesia cristiana es superior al del Papa, sobre todo en lo concerniente a la fe; En atención a que el poder del Papa no es superior, sino inferior a la Escritura, y que él no tiene derecho para degollar los corderos de Cristo y abandonarlos al lobo; Yo, Martín Lutero, agustino, doctor en Sagrada Escritura en Wittemberg, apelo por este escrito por mí y por los que están o estarán conmigo, del santísimo Papa León, a un concilio universal y cristiano.

Y apelo del dicho Papa León, primeramente, como de un juez inicuo, temerario, tirano, que me condena sin oírme y sin exhibir los motivos. Segundo, como de un hereje, condenado por la

Sagrada Escritura, que me ordena negar que la fe cristiana sea necesaria para la recepción de los sacramentos. Tercero, como de un adversario y un tirano de la Sagrada Escritura, que osa oponer sus propias palabras a las palabras de Dios. Cuarto, como de un menospreciador de la santa Iglesia cristiana y de un concilio libre, y que pretende que un concilio no es nada en sí mismo.

Esta protesta fue enviada a muchas cortes de la cristiandad.

Después atacó la misma bula, en un escrito intitulado Contra la bula del Anticristo en el cual hacia la defensa de todas las doctrinas que la bula había condenado. Sólo citaremos un párrafo. La décima proposición de Lutero estaba así concebida: Los pecados no le son perdonados a ningún hombre, si no cree que le están perdonados cuando le absuelve el confesor. Al condenar el Papa esta proposición, negaba fuese necesaria la fe en el sacramento de la penitencia. Pretenden exclama Lutero- que no debemos creer que nos sean perdonados los pecados sino cuando somos absueltos por el sacerdote. ¿Qué debemos hacer, pues? Escuchad, ¡oh cristianos!, la noticia que acaba de llegar de Roma. Se pronuncia condenación contra este artículo de fe que confesamos, diciendo: Creo en el Espíritu Santo, en la Iglesia Universal y en el perdón de los pecados.

Entretanto que Lutero hablaba con tanta energía, el peligro arreciaba. Ya principiaba a ponerse en ejecución la bula; no era vana la palabra del sumo pontífice; las hogueras se levantaban a su voz y quemaban los libros del hereje, en Amberes, Lovaina, Maguncia, Colonia, Ingolstadt y otras poblaciones; pero en todas partes el pueblo se alborotó y demostró su enojo por este proceder. Tampoco los príncipes de Alemania, reunidos entonces para asistir a la coronación del nuevo emperador Carlos V, estaban contentos. Mas lo que los nuncios del Papa anhelaban, no era quemar libros y papeles, sino al mismo Lutero. Emplearon todos los medios posibles para lograr un edicto contra la cabeza de Lutero. Pero Carlos no fue tan condescendiente. No puedo - les contestó-, sin el parecer de mis consejeros y el consentimiento de los príncipes, descargar semejante golpe sobre una fracción numerosa y protegida por tan poderosos defensores. Veamos primeramente qué piensa de esto nuestro padre el elector de Sajonia; veremos después lo que tendremos que contestar al Papa. En vista de esto, los nuncios se dirigen al elector para ensayar con él sus artificios y el poder de su elocuencia.

Era crítica la posición en que se hallaba Federico. Por un lado, estaban el emperador, los príncipes del imperio y el sumo pontífice de la cristiandad, a cuya autoridad aún no pensaba sustraerse; por otro, un fraile, un pobre fraile; pues a él solo era a quien reclamaban. Mas el elector estaba convencido de la injusticia que hacían a Lutero. Se horrorizaba ante la idea de entregar a un inocente en las manos de sus enemigos. La justicia antes que el papa, fue la norma que adoptó, resuelto a no ceder a Roma.

En medio de esta agitación general, Lutero no pensaba en ceder. A sus valientes palabras puso el sello con una acción más valiente aún. No debía quedarse atrás en esta lucha: lo que había hecho el Papa, iba a hacerlo el fraile: palabra contra palabra, hoguera contra hoguera. El 10 de Diciembre se fijó en la Universidad de Wittemberg un aviso para que todos los profesores y estudiantes se encontrasen a las nueve de la mañana ante la puerta de la Elster. Doctores, estudiantes y pueblo se reunieron, y se dirigieron al lugar designado. Lutero iba entre los primeros. Roma había encendido muchas hogueras para quemar las vidas de los herejes; Lutero

quería emplear el mismo procedimiento, no para destruir personas, sino para destruir inútiles y nocivos documentos para esto sirvió el fuego. La hoguera estaba preparada; un licenciado la encendió. Y apenas se levantaron las llamas, el Doctor en Teología Martín Lutero se acercó con su hábito de monje, llevando en sus manos las decretales pontificias, algunos escritos de sus adversarios y la bula papal. Primero, fueron quemadas las decretales; después elevó Lutero la bula sobre su cabeza, y dijo: «Por cuanto has turbado al Santo del Señor (es decir, a Jesucristo, cuya obra de salvación completa negaba la bula), el fuego eterno te turbe y consuma». Josué, 7, 25), y la echó en las llamas. Esta era, por decirlo así, la señal del incendio y la prueba de que desde aquel momento la separación de Roma era completa.

Al día siguiente, todos los oyentes esperaban una arenga de Lutero. Concluida su explicación, que versó sobre los Salmos, permaneció silencioso algunos instantes, inmediatamente dijo con viveza: «Guardaos de las ordenanzas e instituciones del Papa. Yo quemé las decretales, pero esto no fue sino un juego de niños. Ya sería tiempo y más tiempo de que se quemase la silla de Roma con todas sus abominaciones.» Tomando acto continuo un tono más grave, dijo:

«Si vosotros no combatís esforzadamente el impío gobierno del Papa, no podéis ser salvos. Cualquiera que se complazca en la religión y culto papista, será eternamente perdido en la otra vida. Si se ha desechado la comunión romana, es menester resignarse a soportar con paciencia toda clase de sufrimientos, como también a perder la vida. Pero más vale exponerse a todo esto en este mundo, que callarse. Mientras yo viva, manifestaré a mis hermanos la llaga y la peste de Babilonia, temiendo que muchos de los que están con nosotros sucumban con los demás en el abismo del infierno».

No se puede imaginar el efecto que produjo sobre la asamblea este discurso, cuya energía nos admira. «Ninguno de nosotros -añade el sincero estudiante que nos lo ha conservado- no siendo un leño sin inteligencia, duda que esto sea la verdad pura. Es opinión de todos los fieles que el doctor Lutero es un ángel del Dios vivo, llamado para administrar el pasto de la Palabra de Dios a las ovejas de Cristo, que por tanto tiempo han permanecido descarriadas».

Aquel discurso, con el acto que lo coronó, marcan una época importante de la Reforma. La conferencia de Leipzig, había separado interiormente a Lutero del papa; mas el acto de quemar la bula fue una declaración formal de su separación del obispo de Roma y de su Iglesia, y de su adhesión a la Iglesia universal, tal cual fue fundada por los apóstoles de Jesucristo.

Con esta valiente decisión empieza la Reforma, a lo menos en cuanto a sus consecuencias inmediatas, a saber: la formación de una Iglesia propia, independiente del Papa. Desde aquel momento era preciso declararse, o en pro de Lutero o contra él; y el que estuviese con él, se entendía que había roto todo lazo con la Iglesia romana.

\*\*\*

## **LA DIETA DE WORMS**

En el año 1519, a la muerte del emperador Maximiliano, la corona del impero alemán recayó en su nieto el joven rey Carlos I de España, porque el príncipe elector Federico el Sabio, al cual había sido ofrecida antes, la había rehusado. En Febrero de 1521 se reunió una asamblea general

de todos los príncipes y representantes de las ciudades en Worms, y esta era la primera Dieta que celebraba el nuevo emperador Carlos.

Apenas rayaba Carlos entonces en los veinte años: aunque pálido y enfermizo, sabía, no obstante, montar a caballo con gallardía, y romper lanzas como cualquier otro; de carácter taciturno, de porte grave, melancólico, aunque expresivo y benévolo, no revelaba aún un espíritu eminente, ni parecía haber adoptado todavía una línea marcada de conducta.

El Papa, habiendo experimentado cuán poco podía influir en aquellas circunstancias en la opinión del pueblo alemán por medio de bulas condenatorias o edictos despóticos, trató de hacer callar a Lutero con grandes ofertas; pero esto fue también en vano. Ahora pidió a la Dieta general del imperio reunida en Worms que le ayudase eficazmente en su lucha contra Lutero. Mas con toda su elocuencia, el legado Papal, Aleandro no pudo conseguir que Lutero fuese condenado sin ser oído, sino que debía con este objeto comparecer ante aquellos príncipes. Verdad es que bajo la influencia del Papa, Carlos V hizo quemar en los Países Bajos los escritos de Lutero; mas no por esto quería precipitarse; más bien se inclinaba a un sistema de transacción, que consistía en agasajar al Papa y al elector, y manifestarse inclinado alternativamente, ya al uno, ya al otro, según conviniera a sus planes. Uno de sus ministros, enviado a Roma por asuntos políticos, llegó justamente allí mientras que el doctor Eck intentaba con gran ruido la condenación de Lutero. El astuto embajador reconoció al punto las ventajas que su amo podía sacar del fraile sajón, y escribió el 12 de Mayo de 1520 al emperador: «Vuestra Majestad debe ir a Alemania y hacer algún servicio a un tal Martín Lutero que reside en la corte de Sajonia. Sus predicaciones causan mucho ruido en la corte de Roma.»

En verdad la causa evangélica estaba en un trance peligrosísimo. No le parecía reservada otra suerte que la del mismo Jesús; a saber, el ser vendida por un precio vil e indigno. Mas Dios ya tenía preparado al que la había de proteger; el príncipe elector Federico el Sabio había reconocido la verdad por los libros de Lutero, y le era cada día más propicio; por lo tanto, pidió al emperador que no se procediese contra Lutero sin darle ocasión para defenderse.

A su vez, el nuncio romano, Aleandro, hombre muy instruido, elocuente e intrigante, hizo todo lo posible para que no se presentase Lutero a la Dieta.

«No se discutirá con Lutero, decís -exclamó--; pero el poder de ese hombre audaz, sus centelleantes ojos, la elocuencia de sus palabras, el espíritu misterioso de que está animado, ¿no serán bastantes para excitar alguna sedición?» Pronunció ante la Dieta en sesión solemne un discurso elocuentísimo de tres horas seguidas, combatiendo las doctrinas y la persona de Lutero. Luego trató de excusar y hasta de defender los abusos y vicios de Roma, exaltando la autoridad Papal, las santas doctrinas y prácticas de la Iglesia. Pero dio un mal paso con esto. En la primera parte asistieron muchos, y otros fueron impresionados. Mas tan pronto como hubo acabado de defender los abusos y estado actual de la corte pontificia y la Iglesia, se levantó el duque Jorge de Sajonia, el adversario más encarnizado de Lutero, atacando al Papa más fuerte aún que el mismo Lutero. Los golpes que descargó fueron tales, que la Dieta, sin tardar, nombró una comisión encargada de recoger y redactar todas las demandas, quejas y proposiciones de Reforma presentadas a la Dieta. Se hallaron ciento y una, que fueron presentadas al emperador. ¡Cuántas almas cristianas se pierden! -dijeron a Carlos V-; ¡Cuántas rapiñas se cometen, de

cuántos escándalos está rodeado el Jefe de la cristiandad! Es menester precaver la ruina y el vilipendio de nuestro pueblo. Por esto, unánimemente os suplicamos que ordenéis una reforma general, que la emprendáis y la acabéis.

Así, pues, todos, sin distinción, reconocieron el mal. El único que expuso a la vez su origen y su remedio fue Lutero. Carlos no podía permanecer insensible a tales demandas. Su mismo confesor le había amenazado con las venganzas del cielo si no reformaba la Iglesia. La opinión de la asamblea y la voz general exigían que compareciese Lutero ante la Dieta. Como consecuencia de todas estas gestiones e impresiones se expidió un edicto del emperador, no al condenado Lutero, como la bula Romana le llamaba, sino al «querido, honrado y piadoso doctor Martín Lutero» para que en el término de veintiún días se presentase en Worms ante el emperador y la Dieta. Carlos V envió además otra carta, en la cual le prometía toda seguridad en el viaje. Lutero tenía necesidad de esto porque la bula condenatoria del Papa, que hasta entonces sólo se había anunciado condicionalmente, había sido publicada en definitiva contra Lutero el 3 de Enero de 1521.

Entre las lágrimas de todos los habitantes de Wittemberg, que ya creían a Lutero perdido y trataban vanamente de disuadirle del viaje, emprendió éste con toda confianza su camino hacia Worms el 2 de Abril de 1521, en compañía de algunos amigos, y del heraldo del imperio, Gaspar Sturm. Del estado de ánimo en que empezó su viaje, da testimonio este cántico tan sublime que elevó en el camino: Castillo fuerte es nuestro Dios, componiendo él mismo también la música para entonarlo. Este canto es tan bello y ha tenido tanta importancia en la historia de la Reforma, que bien merece la pena de reproducirlo aquí, aunque muchos de nuestros lectores lo sepan ya de memoria, y lo canten con la misma música de Lutero. La traducción del alemán se ha hecho todo lo exactamente posible; es el cántico de batalla en el nombre de Dios:

Castillo fuerte es nuestro Dios, defensa y buen escudo.  
Con su poder nos libraré en este trance agudo.  
Con furia y con afán, acósanos Satán:  
por armas deja ver astucia y gran poder,  
cual él no hay en la tierra.

Nuestro valor es nada aquí con él todo es perdido;  
mas por nosotros pugnaré de Dios el Escogido.  
¿Sabéis quién es? Jesús, el que venció en la cruz,  
Señor de Sabaoth; y pues El solo es Dios,  
El triunfa en la batalla.

Aun si están demonios mil prontos a devorarnos,  
no temeremos, porque Dios sabrá aún prosperarnos;  
que muestre su vigor Satán, y su furor  
dañarnos no podrá, pues condenado es ya  
por la Palabra Santa.

Sin destruirla dejarán, aun mal de su grado,  
esta Palabra del Señor; El lucha a nuestro lado.

Que lleven con furor los bienes, vida, honor,  
los hijos, la mujer; todo ha de perecer;  
de Dios el reino queda.

El viaje de Lutero desde Wittemberg a Worms fue un continuado triunfo. En todas partes el pueblo se acercaba a él y rodeaba su carruaje. Hombres ancianos bendecían el día en que el cielo les había concedido la ventura de ver a este monje, que se atrevía a resistir a la tiranía de Roma, que los quería libertar de la esclavitud Papal, y que les anunciaba el sincero Evangelio. Muchos querían disuadirle de ir a Worms y le pronosticaron que tendría la misma suerte fatal que Juan Huss, a quien habían quemado en Constanza. Pero Lutero les contestó: «Aunque hicieran una hoguera que abrasase todo el trayecto de Wittemberg a Worms, y se levantase hasta el cielo, sin embargo, en el nombre del Señor me presentaría y confesaría a Cristo, y me confiaría a El en todas cosas.» Cuando ya estuvo cerca de la ciudad, recibió una carta de su amigo Spalatin, fechada en Worms, en la cual le aconsejaba no corriese tan ciego a tal peligro, y le mandaba que no se presentase. El inmutable Lutero clavó la mirada sobre el mensajero, y contestó: Id y decid a vuestro amo: Voy a donde me han llamado, y aunque hubiese en Worms tantos diablos como tejas en los tejados, aun así entraría. No habla de este modo ningún hombre que no tiene firme confianza en la justicia de su causa y que no considera al Señor como su castillo y seguro refugio.

El 16 de Abril, a las diez de la mañana, entró Lutero en Worms, precedido por el heraldo del emperador. Una inmensa muchedumbre de todas las clases del pueblo se apiñaba en torno de su coche. Hombres, mujeres, ancianos y niños le saludaron con alegría e indescriptible júbilo. Durante el día y hasta las altas horas de la noche, fue visitado en su alojamiento por muchos condes y señores, clérigos y legos. También el conde duque de Hesse fue a verle, y cuando se despedía de él, le dio la mano, y dijo: «Señor doctor, sí tenéis razón, Dios sin duda os ayudará.»

Al día siguiente le condujeron ante la gran asamblea de los diputados del imperio. Era tanta la muchedumbre que quería verle, que muchos se subieron a los tejados con este objeto; para que pudiese penetrar en el local de la asamblea, fue necesario hacerle rodear por jardines y calles poco frecuentadas. Había pasado toda la noche anterior contemplando el bello firmamento con sus estrellas; y orando había luchado con su Dios e implorado su auxilio, como hizo Jacob en Peniel.

En esa noche se le oyó, entre otras cosas, pronunciar estas palabras: «Dios Todopoderoso y eterno: ¡qué cosa tan vil es el mundo! ¡Cómo se abren en él las bocas de los hombres; cuán pequeña es la confianza de los hombres en su Dios! ¡Qué débil y temerosa es la carne, y que poderoso y activo el diablo con sus apóstoles y sus sabios del mundo! ¡Cuán pronto abandonan las cosas celestiales y corren a su perdición, yendo a los infiernos por el mismo ancho camino que los impíos y la muchedumbre del mundo. Ellos miran solamente lo que es grande y poderoso, magnífico y fuerte ante sus ojos, y lo que tiene apariencias exteriores. Si yo hubiera de imitarlos, pronto me vería abandonado y juzgado por el mundo' Dios mío, oh Dios mío; tú sólo eres Dios, el Dios mío! ¡Ayúdame tú contra toda la razón y sabiduría del mundo entero! Tú debes hacerlo, y sólo Tú, porque la causa no es mía, sino tuya: por mi persona no tengo nada que ver con ella, ni tampoco con estos hombres poderosos en el mundo. Porque yo por mi parte podría tener tranquilos y quietos días en el mundo y vivir sin perturbación. ¡Pero tuya es la cau-



sa, Señor, la causa justa y eterna! Ayúdame tú, ¡oh Dios mío!, fiel y eterno. Yo no tengo confianza en ningún hombre. Todo sería en vano, y nada me aprovecharía. ¡Todo lo que es carne y confía en carne, es falible y perecedero! ¡Oh Dios, oh Dios! ¿No me escuchas, mi Dios? ¿Estás muerto? No, no puedes morir; solamente te escondes de tus criaturas. ¿No me has elegido para esta causa, según creo saber de cierto? Te lo pregunto: ¡y si así es, Tú debes dirigir mis pasos! Porque nunca en mi vida me habría propuesto oponerme a señores tan grandes y poderosos, y nunca lo hubiera pensado. ¡Pues bien, Dios mío; ayúdame en el nombre de tu Hijo querido Jesucristo, que ha de ser mi protección y mi amparo, mi castillo fuerte, mi poder en la fuerza del Espíritu Santo! Señor, ¿dónde te escondes? ¿Por qué tardas? Tú, Dios mío, ¿dónde estás? ¡Ven, ven!; ¡yo estoy pronto hasta perder mi propia vida, paciente como un cordero! Porque justa es la causa y tuya es; y por lo tanto, no me separaré de ella y de Ti en toda la eternidad. Así lo resuelvo ahora en tu nombre. Porque el mundo nunca podrá constreñir mi conciencia, aunque estuviera lleno de diablos. Y no temo, aunque mi cuerpo, que es obra y criatura de tus manos, fuese en esta empresa destruido o despedazado; porque tu palabra y tu espíritu me quedarán: los enemigos pueden atacar sólo al cuerpo; el alma es tuya, a Ti pertenece y permanece también contigo por toda la eternidad. Amén. Dios mío, ayúdame. Amén.»

Cuando llegó ante la puerta del salón, donde estaba reunida la Dieta, Dios le envió un gran consuelo por boca del famoso capitán Jorge Frunsberg. Este le puso la mano en el hombro y le dijo: «Frailecito, frailecito, ahora empiezas un camino muy difícil, más difícil que el que yo y muchos capitanes han tenido que recorrer en la batalla más sangrienta. Pero si estás convencido de que tu causa es justa, avanza en el nombre de Dios y nada temas. No te abandonará.»

Momentos después, se encontraba nuestro doctor Martín Lutero ante el emperador Carlos y su hermano Fernando; ante seis electores, veintiocho duques, once marqueses, treinta obispos, otros doscientos príncipes y señores y más de cinco mil concurrentes, sin contar los que estaban en la antesala y los que miraban por las ventanas. Nunca se había encontrado en presencia de tanta magnificencia y poder, pero no temblaba.

Su sola presencia allí era ya un triunfo manifiesto, conseguido sobre el Papa que le había excomulgado.

Sobre una mesa se hallaban los libros que Lutero había hecho imprimir. Preguntáronle si los había escrito y si quería retractarse de su contenido. Según el consejo de su abogado, Jerónimo Schurff, pidió que antes se leyese los títulos de sus libros, después contestó a la primera pregunta con un «sí». Respecto a la segunda, Lutero dudó un momento sobre lo que debía contestar. Entonces hubo un movimiento general de ansiedad y emoción; y Lutero, que no quería aparecer como hombre imprudente, pidió que le concediesen un corto tiempo para pensar bien la contestación: «Porque –dijo– en esta pregunta se trata de la Palabra de Dios, de la fe cristiana y de la salvación del alma.»

Esta respuesta, lejos de dar a sospechar alguna vacilación en Lutero, era digna del Reformador, de la alta asamblea y de la gravedad del asunto. Lutero reprime su carácter impetuoso; esta reserva y calma le disponen para responder más tarde con una sabiduría, poder y dignidad que frustrarán las esperanzas de sus adversarios.

Mientras tanto Carlos, impaciente de conocer al hombre cuya palabra revolvía el imperio, no había apartado sus miradas de él. Se volvió hacia uno de sus cortesanos, y dijo con desdén: «Por cierto, no será este hombre el que me haga hereje.» El joven príncipe sólo miró lo que estaba delante de los ojos, el aspecto humilde de Lutero, y no alcanzó a comprender la grandeza del espíritu que le movía. ¡Ojalá que sus ojos hubieran penetrado más adentro, y la suerte de España y la del mundo habría sido otra!

Después de breves consideraciones, la petición de Lutero fue aceptada por unanimidad, y le fue concedido un día de término. El heraldo le acompañó otra vez a su posada. En el tránsito, el pueblo, al verlo, se entusiasmó en su favor hasta tal punto, que una voz gritó: «¡Feliz la madre que te parió!» Muchos señores de la nobleza fueron a verle a la posada, y dijeron: «Señor doctor, ¿cómo estáis? Se dice que querían quemaros, pero esto no se hará, pues perecerían todos ellos juntos con vos.» Lutero pasó toda la noche en ferviente oración.

Al día siguiente, 18 de Abril, a las cuatro de la tarde, fue el heraldo otra vez a la posada donde paraba Lutero, con el fin de acompañarle a la Dieta; pero no pudieron llegar hasta dos horas después, cuando las luces estaban ya encendidas. Habiéndosele preguntado otra vez si quería retractarse, hizo sobre sus libros tres distinciones. En unos, dijo, había tratado de la fe cristiana y de las buenas obras, tan sencilla y claramente, que hasta sus propios adversarios las declararían dignas y útiles. Si se retractase de lo expuesto en estos libros, condenaría a la misma verdad cristiana. En otros había atacado al Papado y a los papistas porque habían destrozado con sus perversas doctrinas y ejemplos la cristiandad entera en cuerpo y alma, y se habían apoderado de los bienes de la nación alemana con una tiranía increíble. Si se retractaba de aquello, ensalzaría implícitamente la tiranía y las obras impías. Y finalmente, los libros restantes eran aquellos que había escrito contra los amigos del despotismo Papal. Confesaba que en estos libros había algunos párrafos demasiado fuertes y de gran energía; pero tampoco podía retractarse de ellos, porque las personas aludidas, seguirían entonces en su mal camino y no se enmendarían: el desaprobarnos sería, pues, una defensa tácita de su mal proceder. «Tengo que decir con el Señor Jesús: Si he hablado mal, que se me pruebe dónde está el mal.» Después se declaró dispuesto a dejarse refutar por cualquiera, aun por el más humilde, con tal que le probasen sus errores por la Sagrada Escritura. Lutero hablaba en latín lo mismo que el oficial del arzobispo de Tréveris, y luego repitió lo dicho en alemán. El canciller del elector de Tréveris le contestó que no estaban allí para disputar, sino para obtener una contestación clara y terminante: si quería retractarse, o no.

Entonces Lutero contestó solemnemente:

«Puesto que su Majestad imperial y sus altezas piden de mi una respuesta sencilla, clara y precisa, voy a darla tal que no tenga ni dientes ni cuernos, de este modo: El Papa y los Concilios han caído muchas veces en el error y en muchas contradicciones consigo mismos. Por lo tanto, si no me convencen con testimonios sacados de la Sagrada Escritura, o con razones evidentes y claras, de manera que quedase convencido y mi conciencia sujeta a esta palabra de Dios, YO NO QUIERO NI PUEDO RETRACTAR NADA, POR NO SER BUENO NI DIGNO DE UN CRISTIANO OBRAR CONTRA LO QUE DICTA SU CONCIENCIA; HEME AQUÍ; NO PUEDO HACER OTRA COSA; QUE DIOS ME AYUDE. AMÉN.» Dos heraldos acompañaron

a Lutero a su posada donde dijo a Spalatin: «Si mil cabezas tuviese, todas me las dejaría cortar antes que retractar nada.»

La asamblea permanecía atónita; era extraordinaria la impresión que Lutero produjo en este día por su santo valor para confesar su fe ante toda la Dieta del imperio. Muchos príncipes no podían ocultar su admiración; volviendo el emperador de su primera impresión, exclamó en alta voz: «El fraile habla con un corazón intrépido, y con indomable valor.» Los partidarios de Roma se callaron, sintiéndose derrotados. Algunos de los españoles, empleados del emperador, sisearon. El fraile había vencido a los potentados de la tierra. Se había cumplido en él la promesa del Señor. «Si os guían ante príncipes y reyes por mi causa, no penséis cómo o qué habéis de hablar, porque en aquella hora os será dado lo que hayáis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino que el Espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros. (Mateo 10, 18-20.)

Se había ganado muchas voluntades hasta entre los príncipes, aunque no se atrevían a confesarlo públicamente. El elector Federico estaba lleno de gozo con la conducta de su fraile Martín, que había hecho una confesión tan valiente y noble ante el emperador y los príncipes: y por la noche dijo a Spalatin: «¡Oh, qué bien y valientemente ha hablado hoy el padre Martín ante el emperador y los Estados del imperio! ¡Sólo que es demasiado atrevido!» El duque Eric de Brunswick, aunque entonces partidario de Roma, le envió un jarro de plata lleno de cerveza de Eimbeck, para que se refrigerase; y Lutero le mandó a decir, dándole las gracias: «Así como el duque Eric se ha acordado hoy de mí, nuestro Señor Jesucristo se acuerde de él en su última hora.» Estas palabras consolaron al piadoso duque en su lecho de muerte, recordando las de Cristo: «Cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su galardón.» (Marcos 9, 41.)

Pero el joven emperador a quien los papistas habían ya de antemano predispuerto en contra de Lutero, no conservó mucho tiempo la impresión que este le había hecho. Sus miras y móviles eran, en verdad, muy extraños a la religión.

Era inminente la guerra con Francia, y el Papa León, ambicioso de engrandecer sus Estados, negociaba a la vez con ambos partidos. A Carlos importaba poco el comprar la amistad del poderoso pontífice a precio de Lutero. Hizo informar al día siguiente a los Estados del imperio que estaba resuelto a proteger la fe católica y a Castigar a Lutero como a un hereje declarado; sin embargo, el salvoconducto de Carlos V le preservaba por de pronto. Es verdad que el nuncio del Papa y algunos otros señores, con su ancha conciencia papista, creyeron que no había obligación de cumplir a Lutero la promesa de seguridad, porque era un hereje; y recordaron lo que se hizo con Juan Huss, al que habían quemado en Constanza, por cima de lo prometido. Pero contra tanta perfidia se opuso hasta el corazón del emperador, quien pronunció estas palabras, dignas de un verdadero príncipe: «Aunque todo el mundo faltase a la fidelidad y a las promesas, un emperador alemán no debe hacerlas en vano; no quiero tener que sonrojarme como el emperador Segismundo.»

Algunos de los príncipes que eran favorables a la causa de Lutero, el arzobispo Ricardo de Tréveris, el margrave Joaquín de Brandemburgo y otros, lograron que se iniciasen algunas conferencias privadas con Lutero, en presencia de personas doctas y nobles, del duque Jorge de Sajonia, de los obispos de Augsburgo y de Brandemburgo, y otros. Por quince días seguidos,

desde el 18 hasta el 26 de Abril, le molestaban amigos y adversarios, desde la mañana hasta altas horas de la noche, con exhortaciones, negociaciones, consejos y ensayos de reconciliación. Estas dos semanas fueron acaso más graves y difíciles de pasar que los días ante la Dieta. No había medio alguno que no emplearan; mas no lograron éxito alguno, porque todo su deseo era que Lutero se retractase, hasta contra su propia convicción, por amor a la paz de la Iglesia.

Por fin, el arzobispo de Tréveris citó en su casa a Lutero y a Spalatin, y ofreció como última proposición un concilio general, al cual Lutero debía sujetarse. Sin duda esta proposición, que disgustaría mucho a Roma, sería más aceptable para Lutero; porque podían transcurrir años y años antes de reunirse el concilio, y ganar tiempo era para la Reforma ganarlo todo. Mas la rectitud de Lutero no podía disimular lo más mínimo: «Consiento en ello -dijo-, mas con la condición de que el concilio juzgará según las Sagradas Escrituras.» Poner esta condición era rehusar el concilio porque jamás Roma podía consentirlo. Cuando el arzobispo, con mucha benevolencia se lo advirtió, pidiéndole que por la paz de la Iglesia se mostrase más tratable: Ilustrísimo señor -le contestó-, puedo soportarlo todo, mas no abandonar la Sagrada Escritura.» He aquí la roca inquebrantable, la eterna Palabra de Dios, que sostuvo firme a Lutero en medio de todo un mar bramando contra él.

Cuando vio el arzobispo que era imposible lograr de Lutero que se retractase, le preguntó: «Pues, mi señor doctor, ¿qué es entonces lo que debemos hacer?» A lo cual contestó Lutero: «Eminente señor: no conozco ahora mejor respuesta que la que dio Gamaliel en los Hechos de los Apóstoles: Si el consejo o la causa es de los hombres, perecerá; pero si es de Dios, no podréis ahogarla. De la misma manera, si mi causa no es de Dios, no durará más que dos o tres años; pero sí es, en verdad, obra de Dios, no podréis ahogarla.» Esa profecía, por cierto, no ha dejado de cumplirse.

Por fin, según su deseo se le permitió salir de Worms, y partió de allí el 26 de Abril.

\*\*\*

## LUTERO EN EL CASTILLO DE WARTSURG

En 26 de Mayo apareció el edicto del emperador, llamado Edicto de Worms, el cual ponía a Lutero fuera de la ley, de modo que cualquiera podía matarle impunemente, y ninguno debía protegerle. Todos sus partidarios y adictos eran amenazados con igual suerte. Además, se ordenaba que cualquiera que le cogiese le entregase, y que todos sus libros fuesen destruidos. Este edicto fue inspirado por el más cruel adversario de Lutero: el legado papal Aleandro, que había dicho, lleno de furia y enojo: «Aunque vosotros, alemanes, queráis libertaros del yugo de Roma, nosotros procuraremos que os destrocéis entre vosotros mismos hasta perecer ahogados en vuestra propia sangre.» El edicto llevaba la fecha de 8 de Mayo, fecha retrasada y puesta con toda malicia para que apareciese obligatoria en todos los Estados del imperio, mientras que la mayor parte de los príncipes, que ya habían salido antes del 26, ignoraban todo esto. Por lo tanto, era un edicto ilegal. Y cuando fue conocido, no obtuvo mucha aceptación en Alemania por estar redactado enteramente en el espíritu romano, tan en contradicción con el espíritu de la nación

alemana. Sin embargo, Lutero hubiese sido tal vez víctima de esta tormenta, si el Señor no le hubiese guardado velando sobre él.

El elector Federico el Sabio le quería proteger de la persecución de sus enemigos, y eligió el medio que creyó más a propósito, mandando que algunos caballeros enmascarados sorprendiesen a Lutero y le hicieran prisionero en las cercanías de Eisenach, cuando volvía de Worms, de regreso a Wittemberg. Así se hizo, y el elector lo hizo guardar en la inmediata fortaleza de Wartburg.

En este castillo, que Lutero llamaba su Patmos, residió en tranquila oscuridad cerca de un año, fuera del alcance de sus enemigos, y bajo el nombre supuesto del caballero Jorge. Se vistió como un hidalgo, dejó crecer su cabello y barba, corría por los bosques, buscaba fresas y gustaba también del placer agridulce de los grandes señores: la caza. Pero a pesar de estas distracciones, absorbían su mente los pensamientos teológicos. Por un lado la soledad, y por otro los alimentos fuertes y succulentos que le daban, le ocasionaron muchas molestias de cuerpo y aflicciones de alma, que achacó a Satanás, pero contra las cuales luchaba con fortaleza.

Por algún tiempo nadie supo qué había sido de Lutero, de manera que sus amigos llegaron a quejarse de su ausencia, y sus enemigos clamaban llenos de júbilo. Pero no tardó en desaparecer la tristeza de los suyos, y nuevo terror cayó sobre sus enemigos, porque pronto dio señales de vida.

En el castillo de Wartburg no se dio un momento de reposo; lleno de entusiasmo, como siempre, esparció nuevos escritos por el mundo. Sacó a luz un librito de la <confesión>, un tratado de los votos espirituales y de los votos monásticos, una explicación de algunos salmos, y el principio de un libro de sermones para todo el año. Es digno de mención especialmente un libro muy enérgico, que escribió contra el elector Alberto de Maguncia, en el cual se ve que Lutero sabía lo que debía hacer, y la influencia que ejercía. Porque este príncipe había vendido otra vez indulgencias en Halle, haciendo caso omiso de lo sucedido anteriormente. Lutero, sin cuidarse del misterio en que hasta entonces había permanecido, y de su lugar de refugio, pidió al arzobispo que hiciese desaparecer ese tráfico indigno. Y cuando vio que ésta no tenía éxito, escribió un tratado muy fuerte contra el nuevo ídolo de Halle, aunque la impresión de este escrito encontró dificultades en Wittemberg. Después dirigió otra carta a Alberto, en la cual le amonestaba, no ya como un fraile prisionero, sino como un siervo de Dios, llamado por el Rey de su Iglesia, Jesucristo, como ministro valiente del Evangelio, a que retirase las indulgencias; y le decía: «Su Alteza ha vuelto a colocar el ídolo que roba a los pobres cristianos dinero y alma. Acaso S. A. piensa ahora que está seguro de mí, por crearme desterrado y anulado por S. M. I.; mas yo cumpliré con el deber del amor cristiano, sin hacer caso del Papa, ni obispos, ni del mismo infierno. No se eche en olvido aquello del terrible fuego que procedió de una chispa despreciada, que nadie temía; mas Dios ha fallado su sentencia y El vive aún; que nadie lo dude. El tiene un placer especial en quebrantar los altos cedros y humillar los Faraones endurecidos.» Al concluir, le fija el término de quince días para la suspensión de las indulgencias. El elector se humilló ante esta poderosa filípica del proscrito fraile, y le contestó dándole muchísimas disculpas y excusas. Sea que lo hiciese movido por su conciencia O por temor, de todos modos, este resultado pone de manifiesto cuán superiores son los verdaderos siervos de Dios a toda grandeza humana. Lutero, solitario, proscrito, prisionero, posee en su fe fuerza y ánimo invencibles. El

arzobispo, elector y cardenal tiembla ante él, a pesar de todo su poder y fama. Aquí tenemos la clave de los singulares enigmas que ofrece la historia de la Reforma.

Pero el trabajo más importante, la obra inmortal, que Lutero concluyó en el castillo de Wartburg, fue la traducción del Nuevo Testamento en lengua alemana. No hay necesidad de encarecer el beneficio que Lutero dispensó a toda una nación, haciendo que todos, viejos o jóvenes, pobres o ricos, pudiesen escuchar la santa Palabra de Dios en la iglesia y en las escuelas, y leerla en casa. Mas no es una sola nación la que debe a Lutero la Palabra de Dios; sino que con este hecho quebrantó para siempre las cadenas y barreras en que Roma había aprisionado y encerrado la Palabra divina, devolviendo a todo el mundo el tesoro más precioso: el pan de vida eterna. En todos los países y lenguas brotaron las ediciones de la Biblia como las hierbas y flores al principiar la primavera. Desde entonces ha sido imposible, y lo será para siempre, el robar a la humanidad esta palabra eterna: el Evangelio de salvación [1]. ¡Debemos dar las gracias al Señor por estos beneficios todos los que tenemos y conocemos su Palabra!

Para que la Reforma extirpase enteramente el poder del papado romano y sus errores, era necesario que el pueblo fuese otra vez conducido a la fuente primitiva y pura de la verdad y de la salvación. El pueblo debía conocer por sí mismo y ver con sus propios ojos que los sacerdotes no le habían dado a beber el agua pura de la Palabra de Dios, sino el agua estancada de las tradiciones humanas. Era preciso que todo el pueblo pudiera tener la Biblia en su mano. Porque la Sagrada Escritura es la única regla y norma de nuestra fe, así como la sangre y la justicia de Jesucristo son el único ornamento y vestido del cristiano. El que añade tradiciones humanas a la Palabra de Dios, y el que mezcla la justicia completa de Dios con la justicia humana, destruye los dos pilares fundamentales de la doctrina cristiana. Y eso precisamente es lo que hace Roma, y lo que la Reforma se encargó de remediar.

Es verdad que ya antes del tiempo de Lutero había algunas traducciones de la Biblia en lengua vulgar; pero estaban tan llenas de errores, y su estilo se adaptaba tan poco al lenguaje del pueblo, que no habían encontrado aceptación. Lutero había ya traducido algunos pasajes de la Sagrada Escritura, empezando por los siete salmos que tratan del arrepentimiento. Sus traducciones habían sido leídas con interés, pero se deseaba que publicase más. Lutero conoció en esto la voz de Dios que le encargaba tal trabajo, y puso manos a la obra.

«Este libro solo -dice- debe llenar las manos, lenguas, ojos, oídos y corazones de todos los hombres. La Biblia sin comentarios es el sol que por sí solo da luz a todos los profesores y pastores.»

En el castillo de Wartburg Lutero tradujo solamente el Nuevo Testamento, que después de su vuelta a Wittemberg corrigió con ayuda de Melanchton, e hizo imprimir en el año 1522. En 21 de Septiembre apareció la primera edición completa, tres mil ejemplares, con el sencillo título de (El Nuevo Testamento) en alemán. Wittemberg. Ningún nombre de hombre se añadió. Desde aquel momento cualquier alemán podía comprar la Palabra de Dios por tres pesetas. El éxito de este trabajo sobrepujo todas las esperanzas. En poco tiempo se agotó completamente la primera edición, y fue preciso que la segunda apareciese ya en Diciembre. En el año 1533 existían ya cincuenta y ocho diferentes ediciones del Nuevo Testamento traducido por Lutero. «Todos los que conocían el alemán, nobles y plebeyos, los artesanos, las mujeres, todos leían el Nuevo

Testamento con el más ferviente deseo -dice un católico contemporáneo de la Reforma, Cochleus-. Lo llevaban consigo a todas partes; lo aprendían de memoria; y hasta gente sin gran instrucción se atrevía, fundando en las Sagradas Escrituras su conocimiento, a disputar acerca de la fe y del Evangelio con sacerdotes y frailes, y hasta con profesores públicos y doctores en teología.»

Nada más natural que los adversarios persiguiesen encarnizadamente esta nueva obra de Lutero, porque era la más importante de cuantas había escrito. Con ella emancipó la Reforma de la autoridad del hombre y de sí mismo, fundándola en los cimientos eternos de la palabra divina escrita dando a cada cristiano el poder de reconocer por sí mismo los errores de Roma, y examinar las nuevas doctrinas de la salvación por la fe. Esta pluma que tradujo los sagrados textos era seguramente aquella que vio el elector Federico en sueños, que se extendía hasta las siete colinas y bacía estremecerse la corona del Papa. El monje en su celda y el príncipe en su trono dieron gritos de ira y de cólera; los sacerdotes ignorantes temblaban al pensar que ahora cualquier hombre podía disputar con ellos sobre la doctrina de Jesús.

Hasta el rey Enrique VIII de Inglaterra presentó una acusación contra aquel libro al Elector Federico y al duque Jorge de Sajonia. Resultado de esto, Jorge mandó que todos los ejemplares del Nuevo Testamento fueran entregados a las autoridades. La Suabia, la Baviera, el Austria, todos los Estados inclinados a Roma, hacían lo mismo. En muchas partes fue quemada la Biblia en público. Roma restableció de esta manera en el siglo XVI los crímenes paganos, porque no otra cosa había hecho los antiguos emperadores romanos con la religión cristiana. Y ¿quién no sabe que hoy día continúa aún el mismo procedimiento? Mas con todo esto no impidió los progresos y la propagación del Evangelio; éste reformó toda la sociedad; la cristiandad empezó a ser otra; allí donde se leía la Biblia, entre las familias, producía otras costumbres, nuevos modales, otra conversación renovaba toda la vida. Al publicar el Nuevo Testamento, la Reforma salió de los colegios y entró en los hogares del pueblo.

Una vez impreso el Nuevo Testamento, poco a poco siguieron también los libros del Antiguo, traduciéndolos Lutero, con ayuda de sus amigos Melanchton, Bugenhagen y otros. En el año 1534 fue impresa por segunda vez la Sagrada Escritura. ¡Mas cuánto trabajo y sudor les costó la obra! Lutero mismo dice: «Algunas veces nos ha sucedido que durante quince días, y aun tres o cuatro semanas, hemos buscado una sola palabra, e inquirido su verdadero sentido, y tal vez no lo hemos encontrado. Como ahora está en alemán y en lengua fácil, cualquiera puede leer y entender la Biblia, y recorrer pronto con sus ojos tres o cuatro hojas, sin apercibirse de las piedras y tropiezos que antes había en el camino.» Pero también respecto a la ciencia lingüística esta traducción ha dado a la nación alemana un tesoro riquísimo, que el juicio de tres siglos ha consagrado.

A su vez, Melanchton publicó los *Loci communes theologici*, o sea principios fundamentales de teología, y dio con esto a la Europa cristiana un sistema de doctrina, cuyo fundamento era sólido y cuya construcción asombraba. La traducción del Nuevo Testamento justificó la Reforma ante el pueblo; la obra de Melanchton, ante los sabios. El lenguaje de ésta, lejos del pedantismo escolástico, era vivo, interesante y evidente, fundándose enteramente en la Biblia. La Iglesia no había visto obra igual hacía diez siglos. «Por cierto -dijo Calvino, cuando más tarde lo tradujo al francés-, la mayor sencillez es la primera ventaja para la demostración de la doctrina cristiana.»

Lutero admiró esta obra toda su vida; las notas sueltas que él hasta entonces había hecho sonar, aquí se concertaban, formando una armonía deliciosa, Aconsejó a todos los teólogos que leyesen el Melanchton. Muchos adversarios de la Reforma, heridos por el lenguaje violento de Lutero, fueron atraídos por lo suave y sencillo del estilo, y convencidos por lo lógico y claro de las demostraciones. Después de la Biblia no hay otro libro que tanto haya contribuido a restablecer la doctrina del Evangelio.

\*\*\*

[1] Actualmente la Biblia, entera, o en parte, se encuentra traducida en más de 450 idiomas y dialectos.

\*\*\*

## **LA SALIDA DE LUTERO DEL CASTILLO DE WARTBURG**

Pero ya es tiempo que volvamos a Lutero, prisionero en el castillo de Wartburg, el cual era para él cada día más un <castillo de espera>, que es lo que significa la palabra alemana. El esperaba y velaba allí como guardia fiel de la Iglesia, según nos lo testifican sus trabajos de que hemos hablado; pero también esperaba con todo su corazón la hora de abandonar aquella prisión voluntaria; y pronto debía llegar esta hora, aunque la causa de ello no fue la más agradable.

Hasta ahora el movimiento de la Reforma se había concretado principalmente a la modificación de la doctrina; pero no había empezado la extirpación de los abusos y grandes errores. Mas mientras Lutero estuvo oculto, otros empezaron estos ensayos de una reforma exterior. Sus hermanos en la orden, los frailes agustinos, entre los cuales los más jóvenes eran especialmente adictos a la doctrina de Lutero, resolvieron, en una asamblea de Wittemberg, suprimir la misa privada y abrir los conventos. Lutero a quien habían preguntado antes, les dio su parecer sin reserva. Esta cuestión le había causado a él mismo poco antes muchas inquietudes y dudas. Estaba convencido de que los curas debían tener libertad para casarse, porque sólo así podían recobrar la consideración y respeto en el pueblo, evitar mil tentaciones y llegar a ser verdaderos pastores de su grey. El casamiento de los curas no suprimía los curatos, sino que los restablecía. Pero era diferente el caso de los frailes; cuando ellos se casaran, los conventos por fuerza debían desaparecer. «Los curas -dijo Lutero- son instituidos por Dios y, por lo tanto, libres de preceptos humanos; mas los frailes han escogido voluntariamente su estado y, por consiguiente, no pueden librarse del yugo que se han impuesto a sí mismos». Así lucha en su conciencia la verdad con el error. Por fin rendido, se puso de rodillas, y exclamó: «Señor Jesús: instrúyenos tú y libranos por tu misericordia para nuestra libertad, porque somos tu pueblo.»

No le faltó la contestación a su plegaria. La misma doctrina de la justificación por la fe le abrió otra vez el paso. «Mientras que este artículo -escribe él- quede en pie, nadie se hará fácilmente fraile; todo lo que no proceda de fe es pecado. (Romanos 14, 23.) Por tanto, el voto de castidad, pobreza, obediencia y cosas por el estilo, hecho sin fe, es impío y perjudicial; tales eclesiásticos



no valen más que las sacerdotisas de Vesta y otras del paganismo, que hacían su voto a fin de lograr por él justicia y bienaventuranza; lo que sólo y únicamente debían atribuir a la misericordia de Dios, lo atribuyen a sus obras. No hay más que un solo estado eclesiástico que es sagrado y santifica, a saber: el cristianismo y la fe.» Es notable el camino por el que Lutero llegó a este resultado; procediendo y partiendo siempre de la base y centro del cristianismo, o sea la salvación gratuita por Jesucristo sin mérito nuestro, sabe resolver todas las dificultades y problemas.

Esta lucha interior demuestra cuán lejos estaba Lutero de ser innovador, y echa por tierra los vituperios y calumnias que se le levantan en todas partes al afirmar que emprendió la Reforma con el fin de satisfacer sus apetitos o deseos de poder casarse y abandonar su convento. Al contrario, era aficionado al celibato por lo que respecta a su persona, y aun después de haber reconocido que el celibato obligatorio se opone a la Palabra de Dios, él por su parte permaneció soltero algunos años, continuó viviendo en el convento y conservó hasta el hábito de fraile. En este mismo espíritu, de una templanza desinteresada redactó la contestación a las preguntas de sus hermanos en la misma orden. Se alegraba de su reciente conocimiento cristiano, pero al mismo tiempo se apresuró a amonestarles con energía, poniendo como fundamento el principio de que la Reforma no debía empezar por abrogar las cosas exteriores, por ejemplo, la misa y las imágenes en las iglesias y otras cosas, sino que debía empezar con lo interior; con la conversión de los corazones por la predicación pura del Evangelio. «Tan pronto -dijo- como la doctrina de la justificación del pobre pecador ante Dios por gracia, y sin mérito de las obras, sea bien conocida y verdaderamente creída, las antiguas ceremonias y obras que son contra la Escritura, y con las que se piensa merecer ante Dios la Justicia, caerán por si mismas.

Asimismo Melancton, cuando le consultaron acerca de la misa, examinó la cuestión muy detenidamente, y la respuesta que dio prueba la firme convicción que había adquirido. «Como el mirar a una cruz no es en sí obra buena, sino por el recuerdo de la muerte de Cristo, así la participación en la Cena del Señor no es obra meritoria, sino que es como una señal que nos recuerda la gracia dada por Cristo. Es verdad que los símbolos inventados por hombres sólo pueden recordar lo que significan; mientras que las señales instituidas por Dios, no sólo recuerdan una cosa, sino que prueban la voluntad de Dios en el corazón. Sin embargo, así como la mirada a la cruz no justifica ni es sacrificio por pecados, tampoco la misa ni justifica ni es sacrificio; sólo hay un sacrificio, una sola satisfacción: Jesucristo mismo; fuera de él no hay justificación.» En cuanto a la práctica, también aconsejaba un progreso lento y gradual para no turbar los ánimos.

Pero no pensaba así Carlostadio, del que ya hemos hablado en la controversia de Leipzig. Este no estaba exento de cierto fanatismo; y tal vez efecto de la ambición, pensaba ponerse él mismo a la cabeza de la Reforma. Entre el pueblo especialmente había ganado bastante partido, y cuando se sintió con bastante influencia, no solamente dio la Santa Cena en la Capilla del castillo de Wittemberg, en la fiesta de Navidad de 1521, con pan y vino, sin previa confesión y en lengua alemana, sino que promovió en la calle algunos tumultos. Con el pueblo fanatizado y con los estudiantes entró en la mencionada iglesia, destruyó las imágenes, quitó los altares e impidió a los otros sacerdotes decir misa. El carácter de Carlostadio, que no era de los más prudentes fue más excitado todavía por algunos fanáticos que vinieron a fines de 1521 de Zwickau a Wittemberg, bajo el nombre de los nuevos profetas.

El más conocido entre ellos era el que después fue el capitán de los campesinos rebeldes, Tomás Munzer. Estos hombres profetizaban, según decían, impulsados por el Espíritu Santo, acontecimientos maravillosos; desechaban el bautismo de los niños, y querían una revolución total y violenta de todas las cosas y estados. Declararon iguales a todos los hombres; anunciaron un nuevo reino de Dios y querían suprimir de una vez escuelas, libros, ciencias, magistrados y, en fin, todo cuanto hasta entonces había existido. El tímido y manso Melanchton y su colega Amsdorf no se atrevieron a oponerse formalmente a estos hombres, pensando que tal vez Dios quería obrar alguna cosa extraordinaria por ellos. Lutero, a quien se escribió acerca de estas cosas, contestó a Melanchton inmediatamente con decisión y claridad; le reprendió por no haber escudriñado los espíritus, y no haber exigido de esta gente que probasen las supuestas relaciones superiores por señales y pruebas que pudieran considerarse como divinas. Sin embargo, quería asegurar para ellos la misma libertad que exigía para su opinión: «que el elector no los ponga en prisión ni manche sus manos con su sangre.» Sólo con la palabra y el poder del Espíritu quiso vencerlos. Lutero superó, como se ve, en cuanto a la tolerancia religiosa, a todos sus contemporáneos y hasta a algunos de sus colegas en la Reforma. Pero la inquietud y el tumulto crecían en Wittemberg de día en día, y era inminente el peligro de que aquellos fanáticos ganasen allí los ánimos.

El elector Federico era tan bueno, que no pudo determinarse a adoptar medidas severas. Creció el mal sin que ninguno lo impidiera. La Reforma estaba al borde del precipicio. Este enemigo era más peligroso que el mismo Papa y el emperador. Todos en Wittemberg clamaban por Lutero; los vecinos lo deseaban, los profesores querían recibir su consejo, los mismos profetas falsos apelaban a él. Apenas podemos figurarnos lo que pasó en la mente de Lutero; jamás había sufrido tales penas. Toda la Alemania echaba la culpa a la Reforma. ¿Dónde iría a parar esto? Sólo con la oración venció estas angustias. «Dios ha principiado la obra, Dios la consumará. Me prosterno -dice- ante su gracia, suplicándole que su nombre quede sobre su obra. Si algo inmundo se ha mezclado, no olvidará que yo soy pecador.» Mas le fue imposible guardar la reserva por más tiempo.

Conoció que estos tumultos pedían su presencia personal en Wittenberg, antes que sobreviniese a la obra de la Reforma un daño irreparable, y por lo tanto, dejó el 8 de Marzo de 1522 el castillo de Wartburg, sin el conocimiento y permiso del tímido elector, porque temía que éste, que quería tener escondido algún tiempo mas a Lutero, a causa del destierro a que estaba condenado, no le consentiría la marcha. Pero Lutero sabia bien quién le protegería de todos los enemigos, y que teniendo refugio en Dios Todopoderoso, podía ir sin temor al peligro y a la tempestad. En el camino escribió al príncipe elector una carta llena de plena confianza en Dios: «Por amor a Vuestra Alteza he sufrido estar encerrado por todo este año; pero ahora debo dejar aquel lugar, obligado por mi propia conciencia; porque si yo permaneciese algún tiempo más, el Evangelio sufriría y padecería, y el diablo se pondría en su lugar, aun cuando yo no cediese más que un palmo. Por lo tanto, debo marchar, aunque por nueve días no lloviese del cielo más que duques Jorges (el duque Jorge era ahora uno de sus enemigos más poderosos y terribles), y cada uno de ellos nueve veces más furioso que éste. Yo no quiero pedir la protección de Vuestra Alteza. Yo voy a Wittemberg con una protección mucho más alta que la del elector. Sí, yo creo que más bien podría yo proteger a Vuestra Alteza que Vuestra Alteza a mí. Porque el que tiene mayor confianza en Dios, será más protegido. En este asunto no debe ni puede la espada hacer cosa

alguna para ayudar. Dios solo debe obrar aquí sin cuidado ni asistencia de hombres. Y porque Vuestra Alteza una vez me ha preguntado sobre lo que debía hacer en estas cosas, pensando que Vuestra Alteza ha hecho demasiado poco, yo contesto con toda humildad: Vuestra Alteza ha hecho demasiado y no debió hacer nada. Dios quiere que se le deje hacer en estas cosas, y Vuestra Alteza debe tener esto en cuenta. Y como yo no quiero seguir los consejos de Vuestra Alteza y quedarme aquí, Vuestra Alteza queda sin responsabilidad ante Dios, y sin culpa en el caso de que me cogiesen o matasen. Y en cuanto a los hombres, Vuestra Alteza ha de ser obediente a los que Dios ha puesto sobre vos; según las leyes del reino, la majestad imperial ha de ordenar, y Vuestra Alteza no debe resistir ni oponerse, sí quieren atraparme o matarme. Porque esto sería rebelión contra Dios. Cristo no me ha enseñado a ser cristiano perjudicando a otros. Yo tengo que tratar con otra persona que con el duque Jorge; él me conoce a mí y yo le conozco también bastante. Si Vuestra Alteza tuviese suficiente fe, por cierto que vería la gloria de Dios. Pero como no cree nada, tampoco ha visto nada. A Dios sea gloria y alabanza y amor por toda la eternidad. Amén.»

Apenas llegó Lutero a Wittemberg, predicó durante ocho días consecutivos contra los fanáticos que habían destruido las imágenes y querían en sus cerebros exaltados renovar el mundo. La gente se apiñaba para escuchar su palabra. Su lenguaje era sencillo, suave y poderoso; se conducía como un padre que a su vuelta pregunta a los niños por su conducta; reconoció con gusto sus progresos en la fe, y continuó: «Mas no sólo la fe hace falta, sino también el amor. Si uno lleva una espada, debe manejarla de tal modo que no haga daño a sus compañeros. Ved cómo trata la madre a su niño; primero le da leche, luego papilla. Si enseguida le diera carne, vino y comida fuerte, no le haría provecho; portémonos así nosotros con el hermano flaco. Decís que la Biblia os enseña a suprimir la misa yo digo lo mismo; mas, ¿dónde está el orden? Lo habéis hecho alborotada y desordenadamente para escándalo del prójimo, mientras que antes debíais haber orado y consultado con los superiores; entonces se podía ver que era obra de Dios. Primero debemos ganar el corazón de los hombres, esto se logra predicando el Evangelio; la semilla cae en el corazón y obra allí. Así se convence el hombre, y deja la misa. Mañana viene otro, y pasa lo mismo; así Dios con su Palabra obra más que yo y vosotros y todos juntos con la fuerza. Pablo, cuando entró en Atenas, vio muchos altares e ídolos; mas no tocó ni destruyó ninguno, sino que se puso en la plaza, predicó el Evangelio y probó que aquellas cosas eran supersticiones. Cuando la Palabra ganó sus corazones, los ídolos cayeron por sí mismos.»

Así habló Lutero el domingo; también predicó el martes; el miércoles volvió a resonar su poderosa voz, el jueves, viernes, sábado y domingo, habló de los ayunos, de la Santa Cena, la restitución del cáliz, la derogación de la confesión, ora con tierno cariño, ora con santa gravedad. Atacó vivamente a los que con ligereza participaban de la Santa Cena. «La participación exterior no vale nada; sólo la interior espiritual que se verifica mediante la fe, es a saber, cuando creamos firmemente que Cristo, Hijo de Dios, está en nuestro lugar y toma todas nuestras maldades sobre sí. Es la satisfacción eterna por nuestro pecado y la reconciliación con Dios el Padre; este pan es consuelo de los afligidos, medicina de los enfermos, vida de moribundos, comida de hambrientos, rico tesoro de pobres.»

Los sermones de Lutero son modelos de elocuencia religiosa y popular. Más fácil es fanatizar y turbar la gente que apaciguar la fanatizada. Pero Lutero logró esto último. En sus sermones no pronunció palabra injuriosa contra los autores de los tumultos; cuanto más se atemperó a este

modo de proceder, tanta más eficacia tenía la verdad. Ni aún en Worms se había mostrado más grande. El que no temía el cadalso, podía amonestar que se sujetasen a la autoridad; el que despreciaba toda persecución humana podía exigir la obediencia hacia Dios. Así era que sus discursos, llenos de claridad, de poder y de mansedumbre, ayudados por la impresión poderosísima de su personalidad, tuvieron el éxito más completo. Los ánimos se calmaron, las ideas confusas se aclararon, y pronto echó fuera de las puertas de Wittemberg a todos aquellos fanáticos con la influencia de su predicación.

Así se salvó la Reforma. Una vez para siempre había demostrado la inmensa diferencia que existe entre reforma y revolución; entre la libertad cristiana sujeta a la Palabra de Dios, y el fanatismo que traspasa los límites para sujetarlo todo a su albedrío. Para todos los tiempos dio el ejemplo de cómo la verdad tiene que luchar contra el error, y vencerle por su propio poder, por la libre convicción.

Terminada esta crisis, la Reforma pudo desenvolverse con más tranquilidad exterior de lo que pudo esperarse en un principio. Los edictos de Worms llegaron a ser ejecutados sólo en una pequeña parte de Alemania. El Papa León X, que había excomulgado a Lutero, murió. El emperador Carlos V tuvo que volver a España por rebeliones que en ésta habían estallado. Además, penetraron los turcos en Hungría y el representante de Carlos, su hermano Fernando, trató de ganarse la buena voluntad de los Estados alemanes para que le ayudasen contra ellos, dejándoles más libertad en la cuestión religiosa, y muchísimos aprovecharon esta ocasión para introducir la Reforma en sus dominios. De este modo, la Reforma, que hasta la Dieta de Worms fue obra personal, por decirlo así, de Lutero, tomó desde entonces carácter público y fue representada por los Estados mismos. Esto era lo que Lutero deseaba, aunque no pareciese favorable para su propia autoridad y gloria, porque tenía por lema aquella palabra célebre de Juan Bautista: «El debe crecer y yo menguar.»

\*\*\*

## **ACTIVIDAD Y TRABAJOS DE LUTERO EN LOS AÑOS SIGUIENTES HASTA LA DIETA DE AUGSBURGO**

En los ocho años siguientes, es decir, hasta la Dieta de Augsburgo, en la cual los príncipes y municipios favorables a la Reforma se agruparon alrededor de aquella magnífica confesión de fe que hizo célebre el nombre de dicha ciudad, tenemos que considerar la vida y actividad de Lutero bajo tres aspectos: 1º. Su relación con los movimientos religioso-políticos, cuyo jefe fue Tomás Munzer. 2º. Sus disputas con otras personas especialmente con los reformadores suizos; y 3º. Su continuo trabajo en la obra de la Reforma y en su ministerio.

Episodio muy triste fue la llamada guerra de los campesinos, de la cual se ha querido culpar a la Reforma, aunque sin razón, pues ya en el año 1491 los campesinos se habían rebelado en los Países Bajos; en 1503, en las cercanías de Suiza; en 1513 y 1514, en el Sur de Alemania, y en 1515, en Carintia y Hungría. Estas rebeliones fueron originadas en su mayor parte por las inauditas opresiones que sufrían los pobres labradores de parte de los príncipes, nobles y clér-

rigos, a lo cual se unía la agitación que la Reforma había llevado a todas las clases de la sociedad. Las nuevas doctrinas de libertad que Lutero y sus amigos entendían espiritualmente, los campesinos las tomaron en sentido político o carnal según la expresión de Lutero y los esfuerzos por reformar y renovar las condiciones actuales, en vez de ser dirigidos por hombres prudentes y sabios hacia el bien, fueron dirigidos por gente apasionada y malvada de una manera violenta y perversa. La doctrina de Lutero sobre la libertad cristiana pareció a muchos probar el derecho de rebelión. Es verdad que Lutero ya desde Wartburg había enviado una «Amonestación a todos los cristianos para evitar rebeliones y alborotos»; pero la gente estaba ya demasiado agitada, y el escrito produjo poco efecto.

Los primeros alborotos tuvieron lugar entre los aldeanos suabos del lago de Constanza en el año 1524, porque el Abad de Reichenau les negó predicadores protestantes. El fuego se comunicó pronto a otras partes de Suabia. Se trató de calmar los ánimos agitados, prometiendo varias Concesiones; pero algunas veces los pactos hechos no se cumplieron; los presos eran ejecutados, y con esto se atizaba más y más la llama de la rebelión.

En el año de 1525 los aldeanos se sublevaron en masa en Suabia, Alsacia, Lorena hasta Turingia, en todo el Sur y centro de Alemania, tratando de hacer valer sus derechos, legítimos o pretendidos, por la fuerza, el pillaje y la matanza. Sus pretensiones principales eran: Libre elección de los predicadores; abolición completa de la servidumbre hereditaria y del diezmo; libre caza y pesca; disminución de los trabajos personales y de las multas, y otras semejantes.

Lutero, a quien los aldeanos habían nombrado por árbitro, publicó una amonestación dirigida a los príncipes y señores, especialmente a los obsecados obispos, curas y frailes recordándoles que toda su rabia era impotente para acabar con el Evangelio, y que la tiranía de ellos era la que había provocado la revuelta. Debían mirar el suceso como castigo de Dios, y convertirse de buena voluntad. «Si os dejáis aconsejar, señores les -dice-, ceded un poquito vuestra ira, por Dios. Debéis dejar el enojo, la terquedad y la tiranía, y tratar a los labradores con razones como a engañados.»

Con no menor dureza habló después a los labradores. ¿Sabéis -les dice- cómo he logrado yo que mi predicación haya tenido tanto más éxito, cuanto más el Papa y el diablo se han enfurecido? Nunca saqué la espada, nunca quise venganza. No hice alborotos ni revueltas; al contrario, defendí cuanto podía el poder y respeto a la autoridad humana, aun a la que me perseguía a mí mismo y al Evangelio. Toda la causa la puse en las manos de Dios, y me confié siempre resueltamente en su brazo. Ahora vosotros me turbáis; queréis prestar socorro al Evangelio, y no sabéis que así le perjudicáis y oprimís terriblemente. Por esto, vuelvo a deciros, yo abandono vuestra causa, por buena y justa que sea. El cristiano no puede consentir tales empresas, sino disuadiros cuanto pueda, tanto de palabra como por escrito, mientras palpita una sola vena en su cuerpo; porque los cristianos no pelean con la espada, sino con la cruz y la paciencia, como Jesucristo, que no llevó espada sino que murió crucificado.»

De la misma manera, Melanchton se declaró desde el principio contra los campesinos, aunque también amonestó a los príncipes y nobles. Ambos reformadores deseaban un arreglo pacífico, pero no lo consiguieron; de un lado, la autoridad no procedía con sinceridad, y de otro, los campesinos se enfurecían más y más en su fanatismo. El más ilustrado, pero a la vez más furioso

de todos ellos, era Tomás Münzer. Antes había estado en Wittemberg, y reprendido severamente por Lutero, le aborrecía de corazón. Hecho más tarde predicador en el pueblo de Turingia, se gloriaba de tener el Espíritu Santo, y de haber recibido mandato divino de predicar por todo el mundo. Combatía a un tiempo al Papa y a Lutero. Expulsado de allí por su insensata agitación, se fue a Mühihausen, y encendió desde allí la revolución en toda la Turingia.

Conmovidó por las crueldades cometidas por los revoltosos, lanzó Lutero otro folleto contra los campesinos «salteadores y asesinos» aconsejando a los príncipes que los matasen como a perros rabiosos. Estos no aguardaron más, y el 15 de Mayo de 1525 los príncipes de Sajonia, el Landgrave de Hesse y el duque Enrique de Brünswik, batieron a Münzer y su bando de unos 8.000 hombres, y le derrotaron enteramente. Münzer fue cogido y ejecutado junto con su ayudante. Y como ésta, así las demás revueltas fueron ahogadas en sangre. Lutero y sus amigos habían manifestado muy claramente que no tenían ninguna comunión interior ni exterior con los rebeldes.

Mientras Lutero luchaba así en la política, no tuvo tampoco punto de reposo en la controversia doctrinal. Nuevos adversarios le salieron al encuentro. El ataque del Papa y sus secuaces no le extrañó; pero no había esperado nunca tener que habérselas con un rey.

Enrique VIII de Inglaterra, habiendo compilado de libros viejos uno nuevo, ofreció al mundo la Defensa de los siete sacramentos contra Martín Lutero, por Enrique VIII, rey invencible de Inglaterra y Francia, Señor de Irlanda.

Plagados de errores e invectivas contra Lutero, hablaba de un modo tan insolente, que debía replicársele, y Lutero lo hizo con un escrito tan enérgico que asustó a los mismos amigos de Lutero.

Aniquila una afirmación tras otra, y combate las opiniones de los padres y doctores de la Iglesia con invencibles textos de la Biblia. Verdad es que la vehemencia e invectivas con que Lutero contesta a las del rey, no concuerdan con el espíritu manso de Jesucristo, pero Lutero era hombre y tenía sus defectos. Mas todo el mundo comprendió que el rey no tanto intentaba defender el catolicismo, como adquirir de parte del Papa el título de Defensor fidei como los reyes de Francia y España. Esto lo consiguió, pero no ganó la victoria contra Lutero, pues se vio precisado a retirarse de la arena.

Pocos años después, habiendo asegurado a Lutero el rey de Dinamarca que Enrique se había convertido, y que no faltaba sino dirigirse benignamente a él para hacerle amigo del Evangelio, Lutero le escribió una carta, declarando que, a la verdad, no podía ni quería conceder nada en cuanto a la doctrina, pero le pedía perdón con noble humildad y respeto por algunas expresiones demasiado fuertes y ofensivas que había usado. Mas sólo obtuvo de Enrique por contestación otro libelo más infamatorio y denigrante.

Lo notable es, que aquel defensor de la fe católica romana rompió más tarde enteramente con el Papa y le atacó como lo había hecho antes con Lutero. El fue el que libertó, aunque no por motivos nobles y puros, a Inglaterra del dominio del Papa.

Con motivo de esta controversia, dio Lutero contra otro hombre, el célebre Erasmo (nacido en Rotterdam en 1463 y fallecido en Basilea en 1536), el más famoso literato de aquellos tiempos. Hasta entonces no se había decidido ni en pro ni en contra de la Reforma. Estimaba mucho a Lutero por sus conocimientos y franqueza; se alegraba del progreso que hacían las letras como consecuencia de la Reforma. Tampoco quería defender al papismo con sus abusos, vicios y supersticiones. Mas siendo racionalista en el fondo, no comprendió la fuerza, decisión e intransigencia con que Lutero y sus amigos combatían todo el sistema romano; pues varias doctrinas, por ejemplo, la de las buenas obras y del mérito del hombre, le parecían muy convenientes y más razonable que la de la justificación por gracia. Lo que él prefería era «el termino medio», ignorando que no lo hay entre la verdad y el error: anhelaba una reforma, sí, mas sólo de los abusos y doctrinas supersticiosas, dejando el fondo integro e intacto; olvidando aquella máxima: el árbol malo no puede llevar frutos buenos.

Era el tipo de los que abundaban entonces como abundan hoy día: enemigos del papismo, mas no amigos del Evangelio; quieren destruir el edificio de la superstición; mas no tienen con qué suplirlo, a no ser con una filosofía árida, deleznable y seca que no da consuelo al corazón ni seguridad a la conciencia, que jamás ha logrado victorias duraderas contra el Romanismo, ni contra ninguna superstición.

Así sucedió que la Reforma, cuanto más adelantaba y adquiría forma más concreta, tanto menos aceptable parecía a Erasmo; mas con todo, no tenía ganas de meterse en estas disputas teológicas, como solía llamarlas; y por otra parte, temía el genio de Lutero. Pero estrechamente ligado Erasmo con Enrique VIII, se sintió igualmente atacado por Lutero en la persona de su amigo; y a pesar de que Lutero, no queriendo batirse con este literato, a quien estimaba mucho, le había rogado que no tomase parte activa en la controversia, se resolvió el célebre Erasmo, azuzado desde luego por los papistas de todas partes, a lanzarse contra el Reformador. El tema de su escrito caracteriza al hombre: El libre albedrío; trata de demostrar que el hombre por voluntad y determinación propia es capaz de hacer bien; y aun cuando no puede prescindir en absoluto de la ayuda divina, tampoco está tan privado de todo mérito que la justificación se verifique por pura gracia. Concede en parte la cooperación de la gracia; mas tiende a cercenar todo lo posible esa influencia, para enaltecer la energía y obra.

Lutero contestó con su discurso de El albedrío esclavo, en el que probaba que no existía ese pretendido libre albedrío. El hombre original había tenido la voluntad libre para el bien, y nacido otra vez y santificado por el Espíritu Santo, volvía a tenerla; mas desde la caída de Adán el hombre natural era esclavo del pecado; y cualquiera que creyese poder hacer lo más mínimo para su salvación por sí mismo, y confiase, no en la gracia de Dios, sino en sí mismo, no podía alcanzar la salvación; pues el hombre es justificado ante Dios sólo por la fe. Erasmo prolongó la controversia con dos tratados más, pero sin éxito.

Mucho más importante que las mencionadas controversias fue la sostenida sobre la Santa Cena.

Lutero ya antes había tenido grandes dudas acerca de la doctrina de la transustanciación de la Santa Cena. Sabido es que la Iglesia romana pretende que el pan y el vino se convierten real y esencialmente en cuerpo y sangre de Jesucristo por las palabras de la institución pronunciadas por el sacerdote sobre los elementos, quedando sólo la forma, los accidentes del pan y el vino, es

decir, lo que entra por los sentidos pero de ninguna manera el pan y vino mismo. Consecuencia forzosa de esto era que siendo el Sacramento material y esencialmente cuerpo y sangre de Cristo, debía adorársele. También que bastaba dar a los legos comulgantes sólo una especie del Sacramento, el pan; puesto que en el cuerpo está ya contenida la sangre. Sólo los sacerdotes deben recibir también la otra especie, el cáliz. Mas la supresión del cáliz pugna manifiestamente con la institución de Cristo cuando dijo expresamente: Bebed de él todos (Mateo 26, 27); y es injusto otorgar a los sacerdotes como privilegio el cáliz de que se priva a los legos. El apóstol San Pablo nada sabía de tal privilegio (véase 1ª Corintios 11, 25-29). Además, el dogma de la transubstanciación se promulgó en la Iglesia romana, muy tarde, en el año 1215.

Lutero, pues, desechó esta doctrina contraria a la Escritura, y afirmó únicamente la presencia real, pero espiritualmente, del cuerpo y sangre de Cristo bajo y con el pan y vino. Pero su colega Carlostadio fue más adelante; interpretó las palabras de la institución «este es mi cuerpo, etcétera», diciendo que al pronunciarlas Jesucristo, las refería hacia su cuerpo, anunciando a los discípulos, que lo había de sacrificar por ellos, y enseñándoles que habían de recordar esto en lo venidero, cuando juntos partiesen el pan. Tal era la interpretación de Carlostadio, que éste divulgó y predicó, acompañando sus predicaciones con expresiones algo apasionadas en contra de Lutero. Algunos discípulos de éste la aceptaron y la desenvolvieron, con especialidad los teólogos Bützer y Capiton, quedando, sin embargo de esto, amigos y veneradores de Lutero.

También se puso por este tiempo en contradicción con Lutero, en cuanto a esa doctrina, el teólogo Ulrico Zuinglio, de Zurich, que había comenzado la Reforma en la Suiza al mismo tiempo que Lutero en Alemania.

Desde el año 1527 venía declarando en sus obras que Jesucristo, según San Juan, cap. 6, exige tan solamente que su carne se tome espiritualmente como verdadero alimento del alma; es decir, con la fe viva de que había entregado su cuerpo y sangre a la muerte para la vida del mundo; declarando, por lo tanto, inútil el comer materialmente su carne como los judíos lo habían entendido. Si a esa comida espiritual, añadía, se juntan las señales de recuerdo, esto es, el pan que representa su cuerpo destrozado, y el vino que recuerda el derramamiento de su sangre, entonces se tomaba sacramentalmente el cuerpo y sangre de Jesucristo, en lo cual consistía lo característico de la Santa Cena. Las palabras de la institución «Tomad, comed, esto es mi cuerpo», según Zuinglio, significan: «Esto simboliza o significa mi cuerpo.»

Contra esa doctrina se levantó entonces Juan Bugenhagen, amigo y colega de Lutero, defendiendo la verdadera presencia del cuerpo espiritual de Cristo en la Santa Cena; al mismo tiempo que Zuinglio halló un compañero de su parecer en Oecolampadio de Basilea. Con este motivo Lutero mismo intervino en la disputa.

Para comprender estas disensiones, que trajeron tan tristes consecuencias para la Reforma, preciso es tener bien en cuenta lo difícilísimo de la materia. La Biblia nos dice bien poco para aclarar el misterio que está contenido en la Santa Cena. Desde luego se entiende que el sentido de la Biblia es que el cristiano celebra una verdadera y real comunión con Cristo glorificado, por medio de los elementos materiales. Mas sobre el modo en que se verifica esta unión, nos da escasas referencias. Lo cierto es que hay que evitar dos extremos: primero, el traer todo el misterio al terreno material y físico, tal como lo comprende la Iglesia Romana, la que con su



dogma de la transubstanciación lleva a la idolatría y a un Dios material y carnal; el otro extremo sería quitar todo el valor a los elementos, o sea a la forma e institución exterior, interpretando la comunión con Cristo que en ella disfruta el cristiano de un modo tan vago, que allí no se vea más que lo que el cristiano puede y debe tener en todas partes y épocas a saber: «la comunión con Cristo por la fe». Es evidente que con esta interpretación el sacramento pierde todo su valor y dignidad: y así lo comprendieron aquellos fanáticos y falsos profetas antes mencionados, que Lutero combatió al volver de Wartburg.

Los reformadores todos, fuerza es decirlo, reconociendo que ambos extremos eran erróneos, los combatieron y trataron de excluirlos en sus definiciones respectivas. Mas Lutero, impresionado fuertemente por los recientes combates con aquellos fanáticos, y presintiendo los graves peligros que aquel espiritualismo traería a la Iglesia, se esforzó en combatirlo, definiendo la presencia espiritual de Cristo en la Santa Cena de la manera más positiva que era posible. Al contrario, Carlostadio, Zuinglio y sus amigos temiendo que se retrocediera a la idolatría romana, procuraron apartar de sus definiciones respectivas todo cuanto pudiera dar pie a una inteligencia material. Partiendo así unos y otros de un mismo fundamento, pero con puntos de vista divergentes, llegaron también a definiciones distintas. Esto no tiene nada de extraño si se considera lo misterioso, difícil e intrincado de la materia y la limitación del entendimiento humano. Ni tampoco tal diferencia de pareceres hubiera sido en si misma perjudicial, puesto que el recibir la bendición y gracia del sacramento no depende de la mucha o poca inteligencia del misterio, sino únicamente de la fe con que se toma. Mas por desgracia sucedió aquí lo que tantas veces hay que deplorar entre cristianos: la pasión se mezcló en la controversia, y agravó la disensión; se lanzaron folletos de ambas partes con encarnizamiento poco cristiano. Por fin se propuso celebrar una controversia, que pusiese fin a la diversidad de pareceres, esclareciendo perfectamente el asunto. El conde Felipe de Hesse, reconociendo la gran importancia de la acción unida y fraternal de todos los reformadores de la Sajonia y de la Suiza, convocó en 1529 a ambas partes en Marburg para que viniesen a un acuerdo, después de discutirlo concienzudamente.

Felipe había dispuesto que primero disputasen Lutero y Oecolampadio, y después Zuinglio con Melancton separadamente, porque temía que si los dos espíritus vehementes, Lutero y Zuinglio, luchaban frente a frente, frustrarían toda inteligencia. Después se tuvo la disputa pública por tres días enteros, asistiendo a ella el conde Felipe, el duque Ulrico de Wittemberg y sus consejeros, con muchos otros doctores y catedráticos. Todos los argumentos en pro y en contra, empleados ya en los folletos, se reprodujeron de nuevo. Resultado de esto: los reformadores redactaron catorce artículos, firmándose trece de éstos con completa conformidad de ambas partes sobre las demás doctrinas de la fe. Al artículo catorce, sobre la Santa Cena, añadieron: «No habiendo llegado a un acuerdo sobre si el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo está contenido en el pan y vino; sin embargo, los unos deben mirar y tratar a los otros con amor cristiano, en cuanto la conciencia de cada uno lo permita; y ambas partes suplicar a Dios asiduamente que El mismo por su Espíritu Santo nos confirme en la recta inteligencia de tales palabras. Amén.»

¡Ojalá que se hubiese puesto en práctica este convenio! Reinando el amor fraternal y sosteniendo con fuerzas comunes y unidas los trece artículos convenidos, o sea el resumen de la doctrina evangélica, ciertamente el decimocuarto no debía haber producido escisión. Pero, por desgracia, este convenio no fue sino una paz aparente. En la confesión de Augsburgo y otras, la doctrina de

Lutero acerca de la Santa Cena se pronunció clara y explícitamente, mientras que los reformados en la confesión Helvética y otras, proclamaron la presencia solamente espiritual de Cristo, estando y permaneciendo su cuerpo en los cielos, de modo que la Santa Cena era sólo una conmemoración de su muerte. Más tarde la lucha se hizo más y más encarnizada, hasta declararse una ruptura entre luteranos y reformados, que ha sido una gran rémora para los progresos de la Reforma en muchos países.

Por lo demás, no es difícil hallar excusas en pro de Lutero y demás reformadores. Altamente agitados todos en su interior por la lucha terrible que, siendo tan pocos, pero obedeciendo a la voz de su conciencia, sostenían ya por tantos años contra el mundo entero, no es de maravillar que en el ardor y encarnizamiento de la pelea se equivocaran en algún caso, tomando opiniones secundarias por dogmas principales. Mas una vez imbuidos en este concepto erróneo, les honra altamente la inquebrantable rectitud y rectitud y religiosidad con que defienden su convicción sin mirar en nada a las conveniencias políticas. Era evidente, desde luego, que nada podía perjudicar tanto a la obra de la Reforma como esta discordia entre sus iniciadores, enfrente del formidable y uniforme poder del papado. La conveniencia política aconsejaba disimular la divergencia a toda costa; mas la conciencia no les permitió ocultarla.

Meditando luego sobre las razones por las que permitió Dios que estallase esta lucha entre hermanos en la fe igualmente defensores de la verdad evangélica, una al menos hallamos muy evidente y palpable. Dios quería demostrar a todo el mundo que la causa era suya y no de los hombres, para que él solo fuese glorificado. A ser obra de hombres, tamaño error, como era esa lucha incomprensible entre luteranos y reformados, debía darle el golpe de gracia y arruinarla completamente. Mas la causa de Dios está por encima aun de las faltas de sus mismos defensores. Así es que aquellos errores hacen resaltar la omnipotencia de Dios. Y otra segunda enseñanza no menos importante se desprende, a saber: que estos sucesos de tan triste recuerdo nos hacen entender y atender al único medio que liga la libertad con la unidad evangélica, cual es, como lo explica San Pablo: «Sed asiduos en conservar la unidad de espíritu por el vínculo de amor.»

Felizmente, el mismo país donde estalló la guerra, a saber, la Alemania, ha sido el primero en restablecer la paz: en el año 1817, con motivo de la celebración del tercer centenario de la Reforma, el piadoso rey de Prusia, Federico Guillermo III, emprendió la tarea de reanudar de nuevo el lazo del amor y comunión cristiana entre ambas iglesias, uniéndolas en una «Iglesia evangélica» y su empresa ya ha traído consigo por la gracia de Dios gran bendición.

Por lo demás, Lutero mismo, a pesar de insistir sin vacilar en sus opiniones, siempre permaneció muy modesto en cuanto a sí mismo; lejos de querer establecer él una nueva Iglesia y darle su nombre, escribió un día: «No debes llamarte luterano: ¿qué es Lutero?, ni es la doctrina mía; ruego que se calle mi nombre, y no se llamen luteranos, sino cristianos. Extirpemos los apelativos de partido; llamémonos cristianos, pues que profesamos la doctrina de Cristo. Ni soy ni quiero ser maestro de nadie. Hasta aquí hemos visto a Lutero ocupado mayormente en las luchas de afuera. No por esto dejó de dirigir siempre su atención hacia adentro. No quería sólo derribar, sino más bien edificar; y así nunca dejó de trabajar para la consolidación interior de la Reforma. Sin desfallecer se ocupó en este tiempo, como ya hemos dicho, en la traducción de la Biblia. Escribió además varios tratados, a fin de instruir al pueblo sobre los errores del papado y sobre la pura doctrina evangélica. En el 1527 dio al pueblo alemán el primer himnario,

titulándolo Primera colección de canciones espirituales y salmos. La mayor parte de estos himnos son aún hoy día muy conocidos y amados en Alemania; muchos de ellos han sido traducidos a otras lenguas.

También tenía un vivo interés por establecer escuelas cristianas de todas clases, convencido de que el Evangelio no podía hacer mucho progreso en la nación, a no ser instruida sencilla y rectamente en él la juventud; pero en esto tuvo muchas y muy grandes dificultades con que luchar: Se quejaba amargamente de que, habiendo emprendido los príncipes y ayuntamientos de tan buena voluntad la secularización o desamortización de los bienes eclesiásticos, nada se aplicase para las escuelas. En su discurso A los alcaldes y consejeros de todas las ciudades de Alemania para que estableciesen y sostuviesen escuelas cristianas,, dice, entre otras cosas: «Gastándose cada año tanto dinero en puentes, carreteras, caminos, diques, etc., ¿por qué no se gasta en favor de la juventud pobre y necesitada lo que sea necesario para darle buenos profesores? Es cuestión de mucha importancia para Cristo y todo el mundo, el prestar consejo e instrucción a los jóvenes, puesto que con ello todos reciben socorro..»

Sobre todo esto Lutero pensó en establecer un nuevo orden de cosas eclesiásticas. El 5 de mayo de 1525 el príncipe elector Federico el Sabio falleció, sucediéndole su hermano Juan, llamado el Constante, el cual tomó parte activa en la Reforma, mientras que Federico sólo había dejado obrar a Lutero y a sus amigos. Ya en ese mismo año de 1525 mandó este príncipe que todos los predicadores introdujesen en el culto la llamada «misa alemana», redactada por Lutero. Es verdad que Lutero conservaba en ella mucho de la anterior; pero abrogaba enteramente el sacrificio de la misma, y el uso de la lengua latina; y acentuaba como lo más importante la predicación del Evangelio. Además, ordenó que se predicase exclusivamente la pura Palabra de Dios, para lo cual se dio a luz un sermionario redactado por Lutero, que sirviese de guía a los menos instruidos. Después de esto pidió el elector a Lutero y Melanchton su parecer acerca de la constitución de la Iglesia e institución del culto y colocación de los predicadores. Hizo publicar estos principios fundamentales por delegados, legos y eclesiásticos: en 1527 removió los malos predicadores y los sustituyó por otros mejores. Esto se verificó con motivo de una visita eclesiástica hecha del 1527 al 1529, que por primera vez estableció orden y uniformidad en las congregaciones de Sajonia. Después se proclamó la nueva constitución eclesiástica según la cual la Iglesia no se considera como un cuerpo enteramente separado del Estado, gobernado por una jerarquía que tiene por jefe supremo al Papa, sino más bien como un conjunto de congregaciones creyentes que tienen la misma confesión, y son protegidas y no inspeccionadas, en cuanto a lo exterior, por el Gobierno del Estado, de tal manera, que éste ejerce sus derechos sobre la Iglesia por medio de las personas nombradas por ella misma, que son los superintendentes, y después los consistorios. Pero la época en que se estableció esta nueva constitución de la Iglesia era tan agitada, que no se explicaron ni determinaron claramente algunos de sus principios, especialmente sus relaciones con el Supremo Gobierno del Estado; así resultó cierta confusión del régimen eclesiástico con el político del país, que muchas veces ha perjudicado a la libertad e independencia de la Iglesia.

Con estas nuevas instituciones se llevó a cabo el establecimiento de la Reforma en la Sajonia, Hesse, Anhalt, Luneburgo y muchas ciudades libres; la Prusia, Dinamarca, Suecia, Noruega, casi todo el norte de Alemania y de Europa.

Esta nueva constitución y el establecimiento de las escuelas, movió a Lutero, en el año 1528, a escribir su catecismo grande, y en 1525, su catecismo pequeño. No se puede calcular las bendiciones que han traído Consigo estas obras inmortales: estos catecismos existen hoy día, traducidos en treinta y tantos idiomas. El elector Federico II quiso que se le enterrase con el catecismo en la mano.

En el preámbulo, Lutero nos da un magnífico modelo del método sencillo de instrucción que quiere sea empleado. Dice: «Todas las preguntas deben referirse en último término a dos puntos: fe y caridad. La parte de fe se subdivide en otras dos: en la primera se desarrolla aquel artículo, que todos estamos corrompidos y condenados por el pecado de Adán»; en la segunda, «que somos librados por Cristo Jesús de todo pecado y de la condenación eterna.» igualmente, la parte de la caridad se subdivide en dos, a saber: la primera expone el mandato «de que debemos servir y hacer bien a cualquiera como Jesús nos lo hizo a nosotros»; la segunda, «que tenemos que sufrir y padecer cualesquiera males de buena voluntad.»

Empezando ahora -dice-a comprender esto el niño, se le acostumbra a aprender en las predicaciones textos de la Escritura, y juntarlos con estos artículos como se juntan cuartos, reales y escudos en los bolsillos y portamonedas. La bolsa de la fe es un portamonedas de oro, y en él entran: primero, el texto de Romanos 5, 12, y Salmo 51, que son dos onzas preciosas; y segundo el texto Romanos 4, 25, y Evangelio de San Juan 1, 36, que son dos doblones. Nadie por sabio que sea, debe despreciar este método infantil. Cristo, queriendo salvar a los hombres, hubo de hacerse hombre; para educar a niños, debemos hacernos nosotros niños como ellos. ¿No es esto un espejo excelente para tantos orgullosos profesores y pedantes de hoy en día, que piensan que cuanto más abstracta y pesada presentan su doctrina, tanto más mérito tiene?

Aparte de todas estas luchas y trabajos de Reforma, no descuidó Lutero en lo más mínimo su cargo de predicador y párroco, manifestándose buen pastor del rebaño confiado a su dirección, no solamente predicando el más puro Evangelio, sino también practicándolo. A menudo predicaba más de una vez al día, visitaba los enfermos, instruía a los catecúmenos y cuidaba de los pobres y afligidos de la congregación. Especialmente, en 1527, dio una prueba insigne de su fidelidad de pastor.

En dicho año sobre las muchas tribulaciones y enfermedades que personalmente tenía que sufrir, se declaró la peste en Wittemberg, y la Universidad, por mandato del elector, se trasladó a Jena. También a Lutero amonestó aquel príncipe que se retirase a Jena juntamente con su familia; pero él y Bugenhagen con los diáconos quedaron solos en Wittemberg; mas no solos-escribía a un amigo;-Cristo y vuestras oraciones nos acompañan, y están también con nosotros los santos ángeles invisibles. Si Dios quiere que nos quedemos aquí en esta plaga y nos muramos, nuestro cuidado de nada servirá; por tanto, que cada cual disponga así su corazón: «Señor, en tus manos estoy, tú me has atado aquí, hágase siempre tu voluntad.»

Lutero entraba en las habitaciones de la peste y de la muerte; consolaba a los enfermos y moribundos con el Evangelio, y los fortalecía con el santo sacramento del cuerpo y sangre de Cristo. En Noviembre tuvo su propia casa llena de enfermos; escribía a un colega suyo: «Soy como el apóstol, como muriendo, mas he aquí, vivo.»

Al fin del año pudo volver a escribir a su amigo, lleno de gozo: La peste está muerta y enterrada; Dios ha manifestado su misericordia magnífica y maravillosamente; probando así que le complace nuestra predicación del Evangelio, a pesar de ser nosotros pecadores.

¡Qué mal se compagina este proceder y esas palabras tan espirituales de Lutero con lo que a voz en cuello están diciendo de él sus enemigos! Pero el día de la gran revelación hará patentes todas las cosas ocultas, ya hayan sido ocultadas por la voluntad de Dios, que debemos siempre respetar, ya por la malicia de los hombres.

\*\*\*

## **EL MATRIMONIO Y LA VIDA PRIVADA DE LUTERO**

El año 1524, el vigésimo domingo después de Trinidad, Lutero se despojó de su vestido de fraile y empezó a usar la toga negra de catedrático, habiéndole regalado el paño el elector. Estaba sólo en el convento, por haberlo abandonado todos los frailes. Entonces muchos amigos, y particularmente su padre, le rogaron que contrajese matrimonio, una vez que lo había aconsejado a otros, mas algunos le disuadían por temor a las calumnias de los adversarios.

Fue una acción digna de ser puesta al lado de aquella de las tesis de Wittemberg, de la confesión pública en la Dieta de Worms y de la traducción de la Biblia en el castillo de Wartburg, la de Martín Lutero, cuando el 13 de Junio de 1525 casó con Catalina de Bora. No era él el primero de los hombres más importantes de la Reforma que a la predicación de la palabra añadían el propio ejemplo, para confirmar la verdad de que el matrimonio es una santa institución divina, y que la doctrina del celibato de los sacerdotes es un engaño del diablo (1ª. Timoteo, 4, 1-3). En Suiza, Ulrico Zuinglio y León Iudae vivían ya en matrimonio santo y bendito. En Strasburgo, Capitón había seguido el ejemplo de Butzer, y Matías Zelí se había casado con Catalina Schulz, la cual, bajo el nombre de Catalina Zelí, se ha hecho muy conocida como una de las mejores esposas de pastor. Y en Wittemberg mismo, los dos pastores Justo Jonas y Juan Bugenhagen, que Lutero convidó como testigos a su casamiento, estaban casados ya hacia años. Pero que ahora, en medio de un tiempo tan excitado por la guerra de los campesinos, el hombre más importante de la Reforma entrase en el matrimonio, significaba un cambio completo en la vida de los ministros de la palabra y una influencia profunda en la vida del pueblo entero; porque el matrimonio de Lutero no procedió, como calumniosamente y sin ninguna prueba dicen sus enemigos, del deseo de hacer más grata su vida privada. El matrimonio de Lutero fue un hecho con el cual quería él defender la Palabra y orden de Dios en contra de la ordenanza y desorden del Papa.

Ya su folleto A la nobleza cristiana de la nación alemana sobre el mejoramiento del estado cristiano, que escribió en 1520 contra Roma, era como el poderoso eco de la trompeta dirigido contra el celibato de los sacerdotes. «También vemos -dice en el decimocuarto punto de queja- cómo ha decaído el clero y cómo algunos pobres curas, abrumados con mujer y niños, tienen gran remordimiento de conciencia, mientras ninguno cuida de ayudarles, aunque sería cosa fácil el hacerlo. Pues si el Papa y el obispo no hacen caso de esto, y más bien ayudan a perder lo que

está perdido, yo quiero salvar mi conciencia y abrir con toda franqueza mi boca aunque disguste al Papa, al obispo o a otro cualquiera, y digo así: que según institución de Cristo y sus apóstoles, cada ciudad debe tener un cura u obispo, como Pablo claramente dice (Tito, 1, 6), y que este cura no está obligado a vivir sin mujer legítima, sino que pueda tener una como San Pablo escribe (1ª. Timoteo, 3, 2, y Tito, 1) diciendo: «pues es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, que tenga sus hijos en sujeción con toda honestidad». Porque un obispo y un cura es una misma cosa para San Pablo, como lo expresa también San Jerónimo.

En 1522, en su folleto *Contra el estado del Papa y de los obispos que se consideran falsamente como clase sacerdotal*, profundizaba más sus razones tomadas de las Sagradas Escrituras, como en la explicación de 1ª. Corintios, 7. Y cual defiende el matrimonio de sacerdotes; así también aboga por que los caballeros de la orden de San Juan tengan libertad para casarse, y las monjas para abandonar los monasterios. Nunca hombre alguno ha sido mejor armado para abrir brecha en el baluarte del papado, para exhibir el buen fundamento de una doctrina saludable, como él.

La Palabra de Dios y su buen sentido le asistían en la comprensión de la voluntad divina; y su clara inteligencia, su santa indignación y el incisivo sarcasmo que sabía manejar con acierto, todo le ayudaba para defender una cosa que la naturaleza y la revelación califican con igual vigor como buena. Podrá parecer algunas veces, como si en la lucha contra el error no se elevase a comprender el matrimonio como institución divina y agradable a Dios, es decir, que insiste demasiado en que el sacerdote ha de casarse para no pecar, y no comprende aún bastante la vida santa y benéfica que se desarrolla por la familia. La culpa de esto la tiene Roma, porque había profanado con sus doctrinas esta institución divina. Sin embargo, es de maravillar cuán pronto un antiguo discípulo de Roma comprendió sólo por la Palabra de Dios la verdad principal.

Dice que el celibato clerical no es un estado sagrado, porque le falta la consagración de la conformidad con la Palabra de Dios, mientras el matrimonio que tiene esta conformidad es por lo mismo en verdad un estado sagrado; y da precisamente en el blanco, cuando pone en contraposición, por una parte, los pecados abominables con los cuales puede un sacerdote quedar en su estado sacerdotal, y por otra la santa y divina institución del matrimonio que, según la doctrina romana, destruye el sacerdocio: «Ningún pecado y vergüenza, por grande que sea ni por muchas veces que sea practicado en todo el mundo, les impide ser y hacerse sacerdotes con la sola excepción del santo matrimonio, al cual ellos mismos llaman y confiesan ser un sacramento e institución divina. Y esta única institución divina no puede ser armonizada con el sacerdocio.» Especialmente afirma que para el celibato no hace falta la fe, mientras el matrimonio promueve la fe y todas las virtudes cristianas. «Mirad los clérigos que hasta ahora han gozado de tanta fama de santidad, y veréis ante todo que están bien dotados con todo lo que les hace falta para las necesidades de la vida; que tienen comida, vestido, casa y dinero segurísimo y con toda abundancia, por el trabajo y el sudor de otros ganado y entregado; de manera que por todo esto no tienen cuidado ninguno ni quieren tenerlo: en suma, la fe en este estado no tiene lugar, ni sitio, ni tempo, ni obra, ni práctica. Porque ellos están sentados en medio de su hacienda con todo sosiego y seguridad, y no hay allí sustancia rerum sperandarum, confianza de los bienes que no se ven, que es la esencia de la fe (Hebreos 11, 1), sino certitudo rerum possessarum, seguridad completa de los bienes presentes. Pero si tomas mujer y te casas, entonces es tu primer cuidado de qué has de alimentarte a ti, a tu mujer y a tus hijos, y esto dura por toda tu vida; de manera que el estado casado tiene de sí mismo esta condición, que enseña y nos mueve a mirar la mano y

la gracia de Dios, y así nos obliga a creer. Y también vemos que donde falta la fe en el estado de matrimonio allí es la existencia pobre y miserable, llena de cuidados y quejas y trabajos. De esto se ve, por lo tanto, que la misma naturaleza del estado casado es la que mueve y obliga y empuja al hombre para entrar en la facultad más espiritual, más interior y más elevada, es decir, la fe, porque no hay ciencia más elevada y más interior que la fe, porque ésta se adhiere solamente a la Palabra de Dios, y queda desnuda y privada de todo lo que no es Palabra divina.»

Por cinco años había reivindicado ya Lutero al matrimonio su derecho natural como santo e instituido por Dios; pero todavía él mismo no pensaba en casarse, aunque la incomodidad de su vida privada le hubiera podido mover a ello. Todavía seguía viviendo en su convento solo con el que antes era su superior. Nadie le asistía en esta celda monástica; muchas veces se echaba por la noche fatigado del trabajo sobre una cama que ninguna mano amable le había preparado. Sólo con los amigos tenía de vez en cuando un rato de expansión. Bastante le han calumniado sus enemigos porque bebía con los otros doctores cerveza y tocaba el laúd; pero todavía se resistía a entrar en el estado matrimonial, aunque pocos tenían un corazón tan bien dispuesto para los afectos de la familia como Lutero.

En la conclusión de su tratado de los monasterios y los votos eclesiásticos había dicho a sus adversarios, con aquella sana ironía que le era propia: «Aquí los corazones castos, los santos sacerdotes a quienes nada agrada sino lo que ellos mismos dicen o hablan, abrirán su boca y gritarán: -¡Oh!, cómo le oprime a este fraile su hábito y cuánto desea tener mujer!- Pero deja que calumnien los santones y corazones castos, deja que sean de hierro o de piedra como ellos mismos se figuran; pero tú no niegues que eres hombre, que tienes carne y sangre, y deja que luego Dios juzgue entre estos héroes fuertes y angélicos y el pobre pecador; no me quisiera yo parecer a tales corazones; lo sentiría en el alma y que Dios en su gracia me guarde de ello.»

Pero aunque no sentía gran inclinación al matrimonio, ya se había declarado en su favor, y «la confesión ha de ser perfecta -dice en sus discursos- confesión por palabra y hecho: porque antes de tomar una mujer ya había yo resuelto conmigo mismo de honrar el estado del matrimonio, y si de repente hubiera caído mortalmente enfermo, me hubiera hecho casar con una doncella piadosa, dándole dos copas de plata como dote.»

Vivía entonces en Wittemberg una doncella de noble cuna, Catalina de Bora, que hacia diez años había entrado en el convento de Nimptschen; pero a consecuencia del movimiento de la Reforma había sido libertada de él con ocho compañeras, y vivía hacía dos años en la casa del secretario del Ayuntamiento, Reinchenbach; aquélla fue la que eligió por su mujer. Los enemigos ya acechaban este paso del Reformador, y hasta sus mismos amigos lo estaban temiendo.

«Si este fraile se casa -dijo su amigo Jerónimo Schurf-, todo el mundo y hasta el mismo diablo se echarán a reír de escarnio, y su obra iniciada se perderá. » Mas esta palabra produjo en Lutero el efecto contrario. Valerosamente se levantó, diciendo: «Precisamente por esto lo voy a hacer, para burla del mundo y del diablo, y alegría de mi anciano padre.» Y de una vez puso fin a las calumnias de los enemigos y a los temores de los amigos. El mismo dice: «Sí yo no hubiese verificado mi casamiento de repente, silenciosamente, y sólo con conocimiento de pocos, todos lo hubieran impedido; porque mis mejores amigos hubieran gritado: Esa no; esta otra.»

En la tarde del 13 de junio de 1525 invitó a su casa a una cena a Lucas Kranach, el célebre pintor, uno de los más importantes ciudadanos, consejero y secretario del Ayuntamiento, y a su esposa; al doctor Apell, catedrático muy estimado y afamado de cánones, que se había convertido a la fe evangélica, y además a los primeros pastores de la ciudad, Justo Jonás, párroco, y Juan Bugenhagen, y ante estos testigos casó con Catalina. Quince días más tarde, el 27 del mismo mes, celebró una fiesta mayor y pública, convidando para ella a muchos hombres importantes, sobre todo, por el deseo de la presencia de sus padres, que aún vivían. No hay duda de que Lutero quiso, por una parte, evitar ruido innecesario, y por otra parte, con los testigos tan importantes que había convidado, sellar su matrimonio con el sello de una legitimidad perfecta. No era la belleza de su Catalina la que le había movido al casamiento; sus retratos nos presentan una mujer de una constitución sana y fuerte y facciones vivas e inteligentes, aunque de nariz un poco irregular y pómulos algo salientes; no era un amor fantástico el que le había movido; era la seguridad de que su matrimonio contribuiría al adelanto de la obra de la Reforma, a la renovación de las costumbres, según la Palabra de Dios.

Así se fundó la casa doméstica del pastor evangélico, y desde entonces, la familia del pastor, el ministro de la Palabra y su esposa, los padres y los hijos, amos y criados, huéspedes y hospedados, han ofrecido en la Iglesia cristiana cuadros mil que regocijan a los ángeles; y no hay en ella, como en la casa del cura romano, la falsamente llamada espiritualidad con que se mortificaban un Jerónimo y un Agustín, un Benedicto y un Francisco, con sufrimientos secretos, ni tampoco esa carnalidad desenfrenada en que caen tan fácilmente los que se quieren considerar santos; no hay la soledad tétrica del sacerdote severo, ni la compañía licenciosa del sacerdote liviano. Todo lo que una casa de un cristiano debe encerrar de la paz de Dios y de la bondad humana se encontraba en la casa del pastor evangélico. La cristiandad debe ser como un cuerpo cuya cabeza es Cristo y cuyos miembros se han de ayudar mutuamente para que crezca todo él con una salud perfecta. Se altera la salud del cuerpo si un miembro se desarrolla demasiado y quita el jugo a los demás. Hasta el tiempo de la Reforma en la cristiandad se había desarrollado demasiado el sacerdocio en su propio perjuicio y en perjuicio de la familia y el Estado, que también son órdenes instituidos por Dios. Desde el momento en que Lutero restableció los límites del estado de los pastores, según la Palabra de Dios, desde entonces la familia y las autoridades recobraron también su posición evangélica.

Con este enlace se separó el Reformador completa y definitivamente de las instituciones papales, animando a las almas ansiosas y débiles a seguir su ejemplo, y a renunciar para siempre a los errores papistas.

Se culpa a la Reforma de haber profanado el sacerdocio, y los romanos no quieren considerar a los pastores de la Iglesia Evangélica como ministros de Dios; pero en realidad la Reforma ha enseñado lo que estaba ya olvidado: el fundamento sólido del sacerdocio de todos los fieles, en el cual se funda el ministerio especial de los ministros de la Palabra. Vindicando así el sacerdocio general a todos los creyentes, no ha quitado importancia por eso al ministerio que predica la reconciliación con Dios, y que administra la Palabra divina y los sacramentos, pues ensalza a la vez la dignidad del ministerio de la predicación como de un cargo u orden establecido por Dios. Pero este oficio en sí no da a los predicadores ningún carácter diferente al que deben tener todos los creyentes a quienes Jesucristo ha hecho reyes y sacerdotes ante Dios y su Padre.



Por el matrimonio de los pastores éstos empezaban a enseñar ya no sólo de palabra, sino también por el ejemplo, lo que debe ser una casa cristiana; ningún cura podía decir con una conciencia tan tranquila y alegre lo que dice Martín Lutero a su esposa: «La mayor gracia y don de Dios es tener una mujer piadosa y amable, a la que puedas confiar todos tus bienes y lo que tienes, hasta tu cuerpo y tu vida, engendrando hijos con ella. Catalina, tienes un esposo piadoso y que te ama; tú eres una emperatriz, y yo doy gracias a Dios.» Y un sacerdote que no es padre, no puede decir como Lutero: «¡Oh buen Dios! ¡Cómo le palparía el corazón a Abraham cuando debió sacrificar a su hijo único y muy amado Isaac! ¡Con qué pena caminaría al monte Moriah! No diría a Sara nada de ello.» Entonces Catalina replicó: «No puedo yo comprender cómo Dios podía exigir cosa tan cruel de un padre.» Y contestó el Dr. Lutero: «Querida Catalina, ¿no puedes creer que Dios ha hecho morir a su único Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, por nosotros, aunque nada había en el cielo y en la tierra que amara tanto como él...? Abraham debió creer que había una resurrección de los muertos, porque antes ya tenía la promesa de que de la simiente de Isaac saldría el Mesías del mundo. Otra vez, ensalzando el matrimonio como un estado feliz, dice: ¡Ay! ¡Cuánto deseaba yo ver a los míos cuando estaba en Schmalkalda enfermo de muerte! No pensaba volver a ver a mi esposa y a mis hijitos, y ¡cuánto sentía esta separación! Pero ahora, siendo restablecido por la gracia de Dios, los amo aún más. Y ninguno hay tan espiritual que no sienta este afecto y amor innato y natural, porque el enlace y comunión ente hombre y mujer, es una cosa grande.

Mucha importancia da también a la obediencia de los hijos y de los criados en la casa. Como él estaba en aptitud de juzgar las obras de los frailes y monjas, siempre ensalza las obras verdaderamente buenas y la sencillez de la obediencia a la Palabra de Dios: «¡Que vengan con todas sus obras grandes, difíciles y meritorias, a ver si pueden nombrar una que sea más noble y grande que el obedecer al padre y a la madre!» Se burla de los que inventaron las obras que se dice hizo el Señor Jesús cuando niño: «En esto está dicho todo: obedeció a sus padres. No eran aquellas obras las que nos cuentan los evangélicos apócrifos que hacia en su niñez pajaritos y otros animalitos; tampoco eran las obras de los conventos, pues ¿qué es lo que hacia? Hacía precisamente lo que necesitaba el padre y la madre: traía agua, leña, bebida y comida; pan, carne, etc; cuidaba de la casa y otras cosas por el estilo, como otro niño cualquiera. Estas cosas ha hecho el querido Jesús, y todos los niños que quieran imitarle y ser piadosos, deberán decir: «No soy digno de tener la honra de poder imitar al Niño Jesús, haciendo lo que ha hecho mi Señor Cristo. Si El ha recogido la leña, y hecho todo lo que le han mandado sus padres, ¡qué buen niño seré si sigo su ejemplo!»

Y como las obras de la obediencia filial, alaba también la obediencia de los criados. Si una pobre criada dice: «Ahora hago la cama, barro la habitación, hago el quehacer de la casa, ¿quién me lo ha mandado? ¿Mi amo o mi ama? ¿Quién les ha dado tal poder sobre mí? Dios. Entonces es verdad que sirvo, no sólo a ellos, sino a Dios en el cielo, y que así agrado a Dios. ¿Cómo podía yo ser más feliz? Porque es lo mismo que si guisara para Dios.»

La obra gigantesca que Lutero tenía que hacer para la cristiandad, no perjudicó a su deber para con sus domésticos; a la oración diaria añadía él en el domingo un discurso en casa: «Estas predicaciones —escribe él en su prólogo a sus oraciones domésticas— he hecho de vez en cuando en mi casa y ante mis criados, para hacer como padre de familia lo que era de mi parte, a fin de que los criados fuesen enseñados y viviesen cristianamente. Así lo hacían los patriarcas en sus

casas y con sus criados; y cuando leemos que Abraham, Isaac y Jacob edificaron altares y predicaban, allí también vendrían los vecinos de las aldeas cercanas; porque el patriarca no haría un altar para si solo, sino que irían con él su mujer, hijos, criados y criadas, y orarían como él les enseñaba.

No olvidaba el tener cuidado especial de las almas de los suyos. Habiendo amonestado una vez a su Catalina a que leyese diligentemente las Sagradas Escrituras, especialmente el salterio, ella contestó: «Ya oigo y leo bastante.» Entonces Lutero lanzó un suspiro y la reprendió por estar ya cansada, y le advirtió que tuviese cuidado de no caer en fastidio de la Palabra de Dios, creyendo saber ya todo, y, sin embargo, entendiendo tanto de ella como un ganso. Y cuando otra vez, en el año 1535, estaba ella afanosa en sus quehaceres, porque era mujer muy económica y trabajadora, él le prometió cincuenta florines si quería comenzar a leer toda la Biblia seguida y acabarla antes de las Pascuas. A todos sus criados los alentaba a leer la Palabra de Dios y a aprender bien los Evangelios, cánticos y catecismos. Y cuando los niños y los criados debían decirle su catecismo y se cortaban, entonces le recordaba el último juicio, en que todos hemos de dar cuenta franca y abiertamente.

Una historia vamos aún a referir para probar de qué influencia ha sido para toda la cristiandad el restablecimiento del sagrado y divino orden del matrimonio en la casa de los pastores evangélicos.

Era en marzo de 1530. El príncipe elector había hecho venir los teólogos a Torgau, para que concertasen los artículos de la confesión que habían de presentar en la Dieta de Augsburgo. La política no se presentaba favorable a la Reforma, y especialmente Melanchton, sobre el cual pesaba la mayor parte del trabajo, se sentía triste y fatigado. Una vez, volviendo a su habitación, encontró allí las mujeres del párroco y de los dos capellanes con sus hijos. Algunos estaban mamando, otros mayorcitos ya recitaban su catecismo y sus oraciones. Melanchton, escuchando la voz balbuciente de los niños, se acuerda del texto del Salmista: «Por boca de los niños y de los que maman, fundaste tu fuerza a causa de tus enemigos.» Especialmente le conmovió el cuadro de la mujer de un capellán que daba de mamar a su niño, escuchaba la oración de otro y preparaba la cena para su marido. «¡Ay, qué obra tan santa y agradable a Dios!» -exclama Melanchton-, y se vuelve a los otros teólogos con rostro alegre y confiado. Lutero le pregunta qué era lo que le había cambiado tan de repente, y él contesta: «¡Oh señores míos! No debemos perder el ánimo, porque acabo de ver a los que lucharán por nosotros, que nos protegerán y que serán y nos harán invencibles contra todos los poderes del mundo.» Lutero preguntó quiénes eran estos valientes héroes, y Felipe contesta: «Son las mujeres y niños de nuestro párroco y de los capellanes, cuya oración he escuchado: hasta ahora el fiel Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo no ha despreciado esta su oración.» Esto dio a los teólogos gran alegría y confianza, tanto que perseveraron firmes en la verdad y dieron con valentía su testimonio evangélico.

Pero volvamos a Lutero.

El matrimonio fue hasta el fin muy feliz. Catalina merecía, tanto por su inteligencia y discreción, como por su piedad y amabilidad, la estimación cumplida y el cariño del Reformador. Cuando, un año más tarde, escribía a un amigo, que Dios le había concedido un hijo el 7 de julio de 1526, añadió: «Te saluda Catalina, mi esposa, y te da las gracias de haberla honrado con carta tan

cariñosa. Está bien (gracias a Dios), es complaciente, obediente y graciosa en todo más de lo que yo podía esperar, a Dios sean dadas las gracias; de suerte que no quisiera cambiar mi pobreza con los tesoros de Creso.» Su amor hacia ella no fue como fogata de virutas, sino el producto sagrado de un corazón rico en los sentimientos humanos más tiernos y profundos. Tenemos aún hoy día muchas cartas que Lutero escribió a su esposa, en las que la apellida con los nombres más lisonjeros y jocosos, aun tratando de cosas grandes lo mismo que pequeñas; y siempre, ya hablase en serio o jocosamente, le muestra la más profunda estimación y cariño.

Es verdad que no faltaron algunas pequeñas disensiones; ¿qué cielo hay que no tenga nubes?; mas no por causas graves. Lutero era excesivamente generoso para con los pobres, a la vez que no tenía mucho salario. Cuando un pobre le pedía socorro, le daba hasta su último escudo, su misma copa de plata, y un día dio hasta el regalo del padrino a su mujer; de todo se deshacía de buena voluntad. En cierta ocasión, después de buscar por mucho rato algo que dar, encontró un escudo que contenía el retrato de Joaquín, y exclamó alegremente: ¡Hola! Sal, Joaquín, Jesucristo está a la puerta y te necesita. Esta generosidad pareció muchas veces exagerada a su económica esposa, que le hizo varios reproches blandamente; mas por fin se acomodó a un honesto pasar, según la voluntad de su marido.

Algunas veces llama Lutero a su Catalina su Señor y su Moisés Catalino; otra vez la recomienda a un huésped de Inglaterra como maestra en la elocuencia alemana; y si en ocasiones se desbordaba la corriente de aquella elocuencia, solía preguntarle si había olvidado el orar el Padrenuestro antes de un discurso tan largo. Lutero sabía muy bien hacer respetar aquella Palabra de Dios: «El marido es la cabeza de la mujer.» Y por cierto que ella no turbaba la paz doméstica; ella valía más a sus ojos que el reino de Francia y el señorío de Venecia; y cuatro años antes de su muerte da testimonio en su testamento de que ella, como esposa piadosa, fiel y honrada, siempre le había amado, reverenciado, estimado y cuidado bien.

Muchas veces Lutero rehusaba regalos de sus amigos, hasta del mismo elector. Los libreros le ofrecieron darle hasta cuatrocientos duros anuales por la edición de sus libros; mas él no lo aceptó, diciendo que «no quería vender los dotes que había recibido de Dios». Todas sus lecciones eran gratuitas.

Lutero tuvo de su Catalina seis hijos, de los cuales dos murieron muy niños. El primogénito se llamó Juan; murió ya doctor en Derecho, en 1575, en Koenigsberg. La segunda era Isabel, que murió cuando tenía sólo ocho meses. La tercera, Magdalena, que llegó hasta los quince años. El cuarto, Martín, muerto en 1565. El quinto, Pablo, médico de cámara de diferentes príncipes, murió en 1593. La sexta, Margarita, casada con el Sr. de Kunheim, y murió en 1570.

En el trato con sus hijos manifestó Lutero su corazón fiel, cariñoso e infantil hasta el encanto. Era un padre ejemplar, educaba a sus hijos con benigna clemencia y mansedumbre, en disciplina y amonestación cristiana, y lo mismo que interpretaba el Evangelio al pueblo tan claramente que todos podían palparlo, sabía despertar en sus hijos el amor hacia su Salvador de una manera dulce y digna. No tiene igual la carta que escribió en el año 1530 a su hijo Juanito, de cuatro años; es el lenguaje más ingenioso de poesía infantil. Dice así:

«Gracia y paz en Cristo Jesús, mi muy querido hijito. Veo con mucha alegría que estudias diligentemente y oras con amor. Hazlo así sin cesar. Cuando yo vuelva a esa, te llevaré cositas muy lindas. ¡Y escucha! Sé de un jardín muy bonito y precioso, por el cual andan muchos niños. Tienen vestidos dorados; recogen sabrosas manzanas, cerezas, peras y ciruelas de debajo de los árboles; cantan y corren; en una palabra, se divierten muchísimo. Tienen también caballitos con bridas de oro y sillas de plata. Y cuando pregunté al Señor, dueño de aquel jardín, quiénes eran aquellos niños, me contestó: «Son los niños a quienes gusta estudiar, orar y ser piadosos.» Y yo le dije: Querido Señor, tengo un niño llamado Juanito; ¿no podría también venir a este jardín para comer estas exquisitas frutas, montar en estos preciosos caballitos y jugar con estos niños? Entonces el Señor me respondió: «Si le gusta orar, si es bueno y aplicado, no hay inconveniente en que venga: además puede traerse a Felipe y Justo, y recibirán desde luego pitos, tambores, ballestas para tirar; también podrán cantar y bailar.» Y entonces me enseñó en aquel jardín una pradera magnífica, preparada para la danza, donde había pitos de oro, tambores y ballestas de plata.

«Pero como era todavía muy de mañana, y los niños estaban sin almorzar, no pude esperar a la danza, y así dije a aquel Señor: «Querido Señor, voy a escribir a mi hijito para que ore mucho, sea aplicado y piadoso, a fin de que pueda entrar en este jardín. Pero tiene una tía muy querida; ésta debe acompañarle.»

Y él me dijo: «Sea así, ve y díselo.» Pues, querido Juanito; te encargo que seas aplicado y ores con amor; dilo a Felipe y Justo también, para que podáis ir juntos al jardín con esto te encomiendo en las manos del Dios Todopoderoso; saluda a tu tía Magdalena y recibe un abrazo de tu querido padre.-MARTIN LUTERO.»

Mas al lado de esta benignidad y espíritu infantil, nunca olvidó Lutero la gravedad necesaria para con sus niños. Si cometían faltas, también sabia imponerles castigos, y ninguno de sus niños le causó pesadumbres. Todos llegaron a ser hombres honrados.

Así podemos formar una idea del cuadro bellísimo que se presentaría en la antigua casa de Wittemberg: el padre sentado junto con su Catalina, con sus niños alrededor, contándoles leyendas serias y jocosas, o cantando con ellos un himno de alabanzas a Dios; o en la Natividad, cuando el niño Jesús traía sus regalos, y Juanito y Pablito y Martín, Rita y Luisa saltaban alrededor del árbol de Navidad, espléndidamente iluminado, llenando el cuarto de voces de alegría. ¡Qué contento y dicha sentirían entonces los padres Martín y Catalina! ¡Cómo resplandecería en su rostro la alegría de los niños! Toda la vida doméstica de Lutero, prueba aquel dicho de un célebre sabio, que «Lutero, con su cabeza tocaba al cielo, a la vez que sus pies estaban en la tierra.» Lutero no era melancólico o místico; estando seguro de una vez para siempre de su salvación, y habiendo logrado la libertad verdadera que sabe usar del mundo sin abusos, disfrutó de los placeres inocentes de la tierra, sin escrúpulos de ningún género; siendo puro él, todas sus obras eran puras.

El mismo dijo: «Dejemos a los frailes mudos y contumaces mirar su tristeza y silencio como santidad y culto; alegrarse es pecado si es obra del diablo; mas alegrarse con hombres honrados y piadosos en el temor de Dios, en modestia y honestidad, complace a Dios, porque El mismo ha mandado que nos alegremos delante de El, y no le gustan ofrendas tristes.» Estando en casa le

gustaba, después de haber pasado la mayor parte del tiempo estudiando en su despacho, tener en la mesa una agradable reunión para la distracción necesaria. A menudo él mismo dirigía la conversación, sabiendo divertir y dar expansión a sus huéspedes, uniendo maravillosamente lo serio con lo jocoso. Sus amigos han coleccionado anécdotas y chistes pronunciados en tales ocasiones, que andan impresos bajo el título de Conversaciones de mesa del Dr. Lutero. Es verdad que en alguna ocasión Lutero no era todo lo escrupuloso que debiera en escoger sus frases; mas querer calumniarle por esto como lo han hecho muchos, tratando de atacarle en la comida y junto al vaso de cerveza, por no poderle vencer en las Dietas y en el púlpito, es manifiesta injusticia. Además, hay que tener en cuenta que el lenguaje familiar hace trescientos años era muy diferente al de hoy, tenía algo de duro; pero en lo demás, era franco y leal.

También buscaba a veces Lutero su recreo en la naturaleza libre. No lejos de Wittemberg hay un pozo rodeado de encinas y tilos, que hoy día se apellida aún la fuente de Lutero. Allí iba muchas veces, acompañado de su familia y amigos; y en tales ocasiones, recordaba la fuente de Jacob en Sichar, y la conversación que allí tuvo Jesús con la Samaritana. Encontraba también placer especial en sus jardines, de los cuales tenía varios fuera de las puertas de la ciudad. La mayor parte los cultivaba por sí mismo; y así escribía un día a su amigo Spalatin: «He cuidado mi jardín y arreglado mi pozo, y todo ha ido bien; ven a verme y te obsequiaré con rosas y azucenas. Si Dios me conserva la vida, voy a salir jardinero.» Y en otra ocasión: «El mundo no conoce ni a Dios su Criador, ni a sus criaturas. ¡Ah! Si Adán no hubiese pecado, ¡cómo reconocería el hombre a Dios en sí mismo; pero lo reconocería, alabaría y amaría también en todas sus criaturas; de tal suerte, que en la más pequeña flor hubiera considerado y visto la omnipotencia, sabiduría y bondad divinas! Ahora estamos en la aurora de la vida que ha de venir porque volvemos a lograr el conocimiento de las criaturas que perdimos por la caída de Adán; ahora miramos las criaturas bien y mejor que en el papismo, principiando por la gracia de Dios a reconocer sus magnificas obras y maravillas, aun en las florecitas; en ellas vemos el poder de su palabra; ¡qué poderosa es cuando El dijo y todo fue hecho! Disfrutando así de la naturaleza con su ingenio contemplativo, la creación era para él una revelación divina de lo invisible y lo espiritual. Así, comparaba la Biblia a un hermoso bosque, en el cual no había ningún árbol que no llevara frutas de oro.

En una hermosa tarde de primavera (1541), entre sentimientos mezclados de gozo y ansiedad, como algunas veces nos sorprenden en la estación deliciosa de mayo, dijo a Justo Jonás: «Si el pecado y la muerte fueran quitados de en medio, ya podríamos contentarnos con tal paraíso; mas será mucho más delicioso cuando este viejo mundo sea renovado enteramente, y principie la primavera eterna que ha de permanecer para siempre.» Cuando el mal tiempo le impedía buscar con los suyos solaz y diversión en la naturaleza, libre después del estudio, apelaba a otras diversiones domésticas; sabía jugar al ajedrez, y a veces hacía trabajos de tornero; mas su placer favorito era la música. Rodeado de sus amigos y de sus niños cantaba los primeros himnos evangélicos. «No pocas horas amenas -nos dice el maestro de capilla del elector, Juan Walther- he pasado junto con él cantando, y a menudo veía que con el canto el espíritu de este grande hombre se ponía tan alegre, que no podía contenerse, ni se cansaba de cantar. El mismo ha compuesto la música para los Evangelios y Epístolas, y me la ha cantado pidiendo mi parecer; una vez me detuvo por tres semanas enteras en Wittemberg hasta cantarse la primera misa evangélica en la iglesia parroquial. Por fuerza me hizo asistir y llevarla luego a Torgau para presentarla al elector.» - «Durante y después de la comida- nos refiere Mathesio-, el doctor

cantaba algunas veces; también sabía tocar el laúd; yo le he acompañado con frecuencia, y entre los cánticos insertaba buenos sermones. Teniendo una vez, en Adviento de 1538, en su casa buenos cantores que ejecutaban hermosas composiciones, exclamó conmovido: «Cuando nuestro buen Dios derrama tan magníficos goces en esta vida, ¿qué será en aquella vida eterna? Aquí tenemos sólo un principio.»

Antes hemos ya mencionado los magníficos frutos que reportó la Iglesia evangélica de esta afición de Lutero a la música. En el preámbulo a la mencionada colección de himnos espirituales y salmos dice: «que eran compuestos a cuatro voces, porque quería que los jóvenes, debiendo ser educados en la música lo mismo que en otras buenas artes, tuviesen alguna cosa con qué sustituir las cosas y cantares licenciosos, reemplazándolos con canciones de provecho, para aprender de esta suerte lo bueno de buena gana, como corresponde a la juventud». Ojalá que se hubieran cumplido estos deseos en todas partes.

Con todo, no le faltó en casa a nuestro Lutero la cruz doméstica; él mismo pasó varias veces por graves enfermedades, pero el golpe más fuerte que sufrió, fue la muerte de su querida Magdalena, que expiró en los brazos de su padre, orando, el 20 de octubre de 1542, a la edad de catorce años; mas, como fiel discípulo del Salvador, llevó esta cruz con resignación y sacrificó al Señor, aunque con pena, lo más querido que poseía. «La amo de corazón -dijo orando al lado de su cama-; mas, Dios mío, si es tu voluntad, si tú quieres tomarla, también me será grato verla unida contigo en el cielo.» A su pregunta: -Magdalena, hijita mía, ¿quieres quedarte aquí con tu padre, o también te gustará irte al Padre de arriba? -contestó la moribunda: -Sí, sí, padre de mi alma, como Dios lo quiera.- «¡Oh, Lena mía querida, qué bien estás ahora -dijo al lado de su ataúd-; tú resucitarás y brillarás como una estrella, como el mismo sol! Sí; estoy alegre según el espíritu; mas según la carne, estoy muy afligido: la carne no quiere consentirlo, la separación le duele a uno sobremanera.» Después del entierro dijo: «Ahora mi hija está bien guardada, tanto de cuerpo como de alma; nosotros, cristianos, no tenemos nada de qué quejarnos, sabiendo que así ha de ser; estamos segurísimos de la vida eterna: Dios, que nos la ha prometido por su Hijo, no puede mentir. Si mi hija, volviendo a la vida, me trajera un reino, no la querría; ella ha ido bien; bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; el que muere así tiene asegurada la vida eterna. Esta oración nos trae a la memoria la del piadoso Job: «El Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado; sea alabado el nombre del Señor.»

\*\*\*

## ÚLTIMOS DIAS Y MUERTE DE LUTERO

La noche se acerca, el sol va declinando y las sombras se alargan. Sombras y muy tristes cubrieron también algunos días el fin de la vida de Lutero. En los últimos años sufrió mucho del mal de piedra; tenía además reuma en la cabeza, que le causaba vértigos, y zumbidos en los oídos. A estos dolores de cuerpo, se agregaban otros que daban más pena al corazón. El combate con los papistas todavía no había concluido.

En el año 1543 volvió a declararse la lucha con los calvinistas con mayor furia; aun en medio de la Iglesia luterana había disensiones causadas por un tal Agrícola, que afirmaba que la ley moral

mosaica ya no tenía valor, y se debía abrogar en la Iglesia. Pero lo que más afligía a Lutero era que los frutos de la pura doctrina del Evangelio, adquirida por él con tantas penas, combates y luchas, eran muy escasos. Se lamentaba que, salvo algunos que habían aceptado el Evangelio seria y agradecidamente, los demás eran tan ingratos e impertinentes y torcidos, que no vivían de otra manera que como si Dios les hubiese dado su Palabra y salvado del papismo, para poder hacer y dejar libremente lo que les diese la gana, sirviéndoles así su Palabra, no para su gloria y salvación, sino más bien para su perversión. La nobleza quería apoderarse de todo lo que poseía el aldeano, y los simples ciudadanos querían hacerse príncipes; por otro lado, el aldeano subía los cereales, causando hambre por este su mal proceder, mientras que los géneros no escaseaban; el artesano en su oficio ponía los precios a su capricho. Los criados de las casas se daban a la holganza, al hurto e infidelidad y malignidad de todo género, de tal suerte, que todos los padres de familia se quejaban y lamentaban; sobre todo, había algunos nobles y Ayuntamientos, villas, ciudades y pueblos que prohibían a su párroco y demás pastores reprender desde el púlpito sus pecados y vicios, y amenazaban de echarlos fuera o dejarlos morir de hambre, y cualquiera que les robase alguna cosa era inocente. Calcúlese si todo esto fuese placer y gusto para el Reformador, o si más bien le obligase a predicar con voz de trueno la palabra del Señor: «Mirad, haced frutos propios de arrepentimiento y que obre vuestra fe en amor.»

En Wittemberg mismo había tantos desórdenes, que Lutero resolvió abandonar enteramente la ciudad; sólo las peticiones de una diputación especial y la mediación del elector le movieron por fin, a volver a su hogar. Así, su gozo sobre el campo verde, fruto de la simiente que había sembrado, se disminuyó por la cizaña que, sembrada por enemigos, creció juntamente; mas el Señor no le dejó afligirse mucho tiempo, y le llamó del campo terrestre a su hermoso cielo, donde no hay cizaña entre el trigo ni el mal se mezcla con el bien.

Había una cuestión entre los condes de Mansfeld y algunos súbditos suyos sobre unas minas, y pidieron a Lutero que fuera a componerla. Acompañado de sus tres hijos, el viejo campeón se puso en camino para poner paz en su país natal, el 23 de Enero de 1546. Este iba a ser su último viaje, como lo presintió, que le llevaría a la paz eterna y a la patria verdadera. «El mundo está cansado de mí -dijo-, y yo me canso de él; no nos pesará el separarnos, como el huésped abandona la fonda sin sentimiento.» Su Catalina le abrió toda la congoja de su corazón, pues presentía que no volvería a verle sino en el ataúd. En vano trató Lutero de calmar sus presentimientos con sus cartas, unas jocosas, otras serias: «Lee, Lina mía, a San Juan y el catecismo pequeño, pues quieres cuidar, en vez de tu Dios, como si El no fuera el Omnipotente que puede crear diez doctores Martines, si acaso este viejo se ahogase en el río Saale. Déjame en paz con tus temores; tengo uno mejor que tú y todos los ángeles, que me cuida; está en el pesebre, y una virgen le cría; pero está sentado a la diestra del Dios Padre Omnipotente; por tanto, estate en paz. Amén.»

En Halle tuvo que detenerse unos días por haberse inundado el río de Saale; mas por fin se decidió a pasar, con gran peligro de vida. En las fronteras del condado de Mansfeld los condes le recibieron con mucha alegría.

Apenas hubo llegado a Eisleben, le sobrevino una indisposición tan fuerte, que se temió por su vida. Mas se alivió pronto, y pudo predicar cuatro veces en los veintiún días que se detuvo en su pueblo natal y asistir a los negocios de los condes y trabajar mucho en favor de las escuelas.

El 16 de Febrero fundó el Gimnasio de Eisleben (colegio de segunda enseñanza), hoy día floreciente aún; pero en todos estos trabajos sintió mucha debilidad.

Hasta el 17 de Febrero, y eso por las reiteradas súplicas de su amigo el príncipe de Anhalt, no abandonó los negocios de la mencionada contienda arreglada ya en su parte principal. Su debilidad iba creciendo, y le obligó a guardar cama; en ella no dejó de edificar a los que le rodeaban, con conversaciones sobre la única cosa necesaria, hablando mucho de la muerte y de la unión venidera con todos sus amigos; un día concluyó diciendo: «Me han bautizado aquí en Eisleben; ¡como si debiera morir aquí!» Después se acercó, según acostumbraba, a la ventana, y dijo en oración: «Dios mío, te suplico en nombre de tu Hijo a quien he predicado, que escuches ahora también mi plegaria, y hagas que mi patria siga en la pura religión y la verdadera confesión de tu Palabra.»

Poco después las ansias aumentaron considerablemente, se le condujo a su cuarto y le pusieron en cama; él apretó la mano a todos sus amigos que le rodeaban afligidísimos, dándoles las buenas noches y diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Orad al Señor por su Evangelio para que tenga éxito, porque el pobre papa y el concilio de Trento están harto enojados contra él.» Luego durmió un rato tranquilamente; mas a la una de la noche, el 18 de Febrero, le despertaron los crecientes dolores del pecho. Todos los remedios que parecían saludables se emplearon, mas todo fue en vano. Una vez todavía se levantó con el rostro alegre, pronunciando con voz alta y clara estas palabras: «Me voy, mas tenemos un Dios que ayuda, y un Señor que salva de la muerte.» Entonces volvió a echarse, cerró los ojos y juntó las manos.

Justo Jonás y Coelio le preguntaron últimamente: «Venerable padre, ¿queréis morir en Jesucristo y sus doctrinas que habéis predicado?» Lutero contestó con un claro <Sí>. Este sí fue su última palabra aquí en la tierra. El 18 de Febrero, a las tres de la madrugada, entró el valiente guerrero de Dios en la paz eterna.

Cuando se extendió la noticia de su muerte, toda la ciudad se conmovió profundamente: los condes y muchos vecinos corrieron a la casa mortuoria, para ver por última vez, con mucho sentimiento y lágrimas, los restos mortales de este hombre querido. Los condes de Mansfeld desearon que fuera enterrado en Eisleben; más el elector, informado en seguida por el Dr. Jonás de la muerte de Lutero, mandó llevar el cuerpo a Wittemberg.

El 19 de Febrero llevaron el féretro que contenía el cadáver del Reformador a la iglesia de San Andrés, donde Lutero había pronunciado su último sermón, y Jonás dirigió el sermón fúnebre allí a millares de oyentes que lloraban. El 20 de Febrero, a la una de la tarde, salió el féretro, bajo el doblar de las campanas y los himnos de los habitantes, por las puertas de Eisleben.

Muchos vecinos de la ciudad y sus contornos acompañaron sollozando al cadáver gran parte del camino. Los condes de Mansfeld, y cuarenta y cinco de a caballo, acompañaron al soldado de Dios a su último reposo en Wittemberg. En todas las aldeas por donde pasaba la comitiva fúnebre doblaron las campanas. La gente se lamentaba y lloraba. Ante las puertas de Halle, el Ayuntamiento, los colegios y el clero recibieron el féretro y le acompañaron a la catedral, donde la gente, con voz quebrantada, entonó el salmo: «De los profundos clamo a ti, Señor». Durante la noche estuvo allá el féretro guardado por los ciudadanos. El 22 de Febrero llegaron los condes



con el cadáver ante Wittemberg. Los miembros de la Universidad y del Consejo, la vecindad y un gran número de forasteros recibieron aquí a la comitiva fúnebre, y la acompañaron a la Capilla de Palacio, donde debía enterrarse. Bugenhagen pronunció la oración fúnebre ante muchos miles sobre el texto: «Tampoco, hermanos, queremos que ignoréis de los que duermen, etcétera» (1.8 Tes. 4.13, 14.) Habló con tanta emoción, que a menudo tuvo que detenerse por causa de las lágrimas, y todos los oyentes lloraban con él.

Después de haber pronunciado también Melanchton, en representación de la Universidad, a su amigo difunto una oración latina, depositaron los restos del gran hombre en el sepulcro abierto al lado de su púlpito.

El 1817, el rey de Prusia Federico Guillermo III, levantó un monumento al Reformador en la plaza de Wittemberg, en prueba de veneración y gratitud. Este monumento de bronce debe dar testimonio a las generaciones venideras de los grandes méritos de aquel varón de Dios para la Iglesia de Cristo. Mas los monumentos de bronce y piedra son roídos por el tiempo.

La obra de Lutero permanecerá mientras dure el mundo, porque La Palabra de Dios es la doctrina de Lutero.

Por eso no perecerá jamás.

\*\*\*